

Las Conversaciones DE JESÚS

APRENDIENDO DE
SUS ENCUENTROS

SIMON J. KISTEMAKER

“Este es un relato conciso, informativo y aterrizado de la gente en el Nuevo Testamento cuyas vidas fueron tocadas por Jesús. Para el lector en general, abre nuevas perspectivas para entender la forma en que Jesús se relacionó con la gente y cómo esto se aplica a nuestra situación hoy. Enriquecedor.”

RICHARD V. PIERARD
Gordon Collage

“El Dr. Kistemaker escribe atractivamente y con sensibilidad hacia el texto de la Escritura. Él trae los personajes de los Evangelios a la vida de tal manera que nuestras propias conversaciones con Jesús son enriquecidas. Todo lector encontrará este libro accesible, confiable y espiritualmente enriquecedor.”

GARETH LEE COCKERILL
Profesor de Nuevo Testamento y Teología Bíblica. Seminario Bíblico Wesley

“Simon J. Kistemaker, cuya erudición y valiosos aportes en estudios de Nuevo Testamento son bien conocidos, ha abierto ese conocimiento para producir una obra cuya prosa es lo suficientemente simple para que incluso un niño la lea, basada en un profundo dominio de los temas de los Evangelios. Aquí, un erudito y pastor encuentra, por un lado, profundizar en la vida y el ministerio de Jesús a través de sus encuentros personales, y, por otro lado, extraer de esos encuentros lecciones que son tan pertinentes y valiosas para los lectores modernos como lo fueron para los que las escucharon originalmente.”

EUGENE MERRILL
Distinguido profesor de estudios de Antiguo Testamento. Seminario Teológico de Dallas

“La genialidad de este libro es la concepción en sí misma: un estudio y análisis de todas las conversaciones importantes de Jesús registradas en los cuatro Evangelios. El resultado es una imagen en permanente expansión de Jesús y la gente con la que Él interactuó. Al mismo tiempo, mientras lee este estudio, encontrará que las conversaciones de Jesús son un microcosmos de los evangelios y su mensaje.”

LELAND RYKEN, CLYDE S. KILBY
Wheaton College

“Al leer este libro, los pastores y maestros por igual serán ayudados en la aplicación de la verdad de Dios de manera práctica y devocional, y la comunidad cristiana será apoyada con una fiel y cálida aclaración del ministerio de Jesús para toda clase de personas.”

J. LIGON DUNCAN III,
Pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana en Jackson, Mississippi

Las Conversaciones DE JESÚS

APRENDIENDO DE
SUS ENCUENTROS

Copyright © 2.004 por Simon J. Kistemaker

Originalmente publicado en inglés bajo el título *The Conversations of Jesus*

Por Baker Books, una division de Baker Publishing Group. Grand Rapids, Michigan, 49516,
U.S.A.

Todos los derechos reservados.

Primera edición en castellano: 2.009. Segunda edición en castellano: 2.012. Tercera edición en
castellano: 2.019

Esta edición es publicada por



www.edicionesberea.com

Todos los derechos reservados.

A menos que se especifique, todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Nueva
Versión Internacional 1.999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser duplicada, copiada, transcrita, traducida, reproducida o
almacenada, mecánica o electrónicamente, sin previa autorización de Ediciones Berea

Editor General: Héctor H. Gómez

Traducción: Adriana Marcela Aranguren Medina

Diseño General: Inti Alonso

ISBN: 978-958-44-1038-2

Producido en Bogotá D. C., Colombia.

Contenido

CONTENIDO

Introducción

Parte 1

Los Mensajeros de Jesús

Nicodemo

La Mujer Samaritana

Legión

Juan el Bautista

Parte 2

Una Fe Elogiada Por Jesús

El Centurión en Cafarnaúm

Una Mujer Sirofenicia

Un Funcionario Real

El Padre de un Muchacho Epiléptico

Jairo

Una Mujer Enferma

Un Paralítico

Una Mujer Pecadora

Zaqueo

Parte 3

Gente Sanada por Jesús

Bartimeo

Un Hombre Ciego de Nacimiento

Una Mujer Encorvada

Un Inválido

El Joven de Naín

Marta, María y Lázaro

Parte 4

Los Apóstoles de Jesús

Andrés

Natanael

Felipe

Tomás

Pedro, el Pescador

Pedro, el Líder

El Fracaso De Pedro

La Restauración de Pedro
Juan
Mateo
Saulo de Tarso, El Fariseo
Pablo de Tarso, el Apóstol

Parte 5

Vidas Tocadas por Jesús

María
María Magdalena
Los Discípulos de Emaús
El Joven Rico
Una Mujer Adúltera
La Ofrenda de una Viuda
Un Maestro de la Ley
El Leproso de Samaria
El Criminal Crucificado

Parte 6

Los Opositores de Jesús

Judas
Los Fariseos
Los Saduceos
Caifás
Pilato
Herodes Antipas
Conclusión

Introducción

Jesús conoció a toda clase de gente. Él cenaba con los ricos, se reunía con los rechazados, sentía compasión de quienes vivían en pecado y ayudaba a los pobres y necesitados. Él podía ser comparado a un ascensor que recorre todos los pisos de un edificio muy alto. En cada nivel de la sociedad, Jesús dijo las palabras correctas en el momento correcto. Él se dirigía a la gente de tal manera que los más sencillos podían entender su mensaje y los entendidos tenían qué reflexionar en sus palabras. Él percibía inmediatamente que los fariseos, saduceos, maestros de la Ley y herodianos venían a Él con falsedad, engaño, intriga, y planes para matarlo. Su compasión era genuina por los que habían caído en pecado y necesitaban su ayuda; su amor no tenía límites, por eso lo buscaban sinceramente a Él; y su paciencia con sus discípulos se veía igualmente sin fin. Su corazón se dirigía a las multitudes que andaban alrededor necesitadas de cuidado espiritual como ovejas que no tenían pastor. Él las dirigía y, en consecuencia, la gente del común lo escuchaba con gran felicidad.

Jesús fue tan gran maestro que la gente venía por miles de todas partes de Israel y aún de más allá para escucharlo. Ellos eran cautivados por sus palabras. La gente entendía su mensaje porque era directo y profundo. Ellos venían porque los sacerdotes de aquellos días fallaban miserablemente en enseñarles a ellos la Palabra de Dios. En contraste, Jesús les enseñó verdades espirituales y profundas de tal manera que la multitud podía comprenderlas y absorberlas como si fueran su comida y bebida diarias. Ellos se rehusaban a dejarlo ir y lo seguían a donde fuera que Él fuese. De acuerdo con el Evangelio de Juan, Jesús no pronuncia la palabra arrepentirse. En su lugar, Él introduce a las personas en un diálogo en el que expone sus pecados, por caminos cortos y sin nociones de error. Cuando Jesús remueve sus máscaras, Él les dice palabras de restauración en vez de castigo. Él se prueba a sí mismo como el pastor más gentil que encuentra a la oveja perdida y la lleva de nuevo al grupo.

Jesús continúa atrayendo hoy grandes cantidades de seguidores a través del mundo. Atrae a los más pobres en África, Asia, Centro y Sudamérica, y en los sitios más pobres de las ciudades de occidente. Él se dirige a los ricos y les dice que vendan todo lo que tienen y se conviertan en sus discípulos. Él nos llena de fe, esperanza y amor. Él invita a todos los que están desgastados por el pecado a regresar a Él. Nos anima a una relación de amor con Dios, el dador de todas las cosas buenas y perfectas. Y, por último, Él quiere que tomemos nuestras propias cruce y lo sigamos en el camino que nos lleva a la paz y rectitud. Jesús nos hace miembros de su familia y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos y hermanas. Y nosotros, siendo parte de su casa, somos sus felices sirvientes. Humildemente, caminamos en sus huellas y hacemos su voluntad en obediencia a Él.

LOS
MENSAJEROS
DE JESÚS

Nicodemo

Juan 3:1-13 • Juan 7:45-53 • Juan 19:38-42

Bajo la Sombra de la Oscuridad

Nicodemo era un judío con nombre griego, cuyo significado es “conquistador de pueblos”. Tal vez era oriundo de algún país del Mediterráneo, en el que la lengua nativa era el griego; pero con el tiempo, llegó a la ciudad de Jerusalén, en Israel, donde fue educado. Su interés en las Sagradas Escrituras lo llevó finalmente a ser un intérprete de la Ley de Moisés. Al unirse al partido religioso de los fariseos, él cumplió su deseo de estar con quienes habían estudiado las Sagradas Escrituras, y, entre ellos, probablemente sirvió como escriba.

Nicodemo ascendió en la escalera social y finalmente alcanzó el rango de consejero en el gobierno judío, llamado el Sanedrín. Por su conocimiento de las Sagradas Escrituras, era alguien influyente en los círculos de liderazgo de Israel. En cierto sentido, él vivía de acuerdo con su nombre: era un conquistador de la gente.

Una noche, estando Jesús en Jerusalén para celebrar la fiesta de la Pascua, Nicodemo fue a encontrarse con Él. Había escuchado hablar a Jesús y estaba impresionado con el mensaje que enseñaba. Este maestro no sólo leía las Sagradas Escrituras, sino que las explicaba y aplicaba como nadie más en Israel. Nicodemo también había visto a Jesús realizando milagros de sanación en enfermos y minusválidos.

Estaba tan interesado en las enseñanzas y en las sanaciones de Jesús y en su ministerio, que empezó a preguntarse si este hombre sería el Mesías; él podía declarar con toda honestidad, que nadie en la historia de Israel había realizado los milagros que Jesús hacía.

Pero si Nicodemo hubiera sido visto con Jesús a la luz del día, habría sido criticado por sus compañeros del Sanedrín. Por eso, él fue a ver a Jesús en la noche, cuando quedaba libre de sus deberes oficiales y podía hablar libre y largamente con el maestro de Nazareth.

Una Conversación que Cambia el Corazón

Nicodemo se dirigió a Jesús como “rabí,” un respetuoso título que quiere decir “mi gran ‘maestro’.” Él era el más anciano de los dos, por al menos cuarenta años y como miembro del Sanedrín, inspiraba gran respeto. Pero él se dirigió a Jesús de una manera diferente: *“Rabí, sabemos que eres un maestro que ha venido de*

parte de Dios, porque nadie podría hacer las señales que tú haces, si Dios no estuviera con él” (Juan 3:2).

Habiéndole llamado maestro, Jesús le respondió a Nicodemo apegado a la verdad de su vocación, presentando su enseñanza con palabras que expresaban una absoluta certidumbre: “*De veras te aseguro que quien no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios*” (Juan 3:3). Esta no era la respuesta que Nicodemo esperaba recibir. ¿Por qué Jesús no le respondió diciéndole que le agradecía que reconociera que sus enseñanzas y milagros demostraban que Dios estaba con Él? Todo lo que Nicodemo quería era la confirmación de que Jesús era de verdad el Mesías prometido.

Pero si Jesús hubiera dicho que estaba agradecido de escuchar que su trabajo era apreciado, Nicodemo podía haberlo entendido sólo con su mente y no con su corazón, lo cual lo hubiera mantenido en una oscuridad espiritual. Aún así, Jesús le enseñó dos verdades: el Reino de Dios y el nacer de nuevo.

El Reino de Dios se refiere al gobierno administrativo de Dios sobre la tierra. Como consejero en el Sanedrín, Nicodemo seguramente entendía cómo funcionaba el gobierno y se aplicaban las leyes en la nación de Israel, pero no entendía cómo se establecía espiritualmente el gobierno de Dios en cada vida. Para entenderlo, él necesitaba un corazón que hubiera sido concebido en el cielo y nacido en la tierra. Jesús simplemente le dijo, “*Tienen que nacer de nuevo*” (Juan 3:7), es decir, “*tu nacimiento espiritual debe venir del cielo.*”

Nicodemo no entendía lo que Jesús quería decir, con aquello de nacer de nuevo espiritualmente. Él le preguntó cómo una persona anciana como él, podía nacer de nuevo físicamente por segunda vez. Jesús repitió su frase y después le dijo, “*Yo te aseguro que quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar al Reino de Dios*” (Juan 3:5).

Jesús se refirió a un pasaje en la profecía de Ezequiel, que Nicodemo como estudiante del Antiguo Testamento, seguramente conocería. Dios le había dicho al pueblo de Israel: “*Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne*” (Ezequiel 36:25-26). Dios dijo que Él regaría a su gente con agua limpia y los llenaría con un nuevo espíritu para que ellos pudieran ser su pueblo santo.

Nicodemo sabía que los sacerdotes y los levitas debían lavarse las manos y los pies antes de entrar al Templo. También sabía que para servir a Dios en ese santo lugar y obrar acertadamente con un nuevo espíritu en la vida religiosa de Israel, los líderes espirituales necesitarían un corazón nuevo.

Verdades que tocan el Corazón

Jesús le enseñó a Nicodemo verdades espirituales para que él pudiera ver la diferencia entre lo material y lo espiritual. De un cuerpo humano nace un cuerpo humano, pero del Espíritu Santo nace un espíritu nuevo. Esto quiere decir que el espíritu humano sólo puede ser cambiado a través de la obra del Espíritu Santo de Dios. Cuando el Espíritu Santo toca el corazón de una persona, su vida cambia radicalmente para bien.

Hay algo misterioso acerca de la venida y partida del Espíritu. Jesús lo comparó con el soplo del viento. Ningún humano controla el viento; cambia de dirección, aumenta su fuerza, o, su efecto es duradero según lo deseé. Jesús le dijo a Nicodemo: *"Lo mismo pasa con todo el que nace del Espíritu"* (Juan 3:8).

Esto es un misterio para los que no han nacido de nuevo y por lo tanto tienen dificultades para entender qué motiva a quienes el Espíritu Santo ha renovado su corazón. Nicodemo era uno de ellos y por eso le preguntó a Jesús, cómo era posible esto. Con una sonrisa, Jesús le preguntó: *"¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes estas cosas?"* (Juan 3:10).

Hay dos esferas en este universo: una física y otra espiritual. Algunas personas sólo entienden la parte física porque no tienen un discernimiento espiritual; otros han sido bendecidos espiritualmente y saben que el Espíritu Santo de Dios les ha hecho nacer de nuevo. Algunos ven sólo con sus ojos físicos, en tanto que otros, iluminados por el Espíritu Santo, ven cosas celestiales. Unos han nacido físicamente, en tanto que otros han experimentado tanto el nacimiento físico como el espiritual.

Hay una gran diferencia entre lo terrenal y lo celestial. Jesús le dijo a Nicodemo: *"Si les he hablado de las cosas terrenales, y no creen, ¿entonces cómo van a creer de las celestiales?"* (Juan 3:12). Jesús vino a enseñar las verdades de Dios y a morir en la cruz. Y la gente que entiende esta verdad demuestra su fe en Él y reciben la vida eterna.

Jesús exhortó a Nicodemo a creer con todo su corazón las palabras que él mismo había dicho: *"sabemos que eres un maestro que ha venido de parte de Dios"* (Juan 3:2). Jesús llevó el Evangelio a un líder político de Israel, quien luego de convertirse, sería un vocero del Señor para defender y promover su causa.

El Compromiso de un Consejero

El nombre de Nicodemo aparece en otras dos ocasiones sucesivas en el Evangelio de Juan: en la Fiesta de los Tabernáculos y en la Fiesta de la Pascua (Juan 7 y 19 respectivamente). En la primera, a mediados del mes de octubre, medio año antes de su muerte, Jesús predicaba públicamente en los patios del Templo. El jefe de los sacerdotes y los fariseos, enviaron guardias para arrestarlo, pero estos quedaron tan maravillados de escuchar las enseñanzas de Jesús, que regresaron con las manos vacías.

Sus superiores les preguntaron por qué no habían hecho ningún arresto. Los guardias replicaron que ellos nunca habían escuchado a nadie hablar como este hombre; ellos estaban llenos de admiración por Jesús. Pero en vez de averiguar por sí mismos, el jefe de los sacerdotes y los fariseos recurrieron al ridículo y al reproche, preguntándoles a los guardias si acaso ellos también habían sido engañados. Llegaron incluso a declarar que ninguno de los líderes y fariseos había puesto su fe en Jesús. Pero ellos no pararon ahí, sino que pronunciaron maldiciones sobre todos los que en su opinión continuaban siendo ignorantes de las Escrituras.

Entonces, Nicodemo habló a los líderes y les preguntó: “*Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?*” (Juan 7:51). Nicodemo no se identificaba abiertamente a sí mismo con Jesús, pero deseaba defenderlo sobre la base de los procedimientos legales.

Durante la Fiesta de la Pascua, cuando Jesús murió en la cruz, tanto Nicodemo como José de Arimatea cumplieron con la ceremonia fúnebre. En su calidad de respetable miembro del Consejo, José se dirigió al Gobernador Poncio Pilatos y le pidió permiso para enterrar a Jesús. Nicodemo, un hombre de considerable riqueza, llevó setenta y cinco libras de una mezcla de mirra y áloe, usada para funerales reales, mostrando así una genuina devoción y amor por su Señor.

En estos dos eventos, Nicodemo, como líder en Israel, demostró, sin lugar a duda, que él había puesto su fe en Jesús y lo seguía a Él. Jesús conoció a Nicodemo bajo la oscuridad, le mostró el camino de la vida eterna y lo llamó a dar testimonio en su nombre.

Aplicación

La iglesia crece rápidamente entre los pobres más que en ninguna otra parte, porque ellos escuchan un mensaje que los libera de la carga del pecado y la miseria. Pero Jesús no se olvida de los ricos y poderosos. Él tiene el mismo mensaje para ellos también. De igual manera, al convertirse en seguidores de Jesús, ellos son capaces de alcanzar a tal multitud de personas en los diferentes niveles de la sociedad. El Evangelio de Jesucristo es para todos, sin importar raza, color, educación, estatus o nacionalidad.

Recuerdo a un mexicano que me invitó a su casa. Esta era una casa de una sola habitación y tenía una terraza y sólo tres paredes, no tenía mesa ni sillas, ni cama. Una hamaca colgaba entre dos paredes y servía tanto para sentarse como para dormir. Aún así, este hombre estaba feliz y alegre en su Señor Jesús, a quien servía como el líder de su iglesia local, y era muy eficaz llevando el Evangelio a su gente.

Yo me sentía un poco incómodo porque estaba acostumbrado a otras cosas, pero me di cuenta de que el Señor nos había dado a ambos el mismo trabajo: el de predicar y el de enseñar la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús.

La mujer Samaritana

Juan 4:1-26

Recogiendo Agua en el Pozo

El conflicto entre israelitas y palestinos ha estado con nosotros por numerosas décadas. Religiones, nacionalidad, cultura y lenguas diferentes han jugado un importante papel en este amargo conflicto, del cual, los habitantes de ambos territorios mantienen vivos sus recuerdos. En consecuencia, sus hostilidades los separan a ellos como enemigos mortales.

En los días de Jesús, la tensión entre judíos y samaritanos era igualmente dolorosa y tenaz. Él experimentó este conflicto cuando pasó por Samaria en su camino de Judea a Galilea.

En el pozo de Jacob, en la base del monte Gerizim, Jesús encontró a una mujer samaritana. En la Escritura, ella aparece como una mujer sin nombre, quien, por una rápida sucesión de divorcios, era conocida como la de los cinco esposos. Ahora vivía en unión libre con un hombre en un pueblo de Samaria llamado Sicar. Como resultado de su vida inmoral, sus conciudadanos la miraban mal. Además, los judíos odiaban a los samaritanos con quienes no querían tener trato.

Usualmente, las mujeres iban juntas todos los días temprano en la mañana a llenar sus cántaros de agua en el pozo y en el camino de ida y vuelta, aprovechaban para enterarse de las últimas noticias. Pero a esta mujer la habían enviado sola al pozo en la tarde. Ella era rechazada social y espiritualmente y por ende, llevaba una vida solitaria.

Cansado de viajar todo el día, Jesús se sentó junto al pozo de Jacob bien tarde. Hacía casi 2000 años el Patriarca Jacob había cavado ese pozo a una profundidad de más de treinta metros para asegurar que nunca se secaría. Jesús decidió permanecer allí, mientras que sus discípulos fueron a Sicar a comprar algunos suministros para la cena. Él tenía sed y deseaba beber, pero no tenía un recipiente con el cual sacar agua del pozo. Entonces vio a aquella mujer solitaria cargando un cántaro de agua. Por su apariencia, Jesús sabía que era una samaritana y por su soledad camino al pozo a esa hora del día, Él supo que no era querida por sus compañeras.

Cuando la mujer se acercó al pozo a llenar su cántaro, Jesús sabía que podía esperar alguna hostilidad de parte de ella, debido a la gran enemistad entre judíos y samaritanos. Así que, tomando la iniciativa, Él le dijo, “*dame un poco de agua*” (Juan 4:8). De esta manera, Jesús llegó a tener un punto de contacto con ella.

La respuesta de la mujer a la petición de Jesús fue increíble: “*¿Cómo se te ocurre pedirme agua, si tú eres judío y yo soy samaritana?*” (Juan 4:9). Los judíos se

referían a los samaritanos como los de raza intermedia, que no eran judíos ni gentiles y cuyas restricciones dietéticas no estaban a la altura de los estándares judíos.

Por la apariencia de Jesús, la mujer supo que Él era un judío y cuando Él le pidió que le diera un poco de agua, ella detectó su acento. Aún manteniendo su guardia en alto, ella tuvo que admitir que este judío parecía amistoso y nada presuntuoso. Quizás su tono de voz traicionó su grado de aversión, cuando ella mencionó la palabra *judío*.

Jesús la trató amablemente. Asumiendo su papel de maestro, Él le dijo, “*Si supieras lo que Dios puede dar, y conocieras al que te está pidiendo agua, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua que da vida*” (Juan 4:10).

Al utilizar los términos *regalo de Dios*, y, *agua que da vida*, Jesús habló un lenguaje religioso. La mujer probablemente no entendió la primera expresión, la cual se refería al precioso regalo de Dios de su Hijo. Y ella indudablemente pensó que el segundo término se refería al agua corriente que salía del pozo de Jacob, contraria al agua almacenada en una cisterna.

También debió haber creído de manera supersticiosa que el agua del pozo de Jacob poseía algún poder misterioso, enorgulleciéndose al pensar que era superior a la de cualquier otro pozo de la región.

Esta mujer samaritana se dio cuenta de que Jesús no era un judío común y corriente, por lo que se comenzó a dirigir a Él de una manera respetuosa, con el título de “Señor.” Ella notó que Él no tenía un recipiente y que el pozo era profundo. ¿Cómo podría Él, quienquiera que fuera, sacar agua de aquel pozo? Con la sospecha de que este extranjero podía ser un fraude y queriendo saber quién era Él, le dijo, “*Señor, ni siquiera tienes con qué sacar agua, y el pozo es muy hondo*” (Juan 4:11).

Sabiendo que los judíos y los samaritanos compartían una herencia común en el Patriarca Jacob, ella le preguntó a Jesús, “*¿Acaso eres tú superior a nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y su ganado?*” (Juan 4:12). El tono de su pregunta era de nerviosismo y apuntaba a que Jesús se identificara a sí mismo. Ella quería que Él le dijera si era más grande que Jacob.

Su sospecha de que Jesús era un maestro fue confirmada cuando Él le respondió, diciendo:

- “*Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed*” (Juan 4:13). Esta verdad de vida no necesita discusión.
- “*Pero el que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás*” (Juan 4:14). ¿Era Él un mago que podía producir agua que satisficiera a una persona para siempre? Su curiosidad fue alimentada y ella quiso conocer más sobre Él.

- “*Dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna*” (Juan 4:14). ¡Esa era la noticia que ella necesitaba escuchar desde hacía mucho!

Con su interés en aumento, ella a duras penas pudo contenerse y le pidió a Jesús que le diera a beber de esa agua viva. Los roles se habían reversado, porque ahora quien pedía el agua no era Jesús, sino ella. Incluso, la mujer no tenía conocimiento alguno del mensaje espiritual de Jesús.

Ella desnudó su espíritu revelándole a Jesús su diaria vergüenza de tener que ir sola al pozo. Diariamente ella debía ir a través de las puertas de la ciudad, donde los ancianos estaban sentados. Ella se daba cuenta de las miradas de desdén y algunas veces escuchaba sus susurros. Si era para liberarla de este camino diario hacia el pozo, ella podría aceptar el ofrecimiento de esa agua que podía calmar su sed para siempre. Si hubo alguna vez un momento de pedir ayuda era ahora.

Jesús se Descubre a Sí Mismo

Esta era la apertura que Jesús necesitaba para llegar a su alma. Hablar acerca de su vida inmoral y refrescar su espíritu con una fuente de agua que podía permanentemente estar dentro de ella. Jesús cambió las tácticas y le dijo que regresara con su esposo; sus palabras debieron tocar su alma, pues ella le contestó: “*No tengo esposo*” (Juan 4:17). Y Jesús, probablemente sonriendo amablemente, replicó: “*Bien has dicho que no tienes esposo*” (Juan 4:17). Es decir, ella no estaba legalmente casada.

Jesús continuó, “*Bien has dicho que no tienes esposo. Es cierto que has tenido cinco, y el que ahora tienes no es tu esposo. En esto has dicho la verdad*” (Juan 4:18). Jesús no llamó a la mujer al arrepentimiento, pero al exponer su pecado, Él la forzó a llegar a términos con su propia vida y a reconocer sus pecados.

Observando y escuchando, Jesús leyó muy bien el estatus de la mujer. Revelando su sentido sobrenatural, Jesús hizo que la mujer replicara: “*Señor, me doy cuenta de que tú eres profeta*” (v.19). Observe la progresión de la mujer en la evaluación de Jesús. Ella primero, sentida, clasificó a Jesús como un judío; después, cuando ella lo escuchó pronunciar palabras religiosas, educadamente se dirigió a Él como Señor; y ahora, después de que Jesús reveló los detalles de su vida, ella preguntó si Él era un profeta.

Ella se dio cuenta que este profeta era capaz de mirar a través de ella y conocer todos los secretos de su vida. No se enojó ni se sintió resentida, como se habría sentido cuando la gente de su ciudad la había llamado inmoral. Este judío no la había regañado o reprendido, Él sólo mencionó su estatus marital, o en vez de eso, la falta de él. En una palabra, Él había removido su cubierta externa y ahora ella se sentía apenada. Pero ¿podría este profeta ayudarla espiritualmente a cambiar su vida para bien?

Ella probablemente tuvo la idea de que Jesús era más que un Rabí o un profeta y quizás Él fuese el Mesías prometido. Conociendo las diferencias religiosas entre samaritanos y judíos, la mujer empezó a hablar en términos religiosos: “*Nuestros antepasados adoraron en este monte, pero ustedes los judíos dicen que el lugar donde debemos adorar está en Jerusalén*” (Juan 4:20). La respuesta de Jesús a la mujer samaritana mantuvo lejos todos los sentimientos de desacuerdo y resentimiento. Él dijo que había llegado el tiempo en que samaritanos y judíos no tendrían necesidad de ir a lugares diferentes de adoración, sino que podrían adorar a Dios Padre en cualquier lugar. Él le dijo a ella que sus palabras eran creíbles y verdaderas. Ciertamente, para hacer énfasis, Él repitió que el tiempo para que los verdaderos adoradores adoraran al Padre en Espíritu y en verdad era ahora y aquí.

Jesús mostró que la diferencia entre judíos y samaritanos tenía que ver con la extensión de la revelación de Dios. Él dijo: “*ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos*” (Juan 4:22). Tanto judíos como samaritanos adoraban a Dios, pero en la práctica de la adoración, ellos eran diferentes.

Jesús no expresó ningún chauvinismo nacionalista cuando dijo, “*nosotros adoramos lo que conocemos*.” Él se refirió cándidamente a la extensión del Antiguo Testamento samaritano, el cual consistía simplemente de los cinco libros de Moisés. Sin ninguna duda, los samaritanos eran deficientes en su conocimiento de la salvación, y en comparación con los judíos, ignorantes de la revelación de Dios. Jesús le enseñó a la mujer que la salvación viene de los judíos, lo cual significa que el Mesías aparecería en la persona de un judío. Él vino para los judíos, pero también para la gente de todo el mundo, incluyendo los samaritanos.

Jesús el Mesías Habla con los Samaritanos

Jesús le dijo a la mujer: “*ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores rendirán culto al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren*” (Juan 4:23). Él le enseñó a ella que la verdadera adoración debe ser tanto espiritual como verdadera, lo cual quiere decir, que Espíritu y verdad van unidos en un solo acto. Él le mostró a la mujer que adoración quiere decir estar en la presencia de Dios. Y Dios premia a esos adoradores que diligentemente lo buscan a Él.

La mujer samaritana debía entender las dimensiones de la vida espiritual en general y adorar en una forma particular. Ella, con todos los verdaderos adoradores, debería conocer la verdad de que Dios es Espíritu y que en esencia es espiritual. Sus características son amor y luz, aún así, Él es también conocido como Espíritu. Esto quiere decir que Él no puede ser limitado a un lugar específico, porque inclusive los cielos más altos no lo pueden contener a Él. Fuera de esto, Dios es un Dios de verdad, lo cual Él expresa a través de su forma de servir e integridad. Entonces, para adorarlo a Él, uno debe venir a Él en Espíritu y en

verdad. A pesar de eso, la mujer recibió sólo instrucciones elementales de Jesús y se dio cuenta de que estaba en la santa presencia del Hijo de Dios, que totalmente representaba la verdad de Dios.

De una forma educada e indirecta, ella presionó a Jesús para que se identificase a sí mismo como el Mesías, diciéndole: “*Sé que viene el Mesías, al que llaman el Cristo. Cuando él venga nos explicará todas las cosas*” (Juan 4:25). Indudablemente ella había escuchado acerca del “que va a venir,” y ahora ella deseaba saber si había sido tan privilegiada de conocerlo a Él.

Modestamente y aún así directamente, Jesús le contestó a ella: “*Ése soy yo, el que habla contigo*” (Juan 4:26). Su respuesta, “*Yo Soy*”, hace referencia a su parte como Dios, pues en otra ocasión, Jesús les dijo a los líderes judíos: “*Antes de que Abraham naciera, ;Yo soy!*” (Juan 8:58). Él, el Hijo de Dios, reveló su divinidad a esta mujer samaritana, para que, en retorno, ella pudiese hablarle a su gente acerca del Mesías.

Inicialmente la mujer había llamado a Jesús, “judío,” después “Señor,” después “profeta,” y ahora, ella sabía que Él era el “Mesías.” Ella corrió felizmente hacia su gente en la ciudad para contarles acerca de su encuentro. En su entusiasmo, ella incluso olvidó su cántaro de agua.

La mujer le dijo a toda la gente que había encontrado al Mesías y los invitó a venir con ella y verlo. Ella no tenía vergüenza de decirle a todos que Jesús había descubierto su vida privada: “*Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?*” (Juan 4:29). La mujer les pedía a sus conciudadanos que confirmasen que Él en verdad era el Mesías. Sus intensos comentarios crearon una gran curiosidad que produjo resultados instantáneos. Los samaritanos la siguieron hasta el pozo para conocer al hombre que había descubierto su pasado y lo escucharon a Él.

Intrigados por las palabras de Jesús, muchos creyeron y le pidieron que se quedase entre ellos, lo cual Jesús hizo. Él permaneció allí dos días y más gente en este pueblo samaritano puso sus ojos en Él. Aunque ellos fueron convencidos inicialmente por los esfuerzos evangelísticos de la mujer, ahora ellos le decían a ella que su testimonio ya no era necesario. Ahora ellos escuchaban por sí mismos y estaban convencidos de que Jesús era el Salvador del Mundo. Ciertamente, Él era el Mesías en persona y su obra no estaba unida a la nación de los judíos, sino que estaba dirigida a alcanzar al mundo entero. Una mujer samaritana sin educación, inmoral y rechazada fue convertida y llegó a ser una evangelista para Jesucristo. Ella persuadió a sus conciudadanos de poner su fe en Él. Jesús la envió a ella a cosechar, de acuerdo con sus palabras: “*La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros*” (Mateo 9:37).

Aplicación

El pecado escondido nos enferma muy fácilmente, para decir lo mínimo. Pero cuando un consejero sabio nos habla en privado y nos quita la careta, experimentamos un sentimiento más allá del descanso. El pecado nos enceguece hasta que nuestra careta es removida. Entonces, vemos claramente de nuevo y somos capaces de rectificar nuevamente nuestra vida. No importa qué tan profundo hayamos caído y qué tanto nos hayamos alejado, Jesús nos liberará de todas las cargas del pecado y la culpabilidad para hacernos sus siervos. Los pecadores perdonados expresan su gratitud y felizmente dirigen a otros a Jesús. Pero muchos de nosotros venimos a la iglesia los domingos y nos perdemos este gran sentimiento de perdón. Ciertamente, una persona puede estar en un lugar sagrado de adoración y aún así estar muy lejos de Dios. Nosotros debemos pedirle a Jesús que abra nuestros ojos espirituales, y buscar el perdón de nuestros pecados. Entonces, en un lugar escondido y solitario con Dios, sentimos su sagrada presencia. El Padre, activamente busca a la persona que viene a Él en un espíritu de verdad a adorar. Como un Dios de Amor y Luz, Él encuentra a esas personas a través de su Hijo, Jesucristo.

Legion

Mateo 8:28-34 • Marcos 5:1-20 • Lucas 8:26-39

Un Hombre con Demonios

Uno de mis familiares era esquizofrénico. En un momento, él era una persona cálida, afectuosa y considerada; al siguiente, su rabia aparecía y lo consumía. Él se tornaba en ese momento en una persona totalmente diferente, incluso peligrosa para los miembros de su familia. Siempre pienso en él cuando leo en las Escrituras acerca del hombre poseído por el demonio que vivía en la parte occidental del lago de Galilea, en una población que es conocida hoy como Kursi.

Este hombre era habitante del pueblo de los gadarenos o gerasenos. En un momento, él había sido un ciudadano respetado y una gran persona para la comunidad. Después, una multitud de demonios tomaron como residencia a esta persona, convirtiéndola en un peligro para sus conciudadanos. Para ellos, su presencia representaba la continuidad de enojo y una gran vergüenza.

El hombre constantemente gritaba a toda voz y caminaba desnudo a través del pueblo. La gente trataba de agarrarlo, pero los demonios lo habían dotado de una fuerza sobrehumana. Él rompía ropa, lazos, rejos e incluso cadenas de hierro; nadie era capaz de contenerlo. No teniendo otro lugar dónde mantenerlo, ellos lo habían dejado en medio de las cuevas donde enterraban a sus muertos. Él salía de estas cuevas y andaba en cualquier lugar abierto.

Jesús y sus discípulos habían cruzado el Lago de Galilea y descansaban en la orilla occidental. Ellos ahora se encontraban en territorio gentil. No habían avanzado mucho, cuando vieron una gran manada de cerdos, alimentándose del hermoso pasto de una colina, al lado de un lugar de tumbas. De repente, vieron a un hombre salvaje, sin ropa y poseído por el demonio, corriendo hacia ellos. Sin duda, los discípulos se preguntaron entre sí, por qué Jesús quería exponerlos a algún daño físico. Acaso, ¿Él tendría más poder contra este violento hombre?

Cuando Jesús le dijo al hombre que se identificara, un demonio habló por él. “*Mi nombre es Legión, porque somos muchos*” (Marcos 5:9). Una legión romana estaba conformada por 6.000 hombres, pero coloquialmente, la palabra *legión* había tomado en general el significado de numeroso. Como consecuencia de estar poseído por muchos demonios, el geraseno tenía una enorme fuerza, y, ninguno de su tierra era capaz de controlarlo. Él también era la persona poseída por el demonio más poderosa que Jesús había conocido hasta ese momento en su ministerio.

La gente había llevado a este endemoniado a ese lugar solitario y esperaban en secreto que él se suicidara pronto y se le diera un lugar en una de las tumbas cavadas en una de estas colinas. Allí el hombre podía a menudo cortarse a sí mismo

con rocas afiladas y caminar por ahí desnudo, lo cual acentuaba su apariencia salvaje. Su mirada sanguínea era tan fiera que cualquiera se asustaba hasta la muerte de estar cerca de él. En todo momento, su terrible mirada y sus gritos podían ser vistos y escuchados de lejos y cerca, mientras se movía entre las cuevas y colinas. La gente no sabía qué hacer con él y todos estaban nerviosos.

Cuando el endemoniado vio a Jesús dejando las barcas y asentando el pie en la tierra, corrió hacia Él. Pero en vez de atacar a Jesús, cayó sobre sus rodillas y lo adoró. Los demonios que lo poseían inmediatamente reconocieron a Jesús y se dieron cuenta de su poder sobre ellos. Un demonio, el que hablaba por todos, gritó con todas sus fuerzas: “*¿Por qué te entrometes, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?*” (Marcos 5:7).

Él supo que incluso con toda su fuerza combinada, espiritual y física, los demonios nunca podrían derrotar a Jesús. Ellos podrían haber hecho que el hombre corriera lejos de Jesús, pero como las moscas atraídas a la luz, estos demonios fueron irresistiblemente atraídos a Jesús y tuvieron que reconocer su autoridad divina.

La Suerte de los Demonios

Los demonios reconocieron que Jesús poseía un poder divino. Invocando a Dios, ellos le pidieron a Jesús con gritos fuertes: “*¡Te ruego por Dios que no me atormentes!*” (Marcos 5:7). Él sabía muy bien que el Señor tenía la autoridad para enviarlo a él y a sus seguidores directamente al infierno.

De esta manera, el endemoniado entendió el aterrador poder de los numerosos demonios que lo poseían, sintiendo cómo ellos no podían hacer nada en la presencia del Hijo de Dios, pues Jesús ordenó a los demonios que dijeran su nombre y ellos añadieron a su respuesta la explicación de que “*somos muchos.*” El propósito de Jesús era sanar al hombre, liberándolo de esta opresión demoníaca. Jesús se acercó de nuevo al endemoniado, sacando de su cuerpo a sus muchos ocupantes no deseados. Lo primero que hizo fue restaurar al hombre y lo segundo, fue despachar a los espíritus malignos.

Los demonios, temerosos de que Jesús pudiera devolverlos al infierno para hacerlos prisioneros en horribles celdas hasta el juicio final, le imploraron a Jesús que no los enviara fuera del área, sino que les permitiera entrar en una manada de miles de cerdos que andaban por allí. Jesús se los permitió y la manada de cerdos poseída corrió hacia una ladera sobre el Lago de Galilea y se ahogó.

Mientras los demonios residieron en el hombre, intentaron destruirlo, pero no pudieron. Aún así, cuando ellos entraron en los cerdos, inmediatamente causaron una gran destrucción de la vida. Jesús escuchó su petición y se dio cuenta plenamente que el tiempo que ellos pasarían dentro de los cerdos sería corto. Él les asignó a ellos estar en el agua en lugar de estar en lugares salvajes alrededor de las cavernas. Los demonios deberían habitar lugares áridos y regiones no habitables,

pero no en el agua. Ser despachados a las olas del Lago de Galilea, fue para ellos un castigo mayor.

¿Por qué Jesús permitía esta destrucción aparentemente injustificable de por lo menos 2.000 cerdos, ocasionando una gran pérdida para sus dueños? La destrucción devastó un significativo número de personas en esa área e interrumpió severamente la economía local.

En la Ley de Moisés, a los judíos se les prohibió ser dueños o consumir carne de cerdo, pues estos eran considerados animales impuros. Por el contrario, los dueños, gentiles, los mantenían y eran parte de su vida, alimentándolos, vendiéndolos y sacrificándolos. Ciertamente, Jesús no intentaba hacer gentiles a los judíos. Entonces, ¿por qué razón Jesús permitió que los demonios hiciesen su destructiva labor, empobreciendo a la población local? La respuesta es la siguiente:

1. Para rescatar a un ser humano de la tiranía de Satanás.
2. Para mostrar a los dueños de los cerdos, el valor de un ser humano.
3. Para enviar al hombre sano de regreso a su propia gente.
4. Para introducir a los gentiles a las buenas nuevas de Jesús.

Después de que los cerdos se ahogaron, sus pastores corrieron al pueblo y al campo para llevar la noticia de la devastación a sus dueños. Cuando la gente del pueblo encontró a Jesús y vieron al endemoniado vestido y en sus propios sentidos, se atemorizaron. Pudieron haber estado agradecidos con Jesús por haber echado fuera a los espíritus malignos y devolverle a uno de sus conciudadanos. Pero cuando consideraron la pérdida de sus posesiones, ellos le pidieron a Jesús irse de la región. Claramente, ellos preferían la riqueza material a los seres humanos. Debido a su invertida escala de valores, esta gente estaba en manos de Satanás y necesitaba ser liberada.

Jesús estuvo de acuerdo con su exigencia y se dirigió con sus discípulos al bote. Cuando estaba listo para abordar, el hombre que había estado poseído por el demonio le pidió permiso para acompañarlo, pero Jesús se rehusó. Él había sanado al hombre con el propósito de que regresase a su gente como un evangelista y les contase a ellos acerca de las maravillas que Dios había hecho en él.

El hombre regresó a casa y se convirtió en un misionero para sus propios conciudadanos. Él les contó que Jesús era el Hijo de Dios y que había venido a salvar a la gente de la tiranía del demonio. Ciertamente, él era la mejor clase de misionero que Jesús podía haber enviado a los gentiles, a la población gentil de los gerasenos, pues:

1. Él entendía plenamente el poder que Satanás tenía sobre los suyos.
2. Él podía testificar de la destrucción que el demonio había infligido en él y sobre los cerdos.

3. A pesar de que los ciudadanos, en su ignorancia, le habían pedido a Jesús que dejase la región, el hombre que había sufrido tanto por causa de los demonios, podía contárselos a ellos del amor de Cristo y de su deseo de librarse a todos ellos de las garras de Satanás.

4. Por último, este hombre podía llegar a ser un misionero, no como un judío, sino como un gentil que estaba totalmente en casa, entre sus conciudadanos, y que ahora era un instrumento de uso especial para el Señor.

Aplicación

La furia del Anticristo en el mundo de hoy es igualmente aterradora, como lo eran las fuerzas del demonio durante el ministerio de Jesús. Satanás sabe que su tiempo sobre la tierra es corto. Él envía a sus ángeles malos a destruir vidas humanas, distorsionar la verdad y dominar al mundo. A pesar de esto, el mensaje del Evangelio penetra en cada país y es imparable. Satanás no ejerce una autoridad suprema; en lugar de eso, Cristo Jesús es Rey de Reyes y Señor de Señores. La Escritura nos enseña que Jesús es quien sale victorioso en la batalla espiritual contra Satanás y que, con Él, nosotros somos y seremos victoriosos.

Juan el Bautista

Mateo 11:1-19 • Juan 1:15-36

Comienzos Prometedores.

Los escritores de los Evangelios identifican a Juan el Bautista, como un mensajero llamado por Dios. Su mensaje a la gente era que se arrepintieran y se bautizaran. Él era un profeta genuino enviado por Dios a Israel quinientos años después de que Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, había profetizado acerca de él.

Malaquías había profetizado que después de él vendría un heraldo que prepararía el camino para el Señor. Este heraldo vendría vestido como el profeta Elías, sin temor, proclamando la Palabra de Dios. Juan, de hecho, había aparecido en el espíritu y el poder del profeta Elías para preparar a la gente para la venida del Mesías. Él sirvió como el anunciador de Jesús, el que preparó el camino delante de Él.

Juan nació en el seno de una familia de sacerdotes. Su madre, Elizabeth, era una descendiente directa del Sumo Sacerdote Aarón, y su padre, Zacarías, era un sacerdote que servía en el Templo de Jerusalén. Juan creció en las colinas del campo de Judea, probablemente al sur de Jerusalén. Él estaba plenamente familiarizado con el área del desierto del sur y occidente de la ciudad capital y con la región del Valle del Bajo Jordán.

Juan nació alrededor de un año y medio antes de Cristo y estaba relacionado con Él por medio de Elizabeth, su madre. Los padres de Juan estaban bien entrados en años cuando él nació y muy probablemente murieron durante su adolescencia, así que él recibió la guía espiritual de otros. Cuando tenía alrededor de treinta años, él comenzó su ministerio.

Llamado a Predicar y a Bautizar.

Juan era la voz en el desierto que llamaba a la gente a volverse a Dios. Él dijo a los sacerdotes de aquellos tiempos que mostraran sinceridad en su arrepentimiento. Él aconsejó a las multitudes que venían a escucharlo que compartieran sus posesiones con los pobres y reprendió a los recaudadores de impuestos, exhortándolos a ser más honestos en su trabajo, recolectando sólo lo que tocaba. Él instruyó a los soldados a no extorsionar a la gente con dinero ni a acusarlos falsamente y a estar contentos con su paga. Él, eventualmente regañó a Herodes Antipas, que se había casado con Herodía, la esposa de su medio hermano Felipe. Debido a ese regaño, Juan fue aprehendido y hecho prisionero. Juan predicaba que el Reino de los cielos estaba cerca y se reveló a sí mismo como un profeta de Dios. Debido a su predicación, la gente era atraída hacia este extraño hombre, quien,

como Elías, caminaba por los alrededores vestido con ropa hecha de pelo de camello y usaba un cinturón de cuero alrededor de su cintura. Este habitante del desierto, que vivía solo y comía alimentos que incluía saltamontes y miel silvestre, exhibía todas las características del profeta Elías.

Él mostró a la gente que rechazaba la vida fácil y de lujo, urgiéndolos a encontrar una persona más poderosa y digna que él. Juan señaló entre la multitud a Jesús, el Mesías, que estaba solo en ese momento, entrando en la escena para tomar el lugar de Juan. En las propias palabras del mismo profeta, Juan debía disminuir en influencia y Jesús debía aumentar.

Cuando Juan estaba predicando el mensaje de arrepentimiento e invitando a la gente a bautizarse en el río Jordán, mensajeros enviados por las autoridades religiosas en Jerusalén le preguntaron a él si era el Mesías, a lo que él les respondió que no. Entonces le preguntaron si él era el profeta Elías y su respuesta de nuevo fue que no. Entonces ellos quisieron saber si él era el profeta acerca del cual Moisés había predicado que sería el Mesías y Juan una vez más lo negó. Y cuando le pidieron que revelara su identidad, él les dijo que era la voz en el desierto, señalada por Dios para preparar los caminos del Señor. Él era el mensajero enviado por Dios para tener todo listo para el Mesías.

Algunos líderes religiosos, llamados fariseos, no estaban satisfechos con las respuestas de Juan y le pidieron saber por qué estaba bautizando a la gente si él no era el Cristo, ni Elías ni el profeta. Entonces Juan les dijo que había una diferencia fundamental entre él y el Mesías. Él les dijo que él bautizaba con agua, pero que el Cristo vendría y los bautizaría a ellos con el Espíritu Santo y con fuego.

Comparándose a sí mismo con el Cristo, Juan dijo: “*Yo no soy digno ni siquiera de desatarle la correa de las sandalias*” (Juan 1:27). Él añadió que Jesús, quien vendría después de él, sería superior a él porque existía antes que él. Esto parecía contradictorio porque, ¿cómo podría Jesús venir después de Juan y aún así aparecer antes en el escenario? Una persona mayor merece el respeto de alguien más joven. Por tanto, Juan podría recibir más honor, pero él se refería a Jesús y lo honraba a Él como el Cristo Eterno. Jesús podía decir a los líderes religiosos, “*antes de que Abraham naciera, ¡Yo soy!*” (Juan 8:58).

Bautizando al Único sin Pecado.

Juan se encontró con Jesús cara a cara en el río Jordán, cuando él estaba bautizando a la gente que se arrepentía de sus pecados. Su acto era diferente al ritual realizado por la comunidad de Qumran, porque él lo administraba una vez y simbolizaba el perdón de los pecados. Juan bautizaba a quienes se volvían a una vida sin pecado, se comprometían a servir a Dios y miraban más allá a la venida del Mesías.

Cuando Jesús se acercó a Juan y le pidió que lo bautizara, Juan estaba perplejo. Él objetó su petición diciendo que era Jesús quien debería bautizarlo a él. ¿Por qué

necesitaba el Mesías ser bautizado? Jesús le dijo a Juan que debía permitir este bautismo para “*cumplir lo que es justo*” (Juan 3:15). La palabra de Jesús necesita una palabra de explicación. Lo que Él indicó fue que:

- Él había entrado a la escena como el Mesías.
- Él se identificaba con quienes había venido a salvar.
- Él era el que portaba los pecados de su gente.
- Él estaba listo para comenzar su ministerio.

En pocas palabras, Jesús debía hacer esto como lo haría su pueblo para poder ministrarlos efectivamente a ellos.

Juan era el mensajero y en el río Jordán era su deber señalar a la gente a Jesús. Él vio a Jesús acercándose y dijo: “*¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*” (Juan 1:29). Él miró al final de la vida de Jesús, porque en la cruz, Jesús era el cordero que sería sacrificado justo antes de la fiesta pascual judía. El siguiente día, cuando dos de sus discípulos se fueron con Jesús, Juan, señalándolo de nuevo, dijo: “*¡Aquí tienen al Cordero de Dios!*” (Juan 1:36). Él los dirigió a que siguieran a Jesús, para que pudieran conectar con su alianza y llegaran a ser sus discípulos. Nosotros asumimos que uno de ellos era Juan, el hijo de Zebedeo, y sabemos que el otro era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Jesús invitó a Juan y a Andrés a quedarse con Él la mayor parte del día y aprender de Él que en verdad era el Mesías, el Cristo.

La Duda y la Seguridad de un Prisionero.

Juan fue hecho prisionero en el lado oriental del Mar Muerto, debido a su represión a Herodes Antipas por haberse casado con Herodías, la esposa de su medio hermano Felipe. En la prisión, Juan escuchó acerca de la obra y el comportamiento de Jesús, quien entraba a la casa de los fariseos ricos y cenaba con ellos. También, Jesús era relacionado socialmente con aquellos que no eran queridos en Israel, como los cobradores de impuestos y las prostitutas.

A pesar de esto, Jesús inició su ministerio con el mensaje del arrepentimiento y la cercanía del reino de los cielos. Su mensaje se basó en paráboles y discursos. Además, a diferencia del bautista, Jesús vestía un ropaje costoso que había sido tejido todo en una sola pieza.

Debido a estas cosas, la duda entró a la mente de Juan y cuando sus discípulos venían a él en su celda de la prisión, discutía con ellos acerca del estilo de vida de Jesús y del suyo propio. Él se preguntaba si Jesús sería en verdad el Mesías. Finalmente, él envió a dos de sus discípulos a preguntarle a Jesús: “*¿Eres Tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?*” (Mateo 11:3). Juan se sentía defraudado por Jesús, pues no creía que estuviera cortado de la misma tela que él. Juan necesitaba asegurarse de que Jesús conducía un ministerio de sanidad, de dar vista al ciego, curar al enfermo, restaurar al leproso, hacer que el sordo escuchara y que

los inválidos caminaran, expulsar demonios, levantar y resucitar a los muertos, y predicar el Evangelio a los pobres.

Del Antiguo Testamento, Juan debería saber que sólo el Mesías podía llevar a cabo este ministerio de milagros. Jesús probó por sus palabras y sus hechos que Él en verdad era el Cristo enviado por Dios Padre. Y Juan debería estar más que seguro de que su trabajo como mensajero no había sido en vano. El reino de los cielos, sin ninguna duda, había llegado tal como el ministerio de Jesús lo probó.

Jesús habló bien de Juan el Bautista y le dio el honor más alto que una persona podía recibir. Él dijo que Juan era un profeta, cuyo lugar en la vida no podría ser superado por ningún ser humano. Él dijo que Juan era el profeta que aparecería como el antiguo Elías, enviado a preparar al pueblo para la era Mesiánica. La vida de Juan tuvo un final repentino en prisión, donde se le cortó la cabeza.

La Herencia Continua de Juan.

Tres días antes de la muerte de Jesús, Él estaba enseñando en el Templo de Jerusalén. Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y los ancianos se acercaron a Él y le preguntaron con qué autoridad estaba enseñando. En vez de responder directamente, Jesús les hizo a ellos una pregunta. Si ellos le respondían, Él a su vez respondería a sus preguntas.

Jesús les preguntó si el bautismo de Juan procedía del cielo o de la tierra. Cuando Juan comenzó su ministerio en el Jordán, estos líderes habían enviado sacerdotes y levitas a Juan con la misma pregunta.

Ahora, confrontando a Jesús, ellos debían responder a su pregunta respecto a la autoridad de Juan. Si ellos contestaban que la autoridad de Juan venía "*del cielo*," Jesús les hubiera podido preguntar, "*¿Por qué no le creyeron?*" Ellos hubieran podido decir, "*de la tierra*," desacreditando a Juan ante los ojos del público, que lo consideraba un profeta. Al ellos rehusarse a responder, Jesús tuvo la libertad de decirles que no les diría con qué autoridad Él estaba enseñando y haciendo milagros.

La influencia de Juan como profeta no cesó en el momento de su muerte. Algunos 25 años más tarde, en Éfeso, a más o menos unas mil millas de Judea, Pablo se encontró a doce discípulos de Juan el Bautista. Él los bautizó en el nombre de Jesús, recibieron el Espíritu Santo y predicaron en diferentes lenguas (Hechos 19:1-7). Ellos esparcieron el nombre de Jesús por donde iban con su Evangelio.

Aplicación.

El ministerio profético de Juan duró sólo medio año y tuvo un final abrupto en una celda. Él cumplió lo que Jesús había planeado para él, es decir, preparar al pueblo para la venida del Mesías. Su vida demostró la realidad de los eficaces planes de Dios, en los que los seres humanos toman una parte activa. La regla de vida de Juan respecto a Jesús fue: "*A Él le toca crecer y a mí menguar*" (Juan 3:30).

La repentina muerte de una persona en la mitad de su carrera nos deja atónitos y nos hacemos la inevitable pregunta: ¿Por qué? Dios no nos da una respuesta directa, pero nos hace saber que es Él quien determina la extensión de nuestra vida aquí en la tierra. Cuando nuestra labor está completo a los ojos de Dios, Él nos llama a casa. Pero mientras estemos en la tierra, Él quiere que nosotros mantengamos nuestros ojos fijos en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe.

UNA FE
ELOGIADA
POR JESÚS

El Centurión en Cafarnaum

Mateo 8:5-13 • Lucas 7:1-10

Un Oficial de la Armada Romana

El hombre era un Centurión de la Armada Romana, probablemente al servicio de Herodes Antipas, quien había sido escogido por Roma para gobernar en Galilea. Él estaba estacionado en Cafarnaúm, en la orilla noroeste del Lago de Galilea. El término Centurión implica que él era un capitán que tenía a cargo cien soldados. Él podría haber sido un ciudadano romano que se había hecho amigo de la población judía y que asistía a los servicios de adoración en la sinagoga. Él era una persona religiosa y temerosa de Dios, que oraba a Dios y daba limosnas a los pobres. Él tenía un genuino afecto por el pueblo judío. Cuando la congregación necesitó un nuevo edificio, el Centurión construyó una sinagoga para ellos con sus propios recursos. Los judíos en Cafarnaúm lo honraban al permitirle participar de la adoración en la sinagoga que él mismo había levantado.

Jesús había realizado numerosos milagros de sanación en Cafarnaúm. Un hombre poseído por el demonio había entrado en la sinagoga mientras Jesús predicaba y había escandalizado el culto con sus estruendosos gritos. El demonio, hablando a través del hombre, gritaba: “*¡Ah! ¿Por qué te entrometes, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres tú: ¡el Santo de Dios!*” (Lucas 4:34). Jesús le ordenó al demonio que callara y saliera del hombre y el espíritu maligno obedeció. Toda la gente quedó atónita, pues ahora todos sabían quién era Jesús. Si el Centurión estuvo presente, él debió haber escuchado el grito del demonio diciendo que Jesús era el único Santo de Dios.

Cierto día, un joven sirviente del Centurión se enfermó con una parálisis y estaba cerca de la muerte. El Centurión lo quería mucho e inmediatamente pensó en Jesús, así que envió a algunos representantes judíos por Él. Estos representantes judíos eran ancianos que regían en el pueblo y en la sinagoga. En la mente del Centurión debió haber estado presente que sería mejor si ellos en lugar de él, le pedían ayuda a Jesús. Ellos se acercaron a Jesús y le pidieron que fuera sin demora a sanar al muchacho.

La Sorprendente Fe de un Gentil

A pesar de que un gentil podía asistir a los cultos de adoración en la sinagoga, un judío nunca podía entrar en la casa de un gentil, porque él se debía guardar a sí mismo de contaminarse. De igual manera, un gentil no podía poner su pie en la casa de un judío. Entre judíos y extranjeros, existía una barrera que los separaba. Por esta razón, el Centurión pidió a los ancianos judíos que se acercaran a Jesús en su nombre. Si los ancianos estaban de acuerdo en ser sus intermediarios, pensó,

Jesús podría no sentirse ofendido. Nadie le preguntó si el niño o el muchacho hubiera podido ser llevado hasta donde estaba Jesús. La situación era urgente, así que ellos le pidieron a Jesús que fuera inmediatamente a sanar al joven.

Los ancianos no eran sólo mensajeros del Centurión, sino que también le hablaron a Jesús del buen nombre del oficial romano. Ellos le imploraron que fuese sin demora, informándole que este hombre merecía la ayuda por dos razones: él amaba al pueblo judío y había construido la sinagoga. Sin duda, Jesús sabía todo esto, pues siendo un residente y un adorador en Cafarnaúm, Él estaba familiarizado con la benevolencia del Centurión.

El ruego de los ancianos se basaba en el merecimiento del Centurión. ¿Acaso los judíos pensaban que debido a la generosidad del oficial y por su amistad, él merecía ser escuchado? Ellos adoptaron la actitud de devolver un favor, pero esa no fue la actitud que Jesús adoptó. En una ocasión posterior, Jesús enseñó a sus seguidores que después de todas las obras que ellos habían hecho por Él, deberían considerarse a sí mismos sirvientes inútiles que sólo habían cumplido con su deber.

Sin ninguna objeción, Jesús atendió la petición de los ancianos y los acompañó hasta la casa del Centurión. Aunque los judíos le habían dicho a Jesús que el Centurión merecía ser ayudado, el hombre no se veía a sí mismo merecedor de recibir a Jesús bajo su techo. Él sabía que Jesús tenía un poder más grande que cualquier otro hombre. Él vio su propia posición de militar como una reflexión de la grandeza de Jesús. Así que, mientras Jesús se acercaba a su casa, el Centurión envió a sus amigos a decirle que no debía molestar en entrar a su casa. Esto podía haber sido interpretado como un gesto dirigido a no apenar a un judío al rehusarse a entrar en la casa de un gentil, pero este no era el caso. En el mensaje que envió con sus amigos, el Centurión utilizó el título de Señor para expresar su respeto por la santidad de Jesús. El Centurión le explicó que él sentía que no era merecedor de estar en la presencia de la majestad de Jesús.

Como oficial militar, el Centurión estaba bajo la autoridad de sus superiores, cuyas órdenes él debía llevar a cabo sin preguntar y sin demora. Igualmente, él tenía el poder de dirigir a los soldados bajo su mando. Él razonó que si él, como Centurión, debía esperar el cumplimiento inmediato de sus órdenes, ¿cuánto más Jesús con todo su poder, esperaría ser obedecido? Él tenía la fe en que Jesús podía sanar al joven enfermo únicamente con su palabra. Jesús no tenía que tocarlo y ni siquiera verlo. Según esto, él le dijo a Jesús que dijera la palabra y ordenara a la enfermedad dejar el cuerpo del sirviente.

Cuando Jesús escuchó estas palabras viniendo de los labios de un gentil, Él estaba sorprendido por la fe del hombre. La población judía en Cafarnaúm había observado todos los milagros realizados por Jesús, pero no creían, aunque este Centurión actuaba en fe. Aún cuando las multitudes incrédulas de Cafarnaum habían escuchado las enseñanzas de Jesús, ellos se rehusaban a arrepentirse. Esta era gente que había sido instruida en las Escrituras y que podían haber reconocido

a Jesús como el Mesías anunciado por los profetas. Aún así, fue un gentil atraído por las enseñanzas bíblicas en la sinagoga quien reconoció a Jesús como el Santo de Dios.

Jesús no elogió a los judíos de Cafarnaúm que eran muy privilegiados de tenerlo a Él entre ellos, pero sí lo hizo con el Centurión romano, que puso su fe en Él. Es verdad que algunos judíos habían expresado esa misma fe. Natanael lo reconoció cuando dijo: “*Rabí, ¡Tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel!*” (Juan 1:49). Incluso Pedro, utilizó palabras similares: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente*” (Juan 1:49). Pero estos eran sus discípulos, quienes recibían instrucción diaria. El Centurión no tuvo esa oportunidad, aunque fue el que demostró comprender las verdades espirituales. Para él, Jesús era el Santo de Dios.

Después de haber dado el mensaje, los ancianos y amigos del Centurión regresaron a la casa para ver qué había pasado. Ellos encontraron al joven sirviente lleno de salud y fuerte. La lección que ellos aprendieron fue que Jesús siempre responde a la fe de las personas. Él recompensa a quienes en verdad lo buscan, creen en Él y lo aman. Y cuando Jesús hace un milagro, es para aumentar su fe.

Aplicación

Jesús vino a la tierra en forma humana y de esta manera llegó a ser uno de nosotros, pero sin pecado. Debido a esa cercana relación con nosotros, la gente a menudo olvida que Él es el Hijo de Dios, el Santo, y, que demanda de nosotros el mayor respeto.

Si nosotros le pedimos cualquier cosa con fe en el nombre de Jesús, Él nos escucha y actúa sobre nuestras peticiones. Él nos ha dado esta promesa: “*Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, Yo lo haré*” (Juan 14:14).

Nosotros debemos recordar que Jesús nunca queda en deuda con nosotros cuando le demostramos nuestro amor a Él y a nuestro prójimo. No podemos reclamar ningún premio o mérito por realizar una buena acción. En vez de eso, humildemente confesamos que todos nuestros actos son incompletos e imperfectos ante sus ojos. Sus bendiciones, entonces, no son una respuesta a nuestras buenas obras, sino que nacen de su gracia y debido a que Él es bueno con nosotros en Cristo Jesús.

Una mujer Sirofenicia

Mateo 15:21-28 • Marcos 7:24-30

Una Gentil de Fe

Ella vivía cerca de Tiro, un puerto sobre la costa mediterránea. Ella no había nacido allí, pero había migrado desde Siria Fenicia, un área que ahora comprende la moderna Siria y el Líbano, a donde había llegado proveniente de Grecia. Ella había escuchado acerca de Jesús, porque en esta ciudad Él era el tema de conversación de toda la gente debido a los milagros que había realizado en Israel y Galilea, y también, porque al enseñar en Galilea, Él había denunciado a los pueblos de Betsaida, Cafarnaúm y Corazín, por su falta de fe en Él. Jesús les había dicho que, si los milagros que Él había realizado en esos sitios hubieran sido hechos en Tiro y Sidón, ellos se hubieran arrepentido hacia mucho tiempo echándose cenizas y vistiendo ropas ásperas.

Toda la gente enferma o poseída por espíritus demoníacos, esperaba ver a Jesús y pedirle que los sanara. Mucha gente de las ciudades costeras de Tiro y Sidón habían ido a Galilea para escuchar el mensaje de Jesús. Pero no todos habían podido viajar hasta la tierra de Israel. Ahora Jesús había decidido venir a Tiro. Él deseaba estar a solas con sus discípulos, lejos de toda la oposición que se había endurecido en Galilea.

Cuando Jesús llegó a Tiro, entró a una casa y le pidió al dueño privacidad y que mantuviera su presencia en secreto, pero eso fue imposible. Mientras Jesús y sus doce discípulos entraban a la ciudad, Él fue reconocido. La noticia se regó como un fuego incontenible por toda la ciudad.

Tan pronto Jesús entró a Tiro, la mujer sirofenicia se acercó a Él probablemente hablando en griego. Ella lo había reconocido y con voz alta se dirigió a Él como Señor, Hijo de David. Este título era comúnmente utilizado por los judíos para identificar al Mesías prometido, aunque también era conocido entre los gentiles. La mujer se dirigió a Él decente y reverentemente de ambas maneras, como Señor y Mesías, mostrando su fe en Jesús como el único Ungido de Dios.

La petición de la mujer era urgente: su hija estaba poseída por un demonio y sufría una tortura mental que la mermaba totalmente. La mujer estaba perturbada por no poder curar a su hija y porque nadie la había podido ayudar.

Cuando ella vio a Jesús, supo que la ayuda estaba cerca. Una y otra vez ella le gritaba a Jesús, pero Él actuaba como si ella no existiera. Eventualmente, sus repetidos gritos enojaron a sus discípulos que le pidieron a Jesús que la enviara lejos. Para ellos, ella era sólo una mujer gentil, que no merecía ser escuchada.

Con sus gritos, ella creaba una distracción intolerable. Los discípulos deseaban protegerlo a Él de la vergüenza que ella les causaba. Pero Jesús tuvo una actitud

diferente. Él deseaba probar la fe de la mujer y mostrar a sus discípulos que la fe no sólo se encontraba entre los judíos, sino también entre los gentiles.

La Persistencia es Recompensada

Jesús respondió a los continuos gritos de la mujer diciéndole que Él había sido enviado a los perdidos que pertenecían a la nación de Israel. Esa fue su forma indirecta de preguntarle a ella por qué Él debía atender su petición. Arrodillándose delante de Él, ella le imploró insistentemente que tuviera misericordia: “*¡Señor, ayúdame!*” (Mateo 15:25).

El trato aparentemente duro que ella recibió fue para su beneficio y también fue una lección para sus discípulos. Jesús deseaba que ellos observaran la fe de esta mujer. Él le dijo a ella que no sería correcto tomar el pan que era para los hijos y dárselo a las mascotas, los perros. Los niños tienen derechos y privilegios en la familia, pero no los perros. A pesar de esto, los perros merecen ser alimentados sin ser puestos jamás al nivel de los niños. Una vez más, la mujer replicó, ahora convincentemente y al punto: “*Sí Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*” (Mateo 15:27). Ella se dirigió en tres ocasiones a Jesús como Señor y en la tercera, ella usó las mismas palabras de Jesús, recordándole que los perros consumen la misma comida que los niños.

Jesús exaltó a la mujer por su gran fe y le concedió su petición. Su persistencia recibió una respuesta favorable. Él había dicho a sus discípulos que, si ellos tuvieran una fe como del tamaño de una semilla de mostaza, la más pequeña de las semillas del jardín, serían capaces de mover montañas. Pero ella era una gentil, que no había crecido bajo las enseñanzas de las Escrituras en la sinagoga, como los judíos. Su conocimiento de Jesús era de oídas y aún así, ella creyó que Jesús era el Señor, el Hijo de David, el Mesías.

Sólo con pronunciar una palabra, Jesús sanó a su hija, pues el demonio la dejó en ese justo momento. Cuando la mujer regresó a casa, encontró a su hija acostada en la cama, aliviada y con la mente sana. ¡Cuánta alegría y gratitud había en aquella casa! Ella podía contar lo que Jesús había hecho por ella a pesar de que Él no había entrado bajo su humilde techo. La restauración de su hija se convirtió en la noticia del día en Tiro. En consecuencia, el nombre y el mensaje de Jesús se extendieron por toda la región.

¿Por qué Jesús prolongó la ansiedad de la mujer, sin responderle con prontitud? Podríamos decir que Jesús deseaba probar su fe y eso es correcto. Pero eso no nos cuenta toda la historia. De nuevo podríamos decir que Jesús quería que sus discípulos aprendieran una lección exemplificada por la fe y no de un hijo o hija de Abraham, sino de una gentil, y, eso es correcto también, pero de nuevo eso está muy lejos del blanco.

La respuesta se encuentra en las enseñanzas de Jesús, es decir, en la persistencia en la oración sin rendirse. Él enseñó constantemente a los creyentes que debían ir

siempre a Dios en oración. Él les aseguraba que Dios escucha a quienes permanecen siempre en oración hasta que Él atiende sus peticiones.

Durante su ministerio en la tierra, Jesús mantuvo con frecuencia a la gente esperando. Jairo tuvo que esperar para que Jesús sanara a su hija que estaba cerca de la muerte. Debido a que se había demorado en el camino, Jesús también llegó tarde y la niña había muerto. Pero Jesús demostró su poder al resucitarla a ella de entre los muertos. También María y Marta, habiendo enviado un mensaje urgente a Jesús acerca de la fatal enfermedad de su hermano Lázaro, experimentaron la demora del Señor en venir a salvarlo. Lázaro murió y las hermanas quedaron sumidas en el dolor y la pena. Pero una vez más, Jesús trajo al muerto de regreso a la vida para mostrar la gloria de Dios.

Estos casos demuestran que el Señor prueba la fe y la persistencia de quienes le piden a Él, para que de esta manera su poder y su gloria puedan ser evidentes en sus vidas. De manera similar, Jesús quiso probar a la mujer sirofenicia en la ciudad de Tiro. Sin lugar a duda, ella demostró ser una mujer que puso su gran fe en acción.

Aplicación

En su primera epístola, Juan escribe que si nosotros le pedimos a Dios cualquier cosa que esté de acuerdo con su voluntad, Él atiende nuestra petición. Él nos deja saber que Dios ya la ha apartado para nosotros. Nosotros oramos pidiendo: “*Danos hoy nuestro pan cotidiano*” (Mateo 6:11). Pedimos el alimento y lo recibimos porque el pan ya nos ha sido dado en el momento que se lo pedimos a Dios.

¿Por qué Dios parece hacerse el de oídos sordos a las peticiones que le hacemos con fe y para la gloria de su nombre? Hemos aprendido por experiencia que Él nos responde a su tiempo. Dios desea probar nuestra fe para que podamos apoyarnos en Él con plena confianza y sepamos que Él nos escuchará.

Un Funcionario Real

Juan 4:43-54

Fe en Acción

Él era un funcionario real al servicio de Herodes Antipas, el gobernador de Galilea y a quien la gente generalmente llamaba su rey. Este funcionario, que vivía en Cafarnaúm, parecía más un judío que un gentil. Él había llegado a la ciudad de Caná, el lugar donde en una boda Jesús había convertido el agua en vino, a ver a Jesús.

El motivo de su viaje era que su hijo estaba gravemente enfermo. El funcionario era consciente de los poderes sanadores de Jesús. La gente en Cafarnaúm podía testificar acerca de los numerosos milagros que Jesús había hecho: sanar enfermos, expulsar demonios, devolver la vista a los ciegos, hacer que un paralítico se levante y camine y resucitar a un muerto. Cuando el funcionario escuchó que Jesús había salido de Judea y llegado a Galilea, viajó siete horas a pie hasta Caná y le suplicó al Señor que viniera y sanara a su hijo que estaba a las puertas de la muerte.

Pero Jesús respondió al ruego del funcionario de la misma manera que lo había hecho con la mujer en Tiro. Él le dio una respuesta desalentadora: *"Ustedes nunca van a creer si no ven señales y prodigios"* (Juan 4:48). Jesús quería que el hombre no pusiera su fe en el milagro de la sanidad, sino en la divinidad de Jesús.

La mujer siro-fenicia había respondido dirigiéndose a Él como Señor, Hijo de David, para identificar su divinidad. Pero el funcionario romano no utilizó tales términos teológicos para lograr que Jesús sanara a su hijo. Él muy cortésmente se dirigió a Jesús como Señor y luego le imploró bajar antes de que su pequeño hijo muriera. Él indicó que el tiempo era esencial y puso la urgencia de este caso delante de Jesús. En un sentido, Él hizo a Jesús responsable. La idea de que Jesús pudiera resucitar a su hijo de la muerte no pasaba por su mente aún. Él sólo veía la necesidad del momento.

Jesús atendió la súplica del funcionario y le dijo, *"Vuelve a casa, que tu hijo vive"* (Juan 4:50). Con esta orden, Jesús quiso probar la fe del hombre y ver si lo haría. Y así sucedió, porque aquel padre se aferró a la palabra de Jesús y creyó que Él había sanado a su hijo simplemente con decirlo, e inmediatamente regresó a Cafarnaúm.

Como era tarde, él tuvo que pasar la noche en una posada del camino y continuar su viaje al día siguiente. Él tuvo que caminar cuesta abajo desde las colinas de Caná hasta la parte baja, a doscientos cincuenta metros bajo el nivel del mar, cerca de Cafarnaúm que estaba situada en las orillas del Lago de Galilea. Viajando a pie a una velocidad de cinco kilómetros por hora, el padre debió llegar a Cafarnaúm a eso del mediodía del día siguiente. Cuando él se acercaba a Cafarnaúm, sus

sirvientes salieron a su encuentro con la noticia de que su hijo estaba vivo y bien. La noticia fue tan estimulante que ellos habían dejado la casa para ir a encontrarse con él.

Un Gozo Exuberante

El funcionario quiso saber la hora exacta en que el milagro de sanidad había ocurrido. Los sirvientes le dijeron que la fiebre había desaparecido a la una de la tarde del día anterior. A esa hora Jesús le había dicho que volviera a casa porque su hijo vivía. Él se alegró con toda su casa de que Jesús fuera el Gran Médico. Él había puesto su fe en Jesús cuando Él dijo, “*tu hijo vive,*” y su fe no fue avergonzada. La palabra de Jesús fue verdadera y su respuesta a la fe del hombre fue segura. Dios recompensa a quienes lo buscan seriamente.

La consecuencia de este milagro no fue sólo que el funcionario creyera, sino que también toda su familia pusiera su fe en Él, incluyendo a sus sirvientes y familiares cercanos. Este funcionario de alto rango fue capaz de ganar a la gente que estaba a su cargo para que a su vez ellos pudieran influenciar a muchos otros en Cafarnaúm y otros lugares.

Aplicación.

Un antiguo adagio dice: “La familia que ora unida, permanece unida.” Y este proverbio es relevante aún hoy día cuando nuestras ocupadas agendas compiten con nuestro devocional familiar diario. Como familia, con frecuencia fallamos en traer nuestras necesidades a Dios en oración, dejamos de esperar atentos su respuesta y olvidamos expresar nuestra gratitud por las oraciones contestadas. El tema de fondo es que Dios desea que vengamos a Él con fe con nuestras peticiones y nuestra alabanza de gratitud. Y sabemos que Él nos escucha cuando le pedimos de acuerdo con su voluntad.

El Padre de un muchacho Epileptico

Mateo 17:14-23 • Marcos 9:14-32 • Lucas 9:37-45

El Fracaso de los Discípulos

La epilepsia es una enfermedad que ataca el sistema nervioso central de una persona, causando convulsiones y períodos de inconsciencia. En los tiempos bíblicos, un epiléptico era llamado *lunático*, debido a que las fases de la luna afectaban su comportamiento. En los tiempos modernos, hay medicinas que previenen tales ataques y hacen posible que la gente lleve una vida normal, pero ese no fue el caso de cierto muchacho galileo que en tiempos de Jesús sufría de ataques de epilepsia. Sus padres aseguraban que un espíritu maligno lo arrojaba al piso, al agua y algunas veces al fuego. Si no hubiera sido por el atento cuidado de sus padres, el muchacho habría muerto. Ellos intentaron todo para encontrar una cura para la enfermedad de su niño, pero los años pasaron y nada funcionaba y el demonio continuaba controlándolo a su antojo.

El padre había escuchado acerca del poder sanador de Jesús y probablemente había conocido gente a quien le había sido restaurada su vigorosa salud. Él tomó a su hijo y salió con él en busca de Jesús. Eventualmente ellos llegaron a una alta montaña, probablemente el Monte Hermón, donde no encontraron a Jesús, pero sí a sus discípulos cerca de la base de la montaña. Ellos le dijeron al padre que Jesús había subido al monte con tres de sus discípulos y que en un momento regresaría. Así que el padre confió en aquellos nueve que quedaron.

El hombre les dijo a los discípulos que su hijo tenía ataques de epilepsia y que su enfermedad era causada por un demonio que lo poseía. Algunos de los discípulos dijeron que ellos habían expulsado demonios en el nombre de Jesús. Cuando el padre escuchó esto, le pidió a uno de ellos que expulsara al demonio para que su hijo pudiera ser sanado.

Primero Andrés trató de expulsar el demonio. En el nombre de Jesús, él le dijo al espíritu impuro que dejara al muchacho, pero su intento fue infructuoso. Luego Felipe lo intentó e igualmente falló y lo mismo pasó con Mateo y Tomás. En lugar de obedecer a los discípulos, el demonio agarró al muchacho, lo arrojó al piso y le hizo crujir los dientes. El muchacho echó espuma por la boca y se puso rígido. Tras repetidos y fallidos intentos, los discípulos entendieron que su situación era desesperada.

Mientras tanto, algunos maestros de la Ley empezaron a discutir con una multitud de personas que habían llegado. Ellos recordaron que una vez Jesús había expulsado un demonio de un hombre ciego y mudo y que algunos expertos en la Ley habían acusado a Jesús de expulsar demonios en el nombre de Satanás. Ahora estos maestros volvían y empezaban a discutir con los discípulos. Al no ser capaces

de expulsar al demonio de un muchacho epiléptico, estos aprendices de Jesús probaron que Satanás tenía el pleno control y no ellos.

Justo entonces, Jesús bajó de la montaña con los tres discípulos y vio la escena. Tan pronto como la gente y los nueve discípulos vieron a Jesús, se sorprendieron. En la montaña, Jesús había sido transfigurado en gloria celestial. Aún después que Él bajó, los rasgos de esta gloria eran aún evidentes. Ellos corrieron a saludarlo; también los maestros de la Ley se acercaron a Jesús. Los nueve discípulos sabían que, aunque ellos no habían podido expulsar al demonio, Jesús sí lo haría.

Jesús le preguntó a la gente acerca de qué estaban discutiendo con aquellos maestros de la Ley. Entonces, el padre del muchacho epiléptico se dirigió a Jesús y respetuosamente lo llamó Maestro. Haberlo hecho en la presencia de los maestros de la Ley fue algo más que sorprendente, porque el padre reconoció que Jesús era el Maestro Supremo que nunca le fallaría. Las palabras fluyeron de su boca como una cascada. Él quiso confiar en Jesús y decirle que su hijo era sólo un niño. El padre le suplicó que mirara al muchacho y le evitara estos severos ataques.

El hombre agregó que un espíritu maligno había hecho que el muchacho quedara mudo. Él contó que frecuentemente el espíritu se apoderaba del muchacho y tomaba pleno control de él. También dijo que el demonio lo arrojaba al piso, lo hacía echar espumarajos por la boca, crujir los dientes y volverse rígido. Sin duda, estos ataques epilépticos eran obra de un espíritu maligno.

Luego, el padre le dijo a Jesús que le había pedido a sus discípulos que expulsaran al demonio, pero aunque ellos habían tratado, no lo habían conseguido. El espíritu los había rechazado y debido a ello, los había hecho quedar como tontos. El padre esperó atentamente la respuesta de Jesús. Si los discípulos habían sido incapaces de expulsar al demonio, seguramente el Maestro con su palabra liberaría al mucho del poder de este espíritu.

Jesús pareció ignorar la súplica de aquel padre. Él se dirigió a sus discípulos y los reprendió. Él reflexionó sobre el tiempo que había estado con ellos enseñándoles y haciendo milagros. Igualmente, reprobó a los maestros de la Ley y a la multitud, incluyendo al padre del muchacho. Él estaba decepcionado de tener que tratar con una generación incrédula, insegura e incapaz de comprender. Ellos parecían estar más interesados en cuestiones físicas que espirituales.

Entonces, Jesús exclamó: “*¡Ah, generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? Tráiganme al muchacho*” (Marcos 9:19). Jesús los reprendió verbalmente, pero terminó de una forma positiva. Su orden de traerle al muchacho reveló su deseo de ayudar.

La Débil Fe de un Padre

El demonio también escuchó estas palabras. Cuando vio a Jesús, él supo que el divino poder prevalecería, porque Jesús estaba dispuesto a expulsarlo del muchacho. Renuente a salir, arrojó al muchacho al suelo haciéndolo convulsionar

y echar espuma por la boca. Aunque el demonio había encontrado la horma de su zapato y entendía que había perdido, él hizo un espectáculo de fuerza para demostrar que era el único que había infligido toda esta miseria en el muchacho. Y había pruebas de que el mal del muchacho no era un simple caso de epilepsia.

Jesús le preguntó al padre cuánto hacía que el muchacho padecía esto. El padre respondió que su hijo había sufrido así desde niño. Él contó que el espíritu maligno había arrojado frecuentemente a su víctima al fuego o al agua, tratando de matarlo. El padre concluyó su ruego por ayuda con una expectante frase: “*Si puedes hacer algo (Y sé que puedes), ten compasión de nosotros y ayúdanos*” (Marcos 9:22).

Al declarar que Jesús era capaz de ayudarlo, el padre demostró tener fe, aunque débil. Jesús inmediatamente se enfocó en su declaración de “*si puedes*,” porque estas palabras demostraban la fe del padre. El hombre nunca dudó de la capacidad de Jesús. Con un juego de palabras, Jesús le respondió, “*Para el que cree, todo es posible*” (Marcos 9:23). El énfasis no estaba en la capacidad de Jesús sino en la fe del hombre. El padre respondió rápidamente con una afirmación espiritual y una solicitud: “*¡Sí creo! Ayúdame en mi poca fe!*” (Marcos 9:24). Él le imploró a Jesús que lo ayudara a superar su escasa fe.

En ese momento, Jesús notó el interés renovado de la multitud. Ellos corrieron hacia Él para ver si haría un milagro. Entonces Él reprendió al espíritu maligno y le dijo: “*Espíritu sordo y mudo, te mando que salgas y que jamás vuelvas a entrar en él*” (Marcos 9:25). Jesús habló con absoluta autoridad, de la que sus discípulos carecían. Su autoridad fue permanente y el espíritu nunca regresaría al muchacho.

El demonio no salió tranquilamente, sino que dio un fuerte alarido, sacudió violentamente al muchacho y luego salió. Su víctima parecía estar muerta. Indudablemente, a causa de los ataques, su respiración parecía interrumpida y su cuerpo se había vuelto rígido. Había obvios signos de muerte. El padre, que había estado atento y lleno de esperanza, vio a su único hijo sin vida tendido en el piso. ¿El demonio había ganado? ¿Jesús había fallado?

Jesús tomó la mano del muchacho, lo levantó y se lo entregó al padre. El muchacho se paró sobre sus dos pies completamente sano. Diciéndolo de alguna manera, él fue resucitado de la muerte. La fe triunfó y la duda desapareció. El padre recibió la gran recompensa de tener a su hijo plenamente restaurado, sano de mente y cuerpo. Y la gente estaba allí asombrada viendo el poder de Dios.

Jesús Enseña sobre la Fe

Jesús habría de enseñarles a sus discípulos el significado de la fe. Cuando ellos entraron a una casa, probablemente en los alrededores del Monte Hermon, los discípulos le preguntaron en privado por qué ellos no habían podido expulsar al demonio. Ellos habían tratado, pero habían fallado. A su llegada, Jesús los había reprendido por su falta de fe. Ahora ellos le pedían más información.

Jesús les dijo que, debido a la extrema pequeñez de su fe, ellos no habían podido expulsar al demonio. Si su fe fuera del tamaño de una semilla de mostaza, ellos serían capaces de decirle a una montaña que se moviera de un lado a otro y la montaña se movería. Nada les sería imposible. Su referencia a una montaña fue tal vez al Monte Hermon, en donde ellos estaban.

Lo que había faltado en su intento de expulsar al espíritu maligno fue oración. Si sólo ellos le hubieranorado a Dios y le hubieran pedido que los capacitara para esta tarea, entonces, en plena dependencia de Él, ellos lo hubieran hecho. En su lucha con un poder demoníaco, ellos habían olvidado consultar a Dios, y por eso, sin su divina asistencia, ellos habían fracasado miserablemente. La fe y la oración son armas formidables para enfrentar al demonio.

Aplicación

Las oraciones deberían ser ofrecidas a Dios con fe, porque sin fe es imposible agradarlo a Él, como nos lo dice el escritor de Hebreos (11:6). Aunque sabemos que Dios quiere que nos acerquemos a Él con oraciones basadas en la fe, somos como niños pequeños que quieren hacerlo todo por ellos mismos, sin la ayuda de sus padres. Y así fracasamos. Hemos hablado de confiar en el poder de Dios, el cual está a nuestro alcance si lo pedimos. Cuando ponemos nuestra confianza en Él, Dios recompensa nuestra fe y se deleita en nosotros.

Por el contrario, la persona que duda tiene una doble preocupación: carece del poder espiritual y es incapaz de recibir algo del Señor. Siempre que la duda aparece, la fe se esfuma. La fe es un don de Dios que Él está ansioso de darnos como respuesta a la oración.

Jairo

Mateo 9:18-26 • Marcos 5:21-43 • Lucas 8:40-56

Una Familia de Tres

Su nombre era Jairo, un nombre hebreo que significa “él enseñará.” Él había sido criado como un devoto judío para asistir a los servicios de adoración en la sinagoga de Cafarnaúm y en su juventud, se había casado con una joven judía. Sin embargo, ellos no pudieron tener hijos por muchos años, lo cual les dejó un gran vacío en sus vidas.

Llegó el momento en que Jairo fue elegido jefe de la sinagoga, lo cual sin duda fue un gran honor, pero también significaba que él era responsable del cumplimiento de numerosos deberes:

- Debía traer invitados a dirigir la congregación.
- Era responsable de la supervisión de los servicios de adoración.
- Debía mantener el orden entre los adoradores, que con frecuencia eran ruidosos.
- Estaba a cargo de los manuscritos y debía tenerlos con él durante el culto para que el lector pudiera acceder rápido a las lecciones de las Escrituras que debían ser leídas.

El rango de Jairo era un poco menos que el de un maestro que gozaba de enorme prestigio. No obstante, él era bien respetado entre los miembros de la sinagoga y tenía un buen nombre.

Finalmente, la casa de Jairo se llenó de alegría cuando su esposa dio a luz una hermosa niña. Como hija única, esta niña se volvió el centro de todo el afecto en la familia. Pero cuando ella cumplió doce años, su salud de repente empezó a deteriorarse y los doctores no pudieron ayudarla.

Cuando ella estuvo cerca de la muerte, sus padres sólo pudieron pensar en Jesús, que vivía en Cafarnaúm y había sanado a mucha gente. Algunos de ellos habían sido sanados en la sinagoga incluso durante los servicios de adoración y Jairo había presenciado esos milagros. A algunos fariseos se les había escuchado objetar a Jesús por haber sanado enfermos el sábado, porque eso significaba quebrantar la Ley. Incluso habían sugerido que Él debió haber esperado hasta el día siguiente y así haber evitado profanar el Sábado.

Pero Jairo no podía localizar a Jesús, que había salido en un bote de pesca hacia la otra orilla del Lago de Galilea. Él fue hacia allí para ver si Jesús y sus discípulos regresaban a Cafarnaúm. Su hija estaba demasiado enferma y no había tiempo que perder. Si Jesús no se apuraba, podía ser demasiado tarde para que Él sanara a su

hijita enferma. Con ansiedad escudriñó el horizonte y entonces, para alivio suyo, vio un bote acercándose a la orilla y cuando estuvo más cerca, él vio que Jesús estaba a bordo.

Tan pronto como Jesús desembarcó, una gran multitud lo rodeó. Era casi imposible para Jairo acercarse a Jesús, pero finalmente lo logró y postrándose ante Él le imploró venir a su casa inmediatamente, pues su hija estaba muy enferma y a punto de morir. Jairo le pidió poner sus manos sobre su amada hijita y la sanara para que así pudiera vivir. Él sabía que Jesús, con su divino poder sanador, podía hacerlo. Él tenía fe en Jesús y confiaba en que vendría sin demora.

Jesús aceptó ir con él, pero con la gran multitud reteniéndolo, no pudo avanzar. La presión de la gente era tan intensa que por poco lo aplastan. Incluso una mujer que había sufrido por muchos años de flujos de sangre lo tocó y fue sanada. Jairo no tuvo objeción a que ella fuera sanada, pero eso tomó tiempo de Jesús, que había prometido ir con él donde su hija, y, si hubiera alguna otra demora, podría ya no ser necesario que Jesús lo hiciera.

De hecho, algunos vecinos de Jairo llegaron con la triste noticia de que su hija había muerto y le preguntaron para qué seguía molestando a Jesús, pues ya era demasiado tarde. El jefe de la sinagoga, que había hecho todo lo posible por salvar la vida de su hija, estaba afligido y consternado. Ahora, en la misma presencia de Jesús, él escuchaba que su hija estaba muerta.

Al oír por casualidad a los hombres que le estaban hablando a Jairo, Jesús le dijo, “*No tengas miedo; cree nada más*” (Marcos 5:36). Jesús estaba en control y esperaba que Jairo entendiera que no tenía que escuchar a sus amigos y que tuviera fe en Él. Jesús le dijo a la multitud, a los vecinos de Jairo y a los discípulos, que sólo tres de sus más cercanos amigos (Pedro, Santiago y Juan), podían acompañarlo al interior de la casa.

Una Hija Resucitada a la Vida

Cuando ellos llegaron a la casa, la gente estaba en un profundo luto y causaba un gran tumulto con sus ruidosos gemidos y llantos. Al entrar en la casa, Jesús le preguntó a la gente por qué tanto alboroto y llanto. Obviamente, esa pregunta estaba fuera de lugar. ¿Qué otra cosa esperaba encontrar Jesús en la casa de alguien que ha fallecido?

Jesús no había visto a la niña ni había llegado a la conclusión de que ella había muerto. Los dolientes podían perdonar a Jesús por su aparente ignorancia de la situación, pero cuando les dijo, “*la niña no está muerta sino dormida*” (Marcos 5:39), ellos empezaron a burlarse de Él. Ese cambio de la tristeza a la burla reveló su falta de sinceridad. A esta gente se le pagaba por llorar y esperaban alguna remuneración por sus servicios. Ellos sabían que la muchacha había muerto y decir que ella estaba dormida era una gran ingenuidad. Pero Jesús usó la palabra *dormida* como un eufemismo.

Jesús tuvo poca paciencia con la multitud y les ordenó salir de la casa porque no quería a nadie cerca de Él y de la niña, excepto a sus tres discípulos y a los padres de la pequeña. Él se acercó al lecho donde se encontraba la niña, la tomó de su mano y luego pronunció dos palabras en arameo, lengua hablada por los judíos en Israel: “*Talita cum* (*que significa: Niña, a ti te digo, ¡levantate!*)” (Marcos 5:41).

Jesús confrontó la muerte en su plenitud. Su majestosa voz de autoridad mostró su poder y el ángel de la muerte obedientemente dejó a la pequeña. Él no pronunció fórmulas mágicas; simplemente le dijo que se levantara.

El espíritu de la niña volvió. Ella se sentó, se paró sobre sus pies y empezó a caminar. Sus padres y los tres discípulos estaban totalmente asombrados y llenos de gozo. Las lágrimas de dolor se tornaron de repente en lágrimas de alegría. La confianza y la fe en Jesús había dado ricos dividendos a Jairo y su familia.

Jesús les ordenó que le dieran algo de comer para probarles que ella estaba sana y necesitaba alimentarse. Eso también le dio a Jesús y a los discípulos una razón para alejarse de la gente que estaba dentro de la casa. Jesús instruyó a los padres de la niña acerca de no dejar que se supiera lo que había pasado. Por supuesto, tan pronto como la hija de Jairo salió, la gente quiso verla y saber qué había sucedido; ellos no fueron capaces de mantener este milagro en secreto. El propósito de esta orden fue darle a Jesús y a sus discípulos el tiempo suficiente para dejar atrás la multitud de Cafarnaúm mientras se dirigían a pie a Nazareth, la ciudad natal de Jesús.

Aplicación

La hija de Jairo fue la primera de tres personas a las que Jesús trajo de regreso a la vida; las otras dos fueron el joven de Nain y Lázaro. Pero todos ellos enfrentaron en su momento de nuevo la muerte.

Por el contrario, Jesús resucitó de la tumba en un cuerpo transformado, para nunca morir de nuevo. Él fue el primer fruto resucitado de la muerte. Esto significa que, en el día de la resurrección, nuestros cuerpos se levantarán de la tumba y serán como el de Jesús. Seremos inmunes a la muerte y reinaremos con Jesús por siempre.

Una mujer enferma

Mateo 9:20-22 • Marcos 5:25-34 • Lucas 8:43-48

Una Enfermedad Debilitante

Una residente de mucho tiempo en Cafarnaúm había enfermado y todas sus visitas a los médicos no habían podido sanarla. Ella mantenía su enfermedad en secreto porque era penoso para ella y sería considerada impura, ya que involucraba la pérdida de sangre. Ella se volvió físicamente débil y su semblante era pálido. El gozo de vivir había desaparecido de ella hacía mucho y se había convertido en una figura solitaria de la sociedad.

La mujer había ido de un doctor a otro, pero sus remedios no la habían curado. Con el tiempo, sus gastos médicos redujeron su capital a tal grado que ahora era parte de los más pobres. Su salud se había ido deteriorando constantemente durante doce años y no había cura a la vista.

En el pueblo donde vivía, ella había escuchado que Jesús, el maestro de Nazareth, había sanado a una cantidad de personas en Cafarnaúm, Galilea y Judea. Gente con varias enfermedades se habían acercado a Él y habían sido sanadas por una palabra suya o simplemente con tocarlos. Aún a un leproso a quien nadie se atrevía a tocar por miedo a contaminarse, se había acercado a Él y Jesús le había alcanzado su mano para tocarlo. Luego le dijo: “*¡Queda limpio!*” (Lucas 5:13), y, en ese mismo momento el hombre fue sanado.

También, Jesús había sanado a un hombre paralítico cuyos cuatro amigos lo habían llevado a la casa donde Jesús estaba. Como ellos no habían podido acercarse a Él debido a la multitud, lo llevaron sobre su camilla y abriendo un hoyo en el techo, lo bajaron justo frente a Jesús, que luego lo sanó. En consecuencia, Jesús llegó a ser conocido como el Gran Médico.

Una Sanidad Inmediata

La mujer salió de su casa y se dirigió hacia donde sabía que estaba Jesús, pero cuando ella llegó, le dijeron que Él se había ido con sus discípulos en un bote de pesca al otro lado del Lago de Galilea. Ella estaba desilusionada de no encontrar a Jesús en casa, pero caminó por la orilla para ver si algún bote de pesca podía haber regresado con Jesús y sus discípulos. Para su asombro, un bote había atracado con Jesús a bordo y Él había desembarcado. Pero casi al mismo tiempo, una multitud de gente lo rodeó y era tal la presión que era casi imposible para ella acercarse a Jesús.

Lentamente la multitud se movía hacia la ciudad. Después hubo un espacio que le dio a la mujer la oportunidad de acercarse a Jesús. Era ahora o nunca. Ella no se atrevió a postrarse a los pies de Jesús y suplicarle personalmente. Ella no quería

hacerlo públicamente y prefirió ser discreta. Considerando su hemorragia, ella se veía a sí misma como una mujer impura a quien la multitud ni siquiera aceptaría. Ella sólo quería tocar el borde de su túnica mientras pasaba, pues se decía a sí misma que si simplemente tocaba su ropa, ella sería sanada. Así que mientras la capa de Jesús se balanceaba a su paso, ella la alcanzó y una de las borlas rozó su mano.

Inmediatamente, la mujer sintió que una poderosa corriente entraba a su cuerpo. Ella sabía que su aflicción había terminado, que el flujo de sangre se había detenido y que ella estaba sana. Su fe en Jesús estaba plenamente recompensada. No sólo fue sanada en su cuerpo; Jesús también fortaleció su espiritualidad. La fe que la había llevado a contactar a Jesús, ahora era más fuerte.

Tan pronto ella había sentido el poder sanador en su cuerpo, Jesús miró alrededor y le preguntó a la multitud: “*¿Quién me ha tocado?*” (Lucas 8:45).

Nadie respondió porque la presión de la multitud a su alrededor era demasiada. Pedro, quien siempre aparecía como el vocero, recalcó que era mucha la gente que lo apretaba y lo oprimía y que cualquiera podía haberlo tocado.

Jesús miró a su alrededor para ver quién podía haber recibido de su poder. Él dijo, “*Alguien me ha tocado; yo sé que de mí ha salido poder*” (Lucas 8:46). Jesús sabía que debido a su firme fe en Él, algo de poder había salido hacia alguien más para sanarlo. Esta salida de poder no había disminuido la capacidad de Jesús para sanar, pero quería saber a quién le había llegado. Y sabía que esa persona era una mujer.

Incapaz de esconderse, la mujer se acercó a Él, temblando y cayendo a sus pies. Ella sabía que Jesús no se estaba dirigiendo a la multitud sino a ella y tuvo que confesar que había tocado el borde de su capa. Ella, que siempre había practicado la modestia y la deferencia, ahora tenía que hablar frente a Jesús y a quienes lo rodeaban. En público, ella tuvo que confesar su fe en Él y revelar la penosa información acerca de su mal.

El miedo y el pavor hicieron que temblara, porque ella no tenía idea de cómo reaccionaría Jesús y de lo que la gente diría acerca de ella. Aún cuando ella se veía en los ojos de Jesús, estaba segura de que todos estaba bien. Ella narró lo que había hecho y cómo había sido sanada.

La respuesta de Jesús fue positiva; cariñosamente se dirigió a ella como hija, aunque tenían la misma edad. Él le dijo que su fe la había sanado y que se podía ir en paz. Jesús usó la palabra *sanar*, que también significaba *salvar*. A causa de su fe, Jesús la sanó tanto física como espiritualmente.

Jesús restauró a la mujer como miembro de la comunidad. Y ella a su vez pudo testificar a otros acerca de todo el poder sanador y compasivo de Jesucristo. Ella había recibido una especial bendición del cielo y ahora podía expresar su sincera gratitud a Dios en el cielo. El circuito de la bendición estaba completo: las

bendiciones descendieron del cielo a la tierra y al mismo tiempo, la acción de gracias ascendió de la tierra al cielo.

Aplicación

La fe triunfa cuando estamos en la voluntad de Dios, pero ¿cómo saber si lo estamos? La respuesta está en las primeras tres peticiones de la Oración del Señor:

- Santificado sea tu Nombre.
- Venga tu Reino.
- Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Cuando buscamos honrar a Dios, anunciamos su reino y en sumisa obediencia hacemos su voluntad, los milagros son la respuesta a la fe. Entonces le pedimos con la motivación correcta y Dios responde a nuestros ruegos.

Un paralítico

Mateo 9:1-8 • Marcos 2:1-12 • Lucas 5:17-26

Totalmente Dependiente de Otros

Incontables personas habían oído acerca de la enseñanza y los milagros de Jesús. Los fariseos y aquellos que eran llamados maestros de la Ley querían escucharlo. Ellos habían venido de ciudades y aldeas de toda Galilea y Judea. Algunos incluso habían venido desde Jerusalén. Ellos querían saber si su enseñanza estaba en armonía con la suya y que les demostrara su poder para hacer milagros. Cuando entraron a la casa donde Jesús estaba, se sentaron en el piso. La casa estaba tan llena que no había espacio libre, ni siquiera junto a la puerta.

Con una audiencia cautiva en la casa, Jesús aprovechó la oportunidad para enseñarle a la gente las Escrituras. Los maestros de la Ley estaban listos con sus preguntas e inmediatamente vieron que Jesús era muy versado en las Escrituras y conocía plenamente sus corazones. Jesús probó ser un maestro experto que no se dejaba intimidar por su audiencia. Él era el maestro y ellos sus estudiantes. ¿Pero serían capaces de pasar el juicio sobre su poder para hacer milagros?

En la ciudad de Cafarnaúm vivía un hombre paralítico que estaba confinado a su camilla. Si él quería ir a alguna parte, cuatro personas tenían que cargarlo, uno en cada esquina. Él había oído que Jesús de Nazareth vivía en la ciudad y sanaba a los enfermos y afligidos. Numerosas personas se habían acercado a Él y Jesús los había sanado. ¿Sería posible para el paralítico verlo y ser sanado? Él les hizo esta pregunta a los cuatro amigos que a menudo lo cargaban. Ellos decidieron llevarlo hasta donde estaba Jesús y allí le responderían.

La Fe de Cinco Personas

Los cuatro hombres llevaron al paralítico a la casa donde estaba Jesús. Pero cuando ellos ya estaban cerca, vieron a una multitud de personas agolpadas en la puerta de entrada. Podían escuchar la voz de Jesús, pero era imposible acercarse a Él. Simplemente no había espacio cerca al maestro.

Ellos no se rindieron, pues sabían que Jesús tenía el poder de sanar. Pero ¿cómo podrían acercarse a Él? Ellos vieron una escalera al lado de la casa que llevaba al techo de esta. En Israel, los techos de las casas eran construidos de una mezcla endurecida de barro y paja, tendida sobre las vigas y travesaños que formaban la estructura del techo. Los cuatro amigos subieron por la escalera a aquel hombre en su camilla hasta el techo. En el sitio donde escucharon la voz de Jesús, rompieron la mezcla y abrieron un hoyo, teniendo cuidado de amontonar los escombros para que no cayeran sobre Jesús y los que lo escuchaban. Entonces ataron cuerdas a las

esquinas de la camilla y cuidadosamente bajaron al paralítico justamente en frente de Jesús.

Tan pronto como el hoyo apareció en el techo, Jesús perdió la atención de su audiencia. Todos querían saber qué estaba pasando y cuando vieron la camilla y al paralítico en ella, admiraron el ingenio y la persistencia de aquellos hombres. A algunos les pareció divertido y otros se sonreían, pero todos estaban esperando a ver qué haría Jesús. ¿Sería este el momento en que Él haría un milagro justo en frente de ellos?

No se pronunciaba palabra. Era evidente que el paralítico, que miraba a Jesús desde abajo, y, los cuatro amigos en el techo, que lo miraban desde arriba, estaban pidiéndole a Jesús que lo sanara. Ellos sabían que Él podía sanarlo simplemente con pronunciar una palabra.

Jesús dijo una corta frase: "*Hijo, tus pecados quedan perdonados*" (Marcos 2:5). Estas palabras causaron una gran confusión y consternación, porque no parecía que el paralítico hubiera ofendido a Jesús, a menos que lo hubiera hecho al interrumpir su enseñanza. Pero Jesús empleó la forma plural de *pecados*, refiriéndose a una larga lista de ofensas cometidas contra Dios. ¿Había estado Jesús enseñando acerca del pecado? ¿Había pecado el paralítico contra la Ley de Dios antes de su infortunio? Los evangelios guardan silencio al respecto. Es significativo que para que este milagro sucediera, Jesús empezara con el alma del hombre y luego sanara su cuerpo. El cuerpo y el alma van juntos y de los dos, el alma está primero.

Jesús Prueba su Divinidad

No asombra que los líderes religiosos estuvieran disgustados con Jesús por ponerse al nivel de Dios al decir que los pecados de este hombre quedaban perdonados. ¿Quién pensaba que era este profeta galileo? Ese tipo de pronunciamientos era una blasfemia. Él debería saber que sólo Dios perdona pecados. Ellos no pronunciaron palabra alguna, pero su conducta los delataba. La tensión en la casa era real. En lugar de reconocer a Jesús como maestro, ahora lo rechazaban por blasfemo.

Jesús conocía sus pensamientos. Él les preguntó por qué daban lugar a tan malos pensamientos que envenenaban la atmósfera y rompía la relación entre maestro y alumnos. Él puso una elección delante de ellos: "*¿Qué es más fácil, decir: "Tus pecados quedan perdonados", o decir: "Levántate y anda"?*" (Mateo 9:5). Si elegían lo primero, tendrían que estar de acuerdo en que Jesús era divino. Si optaban por lo segundo, igualmente habrían tenido que reconocer su divinidad.

Pero Jesús no les dio tiempo de responder y les dijo: "*Pues para que sepan que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados.*" Luego se dirigió al paralítico: "*Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa*" (Mateo 9:6). En ese momento el milagro sucedió. El hombre hizo lo que Jesús le dijo y sintió el poder sanador correr de prisa a través de su cuerpo, pudiendo mover sus brazos y

piernas. Él usó sus brazos para levantarse, luego estiró las piernas y se levantó. Agachándose, recogió su camilla y salió para su casa.

El hombre fue sanado porque él y sus cuatro amigos habían puesto su confianza en Jesús. Y Jesús había reconocido esa fe y sanó al paralítico. Pero al mismo tiempo, les enseñó a todos los que estaban presentes que Él en verdad era de naturaleza divina. Los fariseos y maestros de la Ley tenían que admitir que Jesús les había dado una prueba de su divinidad. También, todos los demás que vieron al paralítico caminar a casa exclamaron que nunca habían visto algo como eso. Habían visto la gloria de Dios desplegarse ante ellos.

Aplicación

Los cinco hombres mostraron una persistente determinación de acercarse a Jesús en contra de todos los que se lo impedían y desplegaron una fe sin titubeos en Él. Notemos que Jesús honró esa fe, aunque las palabras de aquellos hombres no hayan quedado registradas. Es bien sabido que la fe de un hombre justo es eficaz, especialmente cuando un grupo de creyentes la ejercen juntos.

Cuando los padres demuestran su fe en el círculo familiar inmediato, los hijos pueden ver el resultado de esa fe que es acompañada de la oración. Además, esta combinación de oración y fe tiene un efecto pleno sobre quienes aún no creen. Cuando le pedimos a Dios con fe que responda nuestras oraciones, Él derrama sus bendiciones sobre nosotros y a través de ellas trae a los no creyentes hacia sí mismo.

Una mujer pecadora

Lucas 7:36-50

Una Mujer Pecadora se Arrepiente

Un día Jesús estaba hablando con una prostituta en el patio de la casa de un reconocido fariseo. Esta mujer era considerada inmoral por la gente de su ciudad y los líderes de la sinagoga. Debido a su conducta, ella fue excomulgada y se le prohibió asistir a los servicios de adoración en el sábado. La llamaban pecadora, lo cual no significaba que nadie más pecara, sino que daba la idea de que ella vivía de una manera inmoral.

Esta mujer incluso odiaba su ya degradada vida. Ella buscaba aliviar su culpabilidad, sabiendo que su vida entera estaba en ruinas. Ella deseaba la normalidad. Ella necesitaba a alguien que la llevara a Dios, para recibir el perdón de sus pecados y ser limpiada de su culpa. Los clérigos no quisieron hacer algo espiritual por ella; ni siquiera le permitirían acercarse a ellos. La cercanía de una prostituta a un respetado maestro sería interpretada como una invitación y eso aumentaría su culpa.

Un sábado por la mañana, ella deambulaba distraída hacia la sinagoga, donde se estaba celebrando el servicio de adoración. Aunque no podía entrar al edificio, nadie podía prohibirle sentarse fuera a escuchar el mensaje. Ella escuchaba atentamente las palabras que salían de los labios del predicador.

Jesús llamaba a la gente en la sinagoga a arrepentirse de sus pecados y abandonar sus perversos caminos. Él los invitó a confesar sus pecados y faltas ante Dios y les aseguró que Dios en su tierno amor y gracia los perdonaría. Pero también les dijo que Dios no sólo perdonaría sus pecados, sino que también los olvidaría. Cualquiera que se volviera a Dios nunca sería rechazado porque Dios perdonaría y restauraría al ser humano caído.

Estas palabras de Jesús tocaron profundamente a la mujer; ella se alejó rápidamente de la sinagoga antes que el servicio terminara. Pero en su casa, ella cayó de rodillas y en oración le confesó sus pecados a Dios, quien escuchó su súplica de perdón y con su Espíritu calmó su alma. La paz celestial entró en ella y quedó llena de un profundo deseo de agradecerle a Jesús por las palabras que había escuchado en la mañana y quiso darle algo que fuera precioso para ella: un frasco de alabastro lleno de perfume.

El Aroma de la Amabilidad

La mujer supo que un prominente fariseo llamado Simón había invitado a Jesús y a otros dirigentes de la comunidad a venir a su casa a cenar ese sábado en particular. Dependiendo de la época del año y de las condiciones del clima, los

alimentos serían consumidos afuera, en el patio de la casa de Simón. Este evento al aire libre podía ser observado por cualquier persona de la ciudad y como era tradicional en la sociedad judía, todos tenían acceso. Por eso, aquella mujer, sin que nadie se lo impidiera, no sólo podía observar al anfitrión, a los invitados y a los que servían los alimentos, sino también acercarse a Jesús y entregarle el perfume.

Ella se acercó a las mesas, las cuales habían sido dispuestas en forma de “U.” Jesús estaba sentado en el extremo de la mesa principal, reclinado en un pequeño banco con su brazo izquierdo sobre la mesa y sus pies extendidos hacia fuera. Cuando la mujer llegó atrás de Jesús, no pudo controlar más sus emociones y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ella se arrodilló y sus lágrimas cayeron sobre los pies de Jesús. Sin una toalla para secarlos, ella usó su larga cabellera suelta. Esta acción era un tabú, porque una mujer que dejaba su cabello suelto en público era considerada una prostituta que estaba ofreciéndose. Ella procedió a besar los pies de Jesús y luego tomó el frasco de perfume, lo abrió y vació su contenido sobre sus pies. Ella pudo haberlo derramado sobre la cabeza de Jesús, pero desde su posición de postración, ella vació el frasco sobre sus pies.

Cuando Simón observó la escena, murmuró algo que alcanzó a ser escuchado por quienes estaban cerca de él: *“Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que lo está tocando, y qué clase de mujer es: una pecadora”* (Lucas 7:39). Simón era de la opinión de que un hombre de Dios no debía permitir que una mujer inmoral lo tocara.

Sin embargo, Jesús escuchaba todo lo que el anfitrión estaba diciendo, probando que Él de hecho era un profeta que sabía no sólo la condición espiritual de la mujer sino también los pensamientos y actitudes de este fariseo. Él lo llamó por su nombre y le dijo: *“Simón, tengo algo que decirte.”* Y Simón respondió: *“Dime, Maestro”* (Lucas 7:40). En anfitrión no comprendió que cuando le dijo eso a Jesús, él sería el objetivo.

Jesús contó la historia de dos hombres que debían cada uno a su acreedor una suma de dinero. Uno debía quinientas monedas de plata y el otro cincuenta. Ambos carecían de recursos para pagar, así que cuando el acreedor llegó en el tiempo acordado, él canceló sus deudas. Entonces Jesús le preguntó a Simón: *“¿Cuál de los dos lo amará más?”* Y él le contestó: *“Supongo que aquel a quien más le perdonó.”* Jesús le contestó: *“Has juzgado bien”* (Lucas 7:41-43).

Jesús no le dijo una palabra a la mujer mientras se dirigía a Simón. Ahora, mirando a Simón y señalándola a ella con su dedo, empezó a amonestarlo a él.

La Lección para Simón

Jesús le preguntó a Simón si veía a la mujer, lo cual era una pregunta que no necesitaba respuesta. Él le explicó a Simón que cuando llegó a su casa, nadie le lavó los pies. Pero esta mujer se los había lavado con sus lágrimas y secado con

sus cabellos. Le dijo que él no lo había recibido con un beso, pero que ella no había parado de besarle los pies desde que llegó. Y le dijo que él no lo había ungido con aceite en su cabeza como una muestra de respeto, pero que ella había ungido sus pies con perfume.

Él habló de la condición espiritual de la mujer y dijo que ella era una mujer pecadora cuyos pecados habían sido perdonados por Dios. Entonces Jesús, de manera sutil, aplicó la parábola a Simón: “*A quien poco se le perdona, poco ama*” (Lucas 7:47).

Simón había fallado deplorablemente en cada aspecto como anfitrión, pero la mujer había servido a Jesús sin serlo: besó y ungíó sus pies, le mostró su profundo amor por haberla llevado a Dios y supo que Dios la había perdonado y había limpiado su alma. Jesús le afirmó todo esto a ella al decirle: “*Tus pecados quedan perdonados*” (Lucas 7:48).

La lección que Jesús le enseñó a Simón fue personal y directa, para decirle que todos los pecadores debían volverse a Dios en arrepentimiento y con fe para recibir el perdón. Los invitados aparentemente no aceptaron la lección que Jesús les había dado. Por el contrario, se preguntaban: “*Quién es este que hasta perdona pecados*” (Lucas 7:49). En su opinión, sólo Dios y no Jesús podía perdonar pecados. Ellos se rehusaron a ver que la mujer había venido a Jesús porque Dios la había perdonado.

Las últimas palabras de Jesús a la mujer estaban llenas de amor y ánimo: “*Tu fe te ha salvado, vete en paz*” (Lucas 7:50). Su fe en Él le trajo la plena restauración de su cuerpo y su alma. Ahora ella podía vivir su vida en paz con Dios y con los seres humanos.

Aplicación

La quinta petición en la Oración del Señor dice: “*Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores*” (Mateo 6:12). Dios perdona nuestros pecados y asimismo los olvida. De hecho, Él no recuerda más nuestros pecados. Pero si nosotros no perdonamos a otros y alimentamos nuestro rencor, entonces Dios tampoco nos perdonará, sino que recordará nuestros pecados.

Todos los pecadores necesitan volverse a Jesús, que es la fuente que los limpia de todo pecado y culpa y el que restaura su vida espiritual para el servicio de Dios.

Zaqueo

Lucas 19:1-10

Un Hombre sin Esperanza

Su padre y su madre lo llamaron Zaqueo cuando nació. El nombre es un término hebreo que significa “puro,” pero Zaqueo no fue totalmente consciente de ello. Cuando fue creciendo, sus compañeros de juego lo llamaban “puro,” diciéndole directa e indirectamente que él tendría que vivir conforme a ese nombre. Él no podía jugar en el suelo y embarrar su ropa, o ensuciar su cara y sus manos.

Cuando se volvió adulto, sus compañeros judíos esperaban que él fuera honesto, confiable y fiel a su palabra. Pero ese no fue el caso. Su único deseo en la vida fue llegar a ser rico. Él encontró una manera de alcanzar esa meta convirtiéndose en un cobrador de impuestos en nombre de las fuerzas romanas que ocupaban Jericó. Su trabajo era cobrar impuestos no sólo a todos los ciudadanos de esa localidad, sino también de los mercaderes que viajaban hacia y desde Judea, Samaria y Galilea.

Cobrar impuestos implicaba primero, que él trabajaba para el odiado gobierno romano y segundo, que los romanos le permitían apropiarse de una parte para su propio uso. Con el tiempo, él fue nombrado jefe de los cobradores de impuestos, lo cual significaba que él recolectaba los fondos de todos sus subalternos. Zaqueo llegó a ser rico, compró una lujosa casa en la parte romana de la ciudad y vivía muy cómodamente.

En su camino a Jerusalén, Jesús decidió buscar alojamiento en Jericó. Estaba en ello cuando al mirar hacia lo alto de un árbol, vio una figura solitaria escondiéndose entre las hojas. Rodeado por la muchedumbre, se detuvo debajo del árbol y lo llamó: *“Zaqueo, baja enseguida. Tengo que quedarme hoy en tu casa”* (v.5).

Zaqueo era de baja estatura, lo cual era suficiente para darle un complejo de inferioridad, pero también era rechazado por la gente debido a su oficio. Las autoridades religiosas lo habían excomulgado de la sinagoga y lo consideraban un paria. Su conciencia lo inquietaba y sabía que era un pecador ante los ojos de Dios y de su prójimo. Pero no hallaba ayuda espiritual.

Él había escuchado a Jesús enseñar una y otra vez y había encontrado descanso en su mensaje de arrepentimiento y restauración espiritual. Él anhelaba escuchar a Jesús nuevamente y decidió que, si había una oportunidad de preguntarle algo, hablaría con Él.

Cuando Zaqueo se enteró de que Jesús estaba de paso por la ciudad de Jericó, supo que el día de hablarle había llegado. Pero al ver a la multitud yendo hacia Él, pensó que debido a su estatura no podría verlo y debido a su ocupación, era peligroso mezclarse con ellos. El lugar más seguro de ver a Jesús era desde un

árbol, aunque no podría acercársele y probablemente tendría que soportar también la cruel mirada de los jóvenes que se burlarían de un hombre mayor trepado en un árbol como si fuera uno de ellos. Pero Zaqueo estaba dispuesto a arriesgarse a ello.

El Lugar de Zaqueo

¡Qué sorpresa! Y al mismo tiempo, ¡qué problema! Jesús se detuvo, vio hacia lo alto del árbol y lo miró fijamente. No había escape, porque Jesús lo llamó por su nombre y no sólo le dijo que bajara sino también que lo hospedara. ¿Cómo sabría su nombre? Él no lo regañó por su conducta social, no lo rechazó ni le dijo nada por haber sido excomulgado de la sinagoga ni que se arrepintiera. Él dijo que Zaqueo debía bajar inmediatamente del árbol porque tenía que quedarse en su casa ese día.

Zaqueo tenía que atender a Jesús y a sus doce discípulos en su casa y alojarlos en la noche. ¿Qué pensaría la gente en Jericó de que Jesús se quedara en la casa de un cobrador de impuestos? ¿No dirían que un santo hombre de Dios no debía mezclarse con pecadores ni cobradores de impuestos? No sólo los líderes religiosos sino toda la gente se sintió ofendida. Todos habían sido víctimas del jefe de los cobradores de impuestos y sus bolsillos estaban llenos de su dinero.

Sin demora, Zaqueo descendió del árbol y se presentó delante de Jesús. Él sabía que Jesús no se avergonzaba de venir a su casa y juntarse con él. Zaqueo estaba muy contento porque tenía mucho de hablar con el gran Maestro. Él tenía que hablar cosas que estaban en el fondo de su corazón y que no podía expresarlas en presencia del clero judío, porque ellos se rehusaban a escucharlo. Pero en la presencia de Jesús, él tenía la libertad de hablar de su vida, la cual había estado enfocada en perseguir posesiones mundanas. Él comprendió que había sido liberado de ese afán y quiso decírselo a Jesús y a toda la gente.

Zaqueo sabía en su corazón que el dinero ya no lo dominaría más, pues por causa suya había perdido todo lo verdaderamente valioso. Él quería deshacerse de eso tan pronto como fuera posible y ponerlo en las manos de la gente que más lo necesitaba, aquellos que eran extremadamente pobres. De pie y frente a Jesús, con una multitud de gente escuchando, él dijo:

- *"Mira, Señor: Ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes."*
- *"Si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces la cantidad que sea."*

Eso lo dejaría un poco más que desnudo. Al desprendérse de la mitad de sus posesiones, mucha gente llegaría a su puerta para recibir la generosa retribución que Zaqueo les había ofrecido de la otra mitad.

La Ley del Antiguo Testamento estipulaba que, si el dinero era tomado ilegalmente, el infractor debía devolver la cantidad completa más un 20%. Zaqueo

estaba dispuesto a devolver la cantidad completa más un 300% para mostrar su arrepentimiento y su gratitud a Jesús. Su gratitud fue una demostración de fe en Él y de su deseo de hacerse a sí mismo un siervo. Jesús no le pidió entregar sus posesiones ni que dejara su oficio. La decisión de Zaqueo de apartarse de su riqueza fue voluntaria y una prueba de que anhelaba servir a Jesús.

Jesús le respondió a Zaqueo delante de la multitud: *"Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que éste también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido"* (Lucas 19:9-10). Por nacimiento, Zaqueo era hijo de Abraham, pero Jesús lo llamó hijo espiritual. Él podía ahora reclamar su herencia espiritual en el linaje de Abraham. Jesús le dijo a Zaqueo que Él tenía que quedarse en su casa ese día. Esto significa que Zaqueo y toda su familia tuvo fe en Jesús y ahora eran miembros de la familia de la fe.

Aplicación

La salvación y la sanidad van de la mano, porque Dios salva completamente y al mismo tiempo restaura al pecador consigo mismo y en la plena aceptación de la comunidad cristiana. La salvación puede recibirse sólo cuando un pecador expresa su fe en Jesucristo, quien en respuesta perdoná los pecados y abre el camino a Dios.

Por lo tanto, la salvación es un don de Dios para el pecador perdonado que, al recibirla, se convierte en un siervo útil, viviendo una vida de gratitud.

GENTE SANADA POR JESÚS

Bartimeo

Mateo 20:29-34 • Marcos 10:46-52 • Lucas 18:35-43

En el Camino a Jericó

El nombre Bartimeo es una combinación de la palabra aramea *Bar* (hijo) y el término griego *timaeus* (el único honorable). Ambas lenguas, el arameo y el griego, eran habladas en Jericó, donde vivía Bartimeo. Su familia conocía completamente la cultura, lengua y tradiciones judías, pero al mismo tiempo, la civilización y la lengua griega tenían una profunda influencia en sus vidas. El arameo era hablado en la casa.

Si bien los judíos vivían en la antigua Jericó, la cual consideraban su ciudad, los romanos habían construido su centro administrativo contiguo a ese lugar. En este centro, vivía el jefe de los cobradores de impuestos, Zaqueo, lejos de los judíos que lo despreciaban por trabajar para Roma. Viniendo del Jordán, camino a Jerusalén, Jesús tenía que pasar a través de la antigua Jericó y luego por su centro administrativo.

En el camino entre la ciudad y el centro administrativo, se sentaba Bartimeo, quien por ser ciego no tenía empleo y necesitaba mendigar. Esto era algo común en aquellas regiones donde el cuidado de la vista era elemental y las enfermedades abundaban. La ceguera atacaba tanto a jóvenes como a ancianos.

Bartimeo había escuchado acerca de Jesús de Nazareth y sabía que este profeta había hecho muchos milagros, entre los cuales se contaba que había dado la vista a los ciegos. Estando sentado a un lado del camino, él escuchó las voces de una multitud viendo hacia él. Esta gente iba camino a Jerusalén para la celebración de la Pascua. Al escucharlos hablar acerca de Jesús, Bartimeo entendió que el profeta de Nazareth venía con ellos.

Recibiendo la Vista

Bartimeo entendió que su oportunidad de recibir la vista había llegado. Todo lo que él tenía que hacer para recibirla era gritar el nombre de Jesús quien, en su mente, no era otro que el Mesías. Él sabía esto porque siete siglos antes, Isaías había profetizado que cuando el Mesías, el Hijo de David viniera, daría la vista a los ciegos. En toda la historia, ningún médico en Israel había sido capaz de devolver la vista a los ciegos, pero Jesús de Nazareth había sanado a una multitud de ellos; por lo tanto, en la mente de Bartimeo, Jesús era el Hijo de David, en quien se cumplían las profecías de las Escrituras.

Bartimeo gritaba: “*¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!*” (Marcos 10:47). Y gritaba aún más hasta que la gente a su alrededor se enojó y le dijeron que se callara. Sin embargo, el ciego no se calló y continuó pidiéndole ayuda a Jesús.

Jesús escuchó el llamado del hombre ciego y se detuvo. Él no aprobaba que los transeúntes reprendieran a aquel hombre. Jesús, tratándolos como a siervos dispuestos a someterse a su autoridad, les ordenó que llamaran a Bartimeo y así lo hicieron, y, su repremisión se tornó en palabras de ánimo: “*¡Ánimo! ¡Levántate! Te llama*” (Marcos 10:49).

Bartimeo respondió arrojando su capa, de tal forma que nada le impidiera levantarse y caminar hacia Jesús. Ahora los transeúntes estaban dispuestos a ayudarle tomando su mano y conduciéndolo hasta donde Jesús estaba. Luego él escuchó a Jesús preguntarle: “*¿Quéquieres que haga por ti?*” (Marcos 10:51). Él le dijo: “*Raboní, que recobre la vista*” (Marcos 10:51 LBLA). Él se dirigió a Jesús no con el término *Rabí*, sino con el título de *Raboní* en su arameo nativo.

La respuesta de Jesús fue corta y al punto. En Galilea, Él había tocado los ojos de otro hombre con saliva, pero a Bartimeo sólo le dijo, “*Puedes irte; tu fe te ha sanado*” (Marcos 10:52); y él fue sanado. Sus ojos pudieron ver cómo la oscuridad se convertía en luz. Bartimeo podía ver a Jesús, a los transeúntes, el azul del cielo, las blancas nubes y los verdes árboles y prados.

Los días de Bartimeo de vivir de las limosnas habían llegado a su fin, porque ahora él podía tener una vida normal en la sociedad. Él se unió a la multitud que seguía a Jesús en las calles del nuevo Jericó. Bartimeo siguió a Jesús, glorificando a Dios por darle la milagrosa sanidad de su visión. Igualmente, toda la gente que había visto a Jesús hacer este milagro, ahora alababa a Dios mientras continuaba su viaje a Jerusalén.

Bartimeo fue sanado por su fe en Jesús, el Mesías, en quien se cumplían las profecías de las Escrituras de dar vista a los ciegos. Su persistente clamor a Jesús trajo resultados asombrosos, pues Jesús nunca rechazó a la gente que se acercó a Él con fe y perseverancia. Al recompensar la fe del hombre ciego en el Hijo de David y restaurar su vista, Jesús demostró a la multitud que ciertamente, Él era el Mesías.

Aplicación

Los judíos sabían por las profecías del Antiguo Testamento que cuando el Mesías viniera, abriría los ojos de los ciegos. Jesús vino y al sanar a los ciegos probó que era el Mesías. Jesús sanó tanto la ceguera física como la espiritual, pues Él es y sigue siendo el Gran Médico.

Jesús aún sana físicamente a través de los conocimientos, instrumentos y prescripciones médicas de hoy. Pero Él también restaura la salud espiritual de la gente a través del poder de su Palabra y la obra del Espíritu Santo. Él abre los ojos de los ciegos espirituales y los hace verlo como su Salvador.

Un hombre ciego de nacimiento

Juan 9:1-12

Quitando el Barro de sus Ojos

Perder la vista a cualquier edad es algo terrible, pero haber nacido ciego es mucho peor. Ser ciego de nacimiento significa no haber visto nada en un mundo lleno de color y belleza.

Tal era la vida de un hombre en particular, nacido en la ciudad de Jerusalén. Cuando nació, sus padres notaron inmediatamente que él era ciego. Indudablemente se preguntaron por qué esto había venido sobre ellos, pero al no encontrar respuesta, se resignaron a cuidar a un niño que necesitaría ayuda por el resto de su vida.

Había un factor rescatable en esta tragedia: el niño era extremadamente brillante. Aún cuando él no podía ver, tenía una memoria fenomenal y aprendía rápidamente. Sin embargo, en aquellos días, el inconveniente era que cuando él creciera, nunca podría conseguir trabajo. Todo lo que él podía hacer era sentarse a un lado del camino y mendigar. Y eso es exactamente lo que él hacía.

Cuando el hombre ciego se sentaba cerca al Templo, él podía escuchar los debates de los escribas y maestros de la Ley. Él podía escucharlos leer y recitar las Escrituras. Y con su prodigiosa mente, él se esforzaba por memorizar extensas porciones de ellas. Él también comprendió que Jesús de Nazareth enseñaba el cumplimiento de muchas de las profecías bíblicas. A veces, Jesús predicaba a las multitudes en el área del Templo llamada el Pórtico de Salomón, donde una multitud se reunía a escucharlo. El hombre ciego había estado allí y había escuchado a este predicador de Galilea.

Un día oyó que Jesús y sus discípulos se acercaban a él y escuchó que ellos le preguntaban a Jesús: “*Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿Quién pecó, él o sus padres?*” (Juan 9:2). Ellos aparentemente pensaban que, por ser ciego, también su oído estaría dañado. Pero, por el contrario, debido a su ceguera, su sentido del oído estaba finamente desarrollado.

¿Por qué pensarían los discípulos que el pecado, ya fuera de él o de sus padres, era la causa de su ceguera? Sus padres eran gente honrada que asistía fielmente a los cultos de adoración en la sinagoga. Y él no era consciente de haber cometido un horroroso pecado. De hecho, fue maravilloso escuchar a Jesús responder que ni él ni sus padres tenían la culpa de su ceguera, sino que eso había sucedido “*para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida*” (Juan 9:3). Él se preguntó qué podría significar eso, pues esas palabras eran un tanto misteriosas. ¿Qué haría Dios en su vida?

Jesús dijo: “Viene la noche cuando nadie puede trabajar. Mientras esté yo en el mundo, luz soy del mundo” (Juan 9:4-5). Aunque el hombre ciego nunca había visto la luz del día, él podía sentir el calor del sol al amanecer y al final de la tarde. ¿Qué quiso decir Jesús con que Él era la luz del mundo? ¿Él le daría la vista?

Antes de que el hombre pudiera reflexionar en esas preguntas, él escuchó a Jesús escupir en el suelo para hacer un poco de barro. Luego sintió cómo Jesús untaba este barro sobre sus párpados y oyó a Jesús decirle que fuera y se lavara el barro en el Estanque de Siloé. Por supuesto que iría al estanque a lavarse sus párpados, porque el barro endurecido los había cerrado completamente. En un sentido, él era ahora doblemente ciego: ciego de nacimiento y privado de la visión por el barro.

Él sabía exactamente dónde estaba localizado el Estanque de Siloé, en el extremo sureste de Jerusalén. El hombre ciego fue e hizo lo que Jesús le había dicho que hiciera. Con una obediencia como la de un niño, él confió plenamente en Jesús y se lavó el rostro. Abrió sus ojos y por primera vez vio el agua y el muro de piedra que rodeaba el estanque. Él vio a la gente y trató de unir las voces que le eran familiares con los rostros que ahora veía. Vio árboles y verdes praderas, el cielo azul y las nubes blancas.

Su bien conocido entorno tomó una nueva dimensión. Ahora el hombre era capaz de poner los sonidos y las imágenes juntos. Él saltó de gozo y corrió a la casa de sus padres para verlos y contarles lo que había pasado. Ellos se alegraron con él, porque entendieron que Jesús había hecho un milagro maravilloso.

Los vecinos y otros que lo conocían lo miraban y se preguntaban si realmente él era el que acostumbraba a mendigar en las calles de Jerusalén. Algunos decían que él era el hombre ciego porque sus facciones eran las mismas, así como sus ropas. Pero otros no estaban tan seguros y decían con incredulidad que él se parecía al hombre ciego. Sin embargo, él le dijo a la gente que él realmente era el antiguo ciego que mendigaba.

Algunas de estas personas no quedaron tan convencidas y exigieron saber cómo él había recibido la vista. Él les dijo que el hombre llamado Jesús de Nazareth había puesto barro en sus ojos y le había dicho que se los lavara en el Estanque de Siloé y que cuando él había hecho eso, sus ojos se abrieron y pudo ver. Luego, ellos quisieron saber dónde estaba Jesús, pero él no pudo decirles.

Recibiendo la Vista

Esto sucedió en el sábado y los líderes religiosos estaban disponibles. Así que la gente fue a ellos a preguntarles qué significaba esta sanación a la luz de las Escrituras. Ellos habían escuchado el término Hijo de David, el cual era otro nombre para el Mesías. ¿Podría ser que este Jesús fuera realmente el Mesías? Ciertamente sus expertos religiosos deberían ser capaces de darles una respuesta satisfactoria.

Desafortunadamente, los escribas y maestros de la Ley no estaban muy inquietos con la pregunta acerca de si el Mesías ya estaba entre ellos. Más bien estaban disgustados porque Jesús estuviera sanando en un sábado. Ellos decían que este maestro de Nazareth era culpable de profanar el sábado. Los maestros debían saber que, si el ojo de alguien se inflama y causa dolor, puede aplicársele un ungüento para aliviar la incomodidad. Pero el hombre nacido ciego no había sufrido de alguna inflamación dolorosa. La sanación podía haber esperado hasta el día siguiente.

Los líderes religiosos le pidieron al hombre que relatara con detalle lo que había pasado y lo que Jesús le había hecho. Ellos eran extremadamente legalistas al aplicar sus leyes hechas por hombres para guardar apropiadamente el sábado y habían formulado cientos de leyes sobre lo que puede y no puede hacerse ese día. Ellos culparon a Jesús por no observar sus reglas, pero absolvieron al hombre ciego del cargo de complicidad. Estos escribas y fariseos rehusaron pronunciar el nombre de Jesús y en su lugar lo llamaron “este hombre.” Ellos incluso llegaron tan lejos como para decir que “este hombre” no venía de parte de Dios porque no respetaba el sábado.

Aún otros fariseos, entre los que tal vez estaba Nicodemo, no estaban de acuerdo. En defensa de Jesús ellos dijeron que si Él fuera un pecador que quebrantaba la Ley del Sábado, Él no podría hacer milagros. El innegable hecho de la sanación del hombre ciego indicaba que Dios había empoderado a Jesús. Como resultado, los líderes religiosos estaban divididos y no habían podido llegar a un acuerdo para reconocer que Jesús había sido enviado y era respaldado por Dios.

Los incrédulos fariseos se acercaron al hombre que había sido sanado y le exigieron que identificara a Jesús. Ellos le preguntaron entonces: “*¿Y qué opinas tú de Él? Fue a ti a quien te abrió los ojos*” (Juan 9:17). ¡Ellos lo forzaron a tomar partido a favor o en contra de Jesús!

El hombre respondió lúcidamente a los fariseos: “*Yo digo que es profeta*” (Juan 9:17). Él podía haber dicho, “el Profeta,” es decir, el Mesías. Él se abstuvo de hacerlo y simplemente identificó a Jesús como un profeta. Para él, un hombre que tenía el poder de hacer este milagro debía tener una autoridad divina y tenía que ser un profeta. Jesús era un hombre a quien Dios había enviado.

Los fariseos se rehusaron a aceptar el testimonio del hombre y como último recurso, ellos decidieron entrevistar a sus padres. Ellos pensaban que su padre y su madre serían capaces de dar las respuestas correctas y que así ellos podrían probar que sus colegas estaban equivocados. Sus padres podrían testificar que su hijo era ciego de nacimiento y narrar cómo él había sido sanado.

Acusaciones Disfrazadas de Preguntas

Alguien fue enviado a localizar a los padres del hombre y traerlos a la reunión, como si fueran citados a la Corte a testificar bajo juramento. Los líderes les hicieron tres preguntas (Juan 9:19):

- “*¿Es este su hijo?*”
- “*¿El nació ciego?*”
- “*¿Cómo es que ahora puede ver?*”

Los padres respondieron de buena gana las primeras dos preguntas, pero entendían el peligro de responder la tercera. Su hijo les había contado que Jesús había hecho el milagro de curar su ceguera, pero ellos sabían que, si se lo decían a los fariseos, podían estar en peligro de ser excluidos del culto en la sinagoga.

Los padres del hombre nacido ciego respondieron a esa tercera pregunta diciendo que ellos no sabían y que los líderes religiosos deberían preguntarle a su hijo, pues él ya era mayor de edad y podía hablar por sí mismo. Ellos no querían verse envueltos en una discusión religiosa con los fariseos, así que ellos pusieron a su hijo en un predicamento.

Los líderes religiosos se dirigieron una vez más al hombre que había nacido ciego y le dijeron: “*Da gloria a Dios*” (Juan 9:24 RV60). Esto no significaba, “Alaba al Señor,” sino que era el equivalente a poner al hombre bajo juramento en una Corte legal. Los fariseos estaban convencidos de que el hombre no les había dicho todo lo que sabía. Sus padres podían ser excusados porque ellos no habían estado presentes cuando su hijo recibió la visión. Pero el hombre que había estado ciego y ahora podía ver tenía que decirles la verdad.

Ellos no le preguntaron al hombre si Jesús era el Mesías. En lugar de eso, vinieron con una declaración contundente: “*A nosotros nos consta que ese hombre (Jesús) es pecador*” (Juan 9:24). Ellos insinuaron que Jesús, cuyo nombre rehusaban pronunciar, era un pecador porque había profanado el sábado.

El hombre a quien Jesús había sanado rehusó entrar en un debate sobre las normas del sábado y puntualmente les dijo a los acusadores que él no sabía si Jesús era un pecador, pero que lo que sí sabía es que él era ciego y ahora veía. Ellos volvieron a dirigirse a él con dos preguntas (Juan 9:26):

- “*¿Qué te hizo?*”
- “*¿Cómo te abrió los ojos?*”

Estas eran preguntas capciosas que el hombre evadió con extraordinario ingenio. Él les dijo: “*Ya les dije y no me hicieron caso. ¿Por qué quieren oírlo de nuevo? ¿Es que también ustedes quieren hacerse sus discípulos?*” (Juan 9:27). Habiendo escuchado a los fariseos y maestros de la Ley discutir unos con otros durante sus muchos años de ceguera, este hombre había desarrollado habilidades de razonamiento. Y ahora, plenamente consciente de su destreza, él los enfrentaba en su propio campo.

La última pregunta del hombre los molestó y ellos empezaron a insultarlo, diciéndole: “*¡Discípulo de ése lo serás tú! ¡Nosotros somos discípulos de Moisés! Y sabemos que a Moisés le habló Dios; pero de éste no sabemos ni de dónde salió*” (Juan 9:28-29). Una vez más, ellos se rehusaron a pronunciar el nombre de Jesús y despectivamente se refirieron a él como “éste.”

Una Ingeniosa Respuesta

El hombre que había sido sanado por Jesús conocía las Escrituras y había memorizado importantes pasajes, especialmente las profecías mesiánicas. Él sabía, por el libro de Isaías, que cuando el Mesías viniera daría la vista a los ciegos.

A través de toda la historia, ninguna persona había podido ser sanada de la ceguera y ciertamente nadie que hubiera nacido ciego. Ahora Jesús se había acercado a este hombre que había nacido ciego y le había dado el regalo de la vista. Por lo tanto, el hombre no sólo confesó a Jesús como el Mesías, sino que utilizó este conocimiento de las Escrituras para poner a sus acusadores en vergüenza. Él les dijo: “*¡Allí está lo sorprendente!*” Y luego estableció su primera tesis:

- “*Que ustedes no sepan de dónde salió, y que a mí me haya abierto los ojos*” (Juan 9:30).
- “*Sabemos que Dios no escucha a los pecadores*” (Juan 9:31).
- Luego, estableció su segunda tesis:
- Si este Jesús teme a Dios y hace su voluntad, Dios lo escucha (Juan 9:31).
- “*Jamás se ha sabido que alguien le haya abierto los ojos a uno que nació ciego*” (Juan 9:32).
- Y finalmente, expuso su conclusión:
- “*Si este hombre (Jesús) no viniera de parte de Dios, no podría hacer nada*” (Juan 9:33).

Él les dio a entender que deberían verificar por ellos mismos las profecías de Isaías que predecían que cuando el Mesías viniera, Él abriría los ojos de los ciegos. Ahora, ciertamente el Mesías había llegado en la persona de Jesús, pues Él había abierto los ojos del hombre ciego.

Los líderes religiosos no fueron capaces de refutar la lógica del hombre. Sin embargo, rehusaron abrir sus ojos espirituales para ver en Jesús el cumplimiento de las Escrituras. Nuevamente, ellos recurrieron al insulto y al ridículo e insistieron en que él había nacido ciego porque había nacido sumido en pecado (Juan 9:34). Ellos insinuaron que él era un pecador desde el momento de su nacimiento y por lo tanto no podía ser miembro de la sinagoga. Él debía ser expulsado, excluido y aislado. Su feroz ataque mostró que ellos sabían que él había nacido ciego, pero rechazaron la plena verdad de que Jesús le había dado la vista. Así, el hombre fue expulsado a causa de su fe en Jesús.

La noticia acerca de la expulsión del hombre de la sinagoga se regó como pólvora por toda la ciudad. Cuando Jesús se enteró, quiso buscar al hombre que había sanado y al encontrarlo, le preguntó: “*¿Crees en el Hijo del Hombre?*” (Juan 9:35). Él había escuchado antes la voz de quien lo había sanado, pero nunca lo había visto. Ahora, al unir la voz y el rostro, él reconoció a Jesús como su benefactor. Pero la pregunta que Jesús hizo lo desconcertó, pues él quería que Jesús le explicara el término Hijo del Hombre. Entonces, él le respondió con una pregunta: “*¿Quién es Señor? Dímelo, para que crea en Él*” (Juan 9:36).

Jesús no le dio al hombre un texto teológico que explicara su divinidad y humanidad, sino que simplemente le dijo que aquel que él veía y que estaba hablando con él, era ciertamente Jesús, el Hijo del Hombre e Hijo de Dios. A la pregunta de Jesús sobre si creía en el Mesías, el hombre respondió: “*Creo, Señor*” (Juan 9:38). Ahora, cara a cara con Jesús, el hombre dio abiertamente testimonio de su fe en Él.

Jesús destacó que aquel a quien Dios había enviado al mundo tenía el poder y la autoridad divinos para juzgar a los incrédulos, incluyendo a los líderes religiosos de ese día. Él pronunció sus palabras en presencia de algunos de los fariseos y su comentario provocó la reacción inmediata de aquellos, que le preguntaron: “*¿Acaso también nosotros somos ciegos?*” (Juan 9:40). En su opinión, su comentario fue una acusación difamatoria. Centrados en ellos mismos, decían que tenían una perfecta visión, pero fracasaron miserablemente en ver que Jesús era el cumplimiento de las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento.

Jesús les contestó: “Si fueran ciegos, no serían culpables de pecado, pero como afirman que ven, su pecado permanece” (Juan 9:41). Jesús vino a perdonar el pecado y a redimir a su pueblo de la esclavitud. Pero cuando los líderes religiosos lo rechazaron deliberadamente después de haber visto con sus ojos físicos lo que Él había hecho con aquel ciego de nacimiento, ellos permanecieron en su pecado.

Aplicación

Jesús enseña claramente que, si hemos llegado a conocer la verdad de la Palabra de Dios y aún así la rechazamos deliberadamente, hemos pecado contra el Espíritu Santo. Y Él dice que los pecados cometidos contra el Espíritu Santo no pueden ser perdonados en esta vida o en la venidera. Los maestros de las Escrituras en los tiempos de Jesús deberían haber sido los primeros en reconocer que Él había venido como el Mesías. Pero aún cuando la gente les preguntó si Jesús era el Hijo de David, ellos rehusaron aceptarlo como el Mesías y lo llamaron Belcebú, es decir, Satanás. Ellos estaban espiritualmente ciegos. Cualquiera que rechaza a Jesús será rechazado en la presencia de Dios y de los santos ángeles.

Una mujer encorvada

Lucas 13:10-17

Doblegada en Esclavitud

Lucas, el escritor del Evangelio que lleva su nombre y del Libro de los Hechos de los Apóstoles, fue médico de profesión y como tal, en sus escritos proporciona detalles de quienes estaban enfermos. Por ejemplo, él notó que la mano derecha de un hombre estaba tullida, que la suegra de Pedro tenía una fiebre alta y que una mujer tenía un flujo de sangre que la había atormentado por doce años.

También describió a una mujer que había estado encorvada por dieciocho años debido a un espíritu maligno. Esta mujer sufría mucho por no poder enderezarse; podía caminar, pero constantemente le era difícil mantener el balance y evitar tropezarse. Ella estaba viviendo en una prisión de la que no había escape. Además, debido a su condición física, la gente la consideraba una figura patética al margen de la sociedad.

Ella asistía a la sinagoga sábado tras sábado a los servicios de adoración y disfrutaba escuchar las lecciones de las Escrituras que los escribas enseñaban. En uno de los servicios, Jesús fue invitado a enseñar una lección y lo hizo de tal manera que la gente quedó asombrada: Él abrió la Palabra de Dios y les enseñó las riquezas de la salvación, especialmente cuando Él seleccionó un pasaje mesiánico y lo expuso.

En su posición encorvada, se le dificultaba levantar su cabeza para ver a Jesús, pero ella notó que, durante su lección, Él la miraba una que otra vez. ¿Podría Él hacer uno de sus milagros de sanación en ella? Ella había oído en los dos últimos años de muchas otras personas que habían sufrido físicamente y a quienes Jesús había sanado totalmente. Ella esperaba vivir una vida normal y en silencio oraba por sanidad. Pero en su condición y como mujer, ella difficilmente podía acercarse a Él.

Levantándose Recta

Cuando hubo terminado la lección, Jesús la miró y le pidió que se acercara. Después de que ella se hubo acercado, le dijo: “*Mujer, quedas libre de tu enfermedad*” (v.12). En la cultura del Medio Oriente, dirigirse a una mujer con la palabra “mujer” era normal, educado y acorde con las normas de ese tiempo. Jesús dijo esta palabra de sanación, puso sus manos sobre ella y la declaró libre del espíritu maligno.

Inmediatamente ella pudo enderezarse por sí misma llegando a su altura normal; en respuesta, ella alabó a Dios por la sanidad de su cuerpo y exaltó su nombre para

que todos lo oyeran. Al hablarle a ella, Jesús la había levantado y restaurado y ella le dio a Él gloria y honor.

La gente de la sinagoga estaba asombrada por lo que había pasado y estaban felices con la mujer por la maravillosa obra que Dios había hecho entre ellos, aunque nadie estaba feliz con Jesús. El jefe de la sinagoga estaba indignado porque Jesús había profanado el sábado al realizar una obra de sanación en el día de reposo.

Si la mujer hubiera estado sufriendo por una inflamación, a Jesús se le hubiera permitido sanarla y mostrar de esa manera misericordia. A la gente se le permitía hacer obras de caridad y misericordia en el sábado. Pero estas dos excepciones no aplicaban en este caso. El jefe de la sinagoga creía que Jesús debió haber esperado hasta que el sábado hubiera terminado y luego, libremente hubiera podido ministrar su poder de sanación. Como líder, Él sintió que era su deber amonestar a los adoradores.

Guardando el Día de Reposo

Durante su ministerio, Jesús enseñó una regla fundamental: *“El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. Así que el Hijo del Hombre es Señor incluso del sábado”* (Marcos 2:27-28). Pero el clero había formulado numerosas reglas y normas para guardar el día de reposo, ocasionando que la vida se tornara insopportable para la gente.

Dios había instituido la Ley del Sábado para que tanto la gente como los animales domésticos pudieran tener un día de descanso a la semana y reponerse. Los líderes religiosos en tiempos de Jesús reforzaron negativamente esta Ley haciendo hincapié en lo que una persona no podía hacer. Sin embargo, Jesús interpretó la misma Ley de manera positiva al enfatizar el gozo y la felicidad que proviene del cumplimiento de la Ley. La mujer que había sido sanada demostró ese gozo y lo mismo hicieron los adoradores que habían presenciado la maravillosa obra que Jesús había hecho.

Como Señor del sábado, Jesús debía corregir al jefe de la sinagoga y obviamente a los fariseos y maestros de la Ley. Él los llamó hipócritas, que enseñaban a la gente a observar las leyes que ellos mismos evadían. Jesús les dio un ejemplo: ellos llevarían sus animales (bueyes o burros) a tomar agua, aunque fuera sábado; no aplicaban la Ley a ellos mismos y a sus animales, pero a estos últimos los desataban para darles de beber.

Ellos argumentaban que eso era necesario para el bienestar de los animales. Jesús estaba de acuerdo con eso, pero por esa misma razón, ¿no debería esta mujer que era hija espiritual y física de Abraham, ser liberada de la esclavitud en la que Satanás la había mantenido por dieciocho años? ¿No debería ella ser liberada en el sábado y ser causa de regocijo?

Jesús tomó esta ilustración de la vida diaria y habló de lo más pequeño (los animales) hasta de lo más grande (la mujer). Él preguntó: “¿Si usted mantiene un animal por algunas horas en un establo en el sábado, pero lo libera para que beba, debería permitírselo a un espíritu maligno atar a una hija de Abraham por dieciocho años y no liberarla?

Las autoridades religiosas carecían de criterio espiritual para ver la batalla librada entre el reino de la luz de Dios y el reino de la oscuridad de Satanás. Jesús expulsó los demonios que Satanás había enviado a esclavizar al pueblo de Dios y eso incluía a la mujer, a quien Jesús había llamado hija de Abraham. Ella era una ciudadana digna en el reino de la luz de Dios, una miembro honorable de la casa de fe y una valiente guerrera en la armada del Señor.

El jefe de la sinagoga y los que lo apoyaban habían estado tratando de avergonzar a Jesús en frente de la congregación. Cuando Jesús les respondió, los líderes religiosos perdieron el respeto de la gente y fueron ellos los avergonzados. En ese sábado en particular, Él proclamó la libertad al sanar a una de las niñas de Dios.

Jesús tuvo muchos conflictos con los jefes de las sinagogas, los fariseos y los escribas respecto a las observancias del sábado. Sus discípulos, caminando un sábado por un campo de trigo, recogieron algunas espigas y las frotaron para sacar las almendras y comerlas. Según las normas, los discípulos habían profanado el sábado, porque habían recogido el grano y trillado las espigas. En el sábado, Jesús sanó a muchas personas enfermas físicamente: Él envió a un hombre ciego de nacimiento al Estanque de Siloé para recibir la visión; restauró la salud de un hombre en el Estanque de Bethesda; y en la casa de un prominente fariseo, Jesús sanó a un hombre que sufría de hidropesía. En todos estos casos, Jesús cumplió la Ley de Dios y al mismo tiempo restauró el propósito de guardar el sábado, que no es otro que el de regocijarse en el Señor.

Aplicación.

El domingo es un día de revitalización y descanso para todos. Es un día en el que la gente se siente libre de las cargas de sus labores diarias. Como cristianos, nosotros lo pasamos haciendo lo que deleita y complace al Señor. El domingo es llamado el Día del Señor, lo que significa que le pertenece a nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros lo adoramos, nos reunimos como pueblo suyo, aprendemos lo que enseña la Biblia acerca de la salvación y participamos de la hermandad cristiana. Es el día en el que cantamos nuestras alabanzas, le damos gracias a Dios por bendecirnos espiritual y materialmente, le presentamos a Él nuestras oraciones y peticiones, recibimos los sacramentos del bautismo y la comunión y con nuestros dones, apoyamos al pobre y la labor de la iglesia.

Un invalido

Juan 5:1-15

El Estanque de Bethesda

A menudo asociamos la sanidad física con estanques de agua como el de Bethesda en la antigua Jerusalén y el de Lourdes en Francia. Si las personas son sanadas en estas aguas es algo debatible aún. Con frecuencia hay algo de superstición asociada a ellas. Esto es evidente en la historia de un hombre que había estado paralizado por treinta y ocho años.

Él era nativo de Jerusalén, pero hacía parte de aquellas personas ciegas, cojas, jorobadas y paralíticas. Algunos decían que era un paralítico, en tanto que otros lo llamaban jorobado. Sin importar la enfermedad, él había estado afligido por décadas. Él estaba demacrado y débil y dependía del cuidado diario que le brindaban familiares y amigos. Los médicos no pudieron ayudarlo, así que todos los días sus amigos lo ponían a un lado del Estanque de Bethesda.

El Estanque de Bethesda estaba en la parte nororiental de Jerusalén, cerca de la Puerta de las Ovejas y era conocido por sus cinco columnatas cubiertas. En arameo, la palabra *Bethesda* significa “casa de misericordia;” el estanque era conocido por sus poderes terapéuticos. Debido a la presión interna, el agua del estanque se removía de vez en cuando. Se rumoraba que un ángel bajaba a remover el agua y sanar a los enfermos, que eran dejados cerca del estanque a la sombra de los pórticos y a la espera de que el agua fuera removida. Cuando esto sucedía, la primera persona que entraba al aguaería sanada de su mal.

Una Cura Inesperada

Jesús había llegado a Jerusalén para la celebración de una de las fiestas. Si era para la Pascua, habría sido en el mes de Marzo o Abril. Ya en Jerusalén, Jesús caminó hacia el Estanque de Bethesda, donde vio a un hombre marchito tendido cerca del agua y que por treinta y ocho años había estado en esa lamentable condición.

Jesús le preguntó al hombre si quería ser sanado y él le respondió que no había nadie que lo ayudara a meterse al estanque mientras el agua era agitada. Obviamente su fuerza era limitada y generalmente otros se le adelantaban.

Entonces, Jesús le dijo: “Levántate, recoge tu camilla y anda” (Juan 5:8). De repente, él sintió que la fuerza regresaba a sus miembros y recorría todo su cuerpo. No tuvo dificultad para sentarse y luego levantarse, recoger su camilla y con un gesto de gratitud a Jesús, que ya había dado media vuelta para irse, empezó a caminar y se fue a casa lleno de gozo.

No iba muy lejos cuando algunos miembros del clero lo detuvieron y le dijeron que debido a que era sábado, le estaba prohibido cargar su camilla. Cargar cualquier cosa en el sábado era considerado un trabajo y por lo tanto estaba prohibido. Pero en la opinión de aquel hombre, llevar su camilla a casa no era una carga del todo, sino un gozo porque él no lo había podido hacer por décadas. Él, sorprendido, tartamudeó: “*El que me sanó me dijo: ‘Toma tu camilla y anda’*” (v.11). Aparentemente, él no conocía el nombre de Jesús, quien se había escabullido y nadie sabía dónde encontrarlo.

La respuesta del que había sido inválido hizo que los líderes religiosos le preguntaran acerca de quién que le había hecho el bien: “*¿Quién es ese hombre que te dijo: ‘Recógela y anda?’*” (Juan 5:12). Ellos no estaban interesados en escuchar acerca del milagro de sanidad sino que querían encontrar al que le había ordenado quebrantar la ley del sábado. Ellos no acusaron al hombre que fue sanado, sino a Jesús por sanar al hombre y haber profanado de esa manera el sábado.

Un Extraño Final

Más tarde, ese mismo día, Jesús encontró al hombre de Bethesda caminando en el área del Templo que quedaba relativamente cerca del estanque y le dijo: “*Mira, ya has quedado sano. No vuelvas a pecar, no sea que te ocurra algo peor*” (Juan 5:14). Él llamó la atención sobre la condición física del hombre que había vuelto a la normalidad, pero también señaló su estado espiritual, que le había causado vivir una vida separada de Dios y su Palabra.

Jesús le ordenó abstenerse de pecar; Él quería ver en aquel hombre un genuino arrepentimiento, pues si se mantenía en pecado, ciertamente se arriesgaba a adquirir una aflicción peor que la anterior. Por otro lado, es posible que su enfermedad hubiera sido el resultado de un pecado en particular que Jesús quería que el hombre dejara ahora. En fin, Jesús lo llamó a arrepentirse y a seguirlo con todo su corazón, alma y mente.

El hombre no pretendía impedir la obra de Jesús, pero fue a los líderes religiosos para responder a la pregunta que le habían hecho antes. Él dijo que Jesús era el único que lo había sanado y le había hecho el bien. Sin intención alguna, él contribuyó a la oposición de los fariseos contra Jesús. Los líderes religiosos persiguieron a Jesús, considerándolo responsable de decirle al hombre que cargara su camilla y caminara en el sábado. Pero Jesús les dijo que tanto Él como su Padre continuaban haciendo obras de misericordia y eso incluía sanar a un inválido en el sábado.

Aplicación

Jesús le mostró al hombre su bondad al sanarlo y decirle que dejará de pecar para que no le sucediera algo peor. Él dio a entender que el hombre necesitaba volverse

a Dios. Si él ignoraba el llamado de Jesús, se arriesgaría a ser espiritualmente separado de Dios y condenado al infierno.

Jesús quiere que nosotros le expresemos nuestra gratitud viviendo en armonía con la voluntad de Dios. Esto no se trata simplemente de hacer lo correcto sino de adorar. Como hijos de Dios, diariamente deberíamos agradecerle a nuestro Padre celestial por su bondad y provisión.

El joven de Nain

Lucas 7:11-17

Una Aflicción en el Camino

La muerte nos ronda a todos. Cada lápida es un monumento al duelo y cada obituario esconde un manantial de lágrimas que parecen no tener fin. Cuando Jesús caminaba por las calles de Galilea, con frecuencia veía los estragos de la muerte, como en el caso del joven de Naín.

El padre del joven había muerto cuando él aún era un niño. Su madre lo colmó de amor y afecto y lo protegió de todo mal. Ella nunca se volvió a casar. Cuando él llegó a su adolescencia, encontró un empleo para aportar un ingreso extra y sufragar los gastos de la casa. Él y su madre eran bien conocidos y apreciados en Naín, un pequeño pueblo ubicado a tres kilómetros del Monte Tabor, al suroriente de Nazareth.

El Antiguo Testamento y los Evangelios se refieren repetidamente al sufrimiento, el abuso, la opresión y la injusticia soportada por las viudas. Ellas vivían casi en el límite de la pobreza, sobreviviendo diariamente. Pero Dios ordenó que las viudas en Israel recibieran protección y cuidado. Y dijo que quienes fueran explotadas encontrarían protección en Él.

Un día, el hijo de la viuda enfermó y en un período relativamente corto murió. Ella quedó devastada, porque ahora tenía que arreglárselas sin su hijo para ganar el pan. La gente del pueblo venía a expresar sus condolencias y llorar con ella. Ellos la acompañaron al entierro fuera de la ciudad. Una media docena de jóvenes llevaban el féretro donde había sido puesto el difunto. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad, notaron que Jesús y sus discípulos se acercaban.

Jesús detuvo la procesión y le preguntó a la viuda y a los dolientes que la acompañaban, qué había pasado. Cuando Él oyó que su único hijo había muerto y que ahora ella estaba sola, se llenó de compasión y le dijo que no llorara más.

Pero, ¿cómo podía ella dejar de hacerlo cuando su mundo parecía haber llegado a su fin? Ella enfrentaba un futuro desolador, porque el gozo de vivir había desaparecido. ¿Por qué Dios se habría llevado primero a su esposo y luego a su único hijo? ¿Para qué continuar viviendo cuando su propósito de vida se había evaporado? Ella sabía que tan pronto terminara el funeral, sus parientes y amigos olvidarían que ella era una viuda en pena sin nadie que la apoyara y la consolara.

El Duelo se Tornó en Alegría

Jesús conocía sus pensamientos. Él caminó hacia el féretro, lo tocó y luego se dirigió al cadáver, con una voz clara para que todos lo oyeron: “*Joven, ¡te ordeno que te levantes!*” (v.14). Para asombro de todos, el joven difunto escuchó la voz

de Jesús, obedeció y se incorporó. Él abrió su boca y empezó a hablar, demostrando que había regresado de la muerte. Luego Jesús le dijo a su madre que tenía a su hijo de vuelta sano y salvo.

Los que cargaban el féretro, los familiares y amigos en la procesión estaban atónitos. Nunca habían visto algo como eso ni nadie podía recordar que una persona muerta hubiera vuelto a la vida, aunque ellos sabían que en siglos anteriores algunas personas habían sido resucitadas. Ellos sentían que este milagro fue un acto de Dios, pero sólo el Todopoderoso podía hacer lo que había sucedido entre ellos. De vez en cuando, Dios había escuchado sus oraciones por sanidad y los enfermos se habían restablecido. Pero nadie esperaba que un muerto en el camino al sepulcro se incorporara, hablara y probara que estaba vivo. Este milagro fue definitivamente excepcional.

La multitud supo que un gran profeta había surgido entre ellos. De su historia, ellos habían aprendido que tanto Elías como Eliseo habían hecho milagros y resucitado gente. Y ahora, Jesús de Nazareth había llegado a Naín a resucitar a uno de sus jóvenes.

La gente sabía, por el Antiguo Testamento, que Dios devoraría a la muerte para siempre y enjugaría las lágrimas de todo rostro (Isaías 25:8). Esta profecía ahora estaba cumplida en su pequeño pueblo, porque la muerte había perdido su poder sobre uno de sus propios ciudadanos.

Al final de los tiempos ya no habrá más muerte, cuando Jesús haya triunfado sobre todos sus enemigos de los cuales la muerte es el último. Luego, Jesús pastoreará a su pueblo y lo guiará a fuentes de agua viva. Y todo el pueblo de Dios rodeará su trono y Él enjugará toda lágrima de sus ojos. Toda señal de muerte, duelo, llanto y dolor, serán cosa del pasado, porque el viejo orden habrá desaparecido.

Aplicación

Nadie puede escapar de la muerte, pues aún quienes resucitaron en tiempos de Jesús, ciertamente fueron alcanzados por ella una vez más. Pablo escribe que el último enemigo a ser destruido es la muerte y dice que Jesucristo es victorioso sobre la muerte y la tumba.

Nosotros compartimos esa conquista sobre Satanás, la muerte, el infierno y el sepulcro. Dios nos da esta victoria a través de su Hijo, Jesucristo (1 Corintios 15:55-57). Y a través del poder de Cristo, ya disfrutamos en esta vida de un anticipo de nuestra resurrección.

Marta, María y Lázaro

Juan 11

Respondiendo en Llamado de los Amigos

A menos de dos millas al este de Jerusalén estaba el pequeño pueblo de Betania, donde vivían dos hermanas y un hermano. Ellos eran Marta, María y Lázaro, amigos cercanos de Jesús. Con frecuencia, cuando iba a Jerusalén a una de las fiestas, Él visitaba a sus amigos y se quedaba con ellos.

Poco antes de la última semana de Jesús en la tierra, Él decidió quedarse con sus discípulos al este del Jordán, en la región de Perea. Las autoridades judías amenazaban cada vez más su vida en Judea, pero al otro lado del Jordán, Él se sentía relativamente a salvo.

Estando allí, Jesús recibió un mensaje de María y Marta: Lázaro estaba enfermo y se ponía cada vez peor. Ellas le pidieron que fuera inmediatamente a Betania a sanar a su amado hermano y querido amigo. Las hermanas sabían que le tomaría un día llegar a su casa, así que su pedido era urgente: “Jesús, ¡ven antes que sea demasiado tarde!”

Jesús enfrentó el dilema de permanecer en el lado este del Jordán, donde estaban relativamente seguros, o, ir a Betania, cerca de Jerusalén, donde podría ser capturado. Él no respondió inmediatamente a su solicitud, pero dijo a sus discípulos que la enfermedad de Lázaro no terminaría en muerte y que la gloria de Dios sería revelada en su Hijo debido a Lázaro. Él habló con conocimiento divino e implícitamente divulgó que:

- Lázaro moriría.
- Lázaro resucitaría.
- Lázaro exhibiría la gloria de Dios.

El milagro de la resurrección de Lázaro revelaría que Jesús ciertamente tenía un poder divino, así que Él decidió permanecer en Perea dos días más. Aunque Él dejó que sus discípulos creyeran que la enfermedad de Lázaro no era una amenaza para su vida, ellos tuvieron reparos en que Jesús retrasara su viaje a Betania. Sin embargo, ellos podían ver que preservar su seguridad era una razón válida y pensaron que Él hacía bien en negarse a la solicitud de las hermanas.

Pero Jesús no había dicho que no iría a Betania, sino que Dios desplegaría su gloria. Por lo tanto, luego de dos días, Jesús dijo a sus discípulos que era tiempo de regresar a Judea. Él era plenamente consciente de que los judíos tratarían una vez más de matarlo a pedradas, pero cuando los discípulos se lo mencionaron, Jesús les preguntó: “*¿Acaso el día no tiene doce horas?*” (Juan 11:9). Con este comentario aparentemente evidente, Jesús quiso decir que nada sucede antes del

tiempo señalado por Dios. Mientras Dios le diera a Jesús la luz del día, Él estaría seguro.

Luego Jesús dijo: *"El que anda de día no tropieza, porque tiene la luz de este mundo. Pero el que anda de noche sí tropieza, porque no tiene luz"* (Juan 11:9-10). Él aseguró a sus discípulos que estarían seguros en tanto anduvieran en la luz de su presencia. El tiempo para la partida de Jesús estaba cerca y cualquiera que careciera de su luz espiritual, caminaría a tientas en medio de la oscuridad.

Entonces Jesús aclaró lo que había dicho y les dijo a los doce discípulos que su amigo Lázaro estaba dormido y que Él debía ir a Betania a despertarlo. Al oír eso, ellos expresaron que el sueño restauraría la salud física de Lázaro, queriendo decir que, si su salud mejoraba con el sueño, no sería necesario viajar a Jerusalén. Ellos podían permanecer a salvo al este del Jordán y evitar un ataque contra Jesús y contra ellos mismos.

En ese momento, Jesús les dijo que Lázaro había muerto y que estaba agradecido de no haber estado en Betania para que ellos creyeran. Aunque este enigmático comentario no estimuló su confianza, los discípulos sintieron que algo excepcional sucedería pronto. No obstante, ellos permanecieron temerosos respecto a su seguridad en Judea.

Tomás, conocido como el gemelo, valientemente exhortó a sus compañeros a seguir a Jesús a Judea y si fuera necesario, morir allí con Él. Este Tomás, quien llegó a ser conocido como el incrédulo, demostró una valentía, devoción y disposición resueltas, como para entregar su vida por su maestro. Su comentario no debe ser entendido como un deseo a sufrir la muerte que Jesús sufrió. Él les hizo un llamado a todos los seguidores de Cristo: "Estén dispuestos a morir por su maestro."

Cuando Jesús y su grupo de doce discípulos llegaron a Betania, Lázaro había sido enterrado hacía cuatro días. Normalmente, en Israel se enterraba al muerto el mismo día de su deceso debido al clima caliente. En el cuarto día, la descomposición del cuerpo debía estar teniendo lugar, así que no habría esperanza alguna de revivirlo o resucitarlo. Seguramente, los dolientes judíos podrían decir que Jesús había llegado demasiado tarde para resucitarlo de entre los muertos.

El olor del muerto no sólo rodearía el cuerpo de Lázaro, sino que se extendería desde la tumba hacia quienes estuvieran cerca de ella.

Las Lágrimas de Jesús

Marta fue la primera en escuchar que Jesús había llegado. Ella era la mayor de las hermanas y la figura de autoridad en la familia. Embargada por el dolor, María permaneció en la casa, donde era consolada por los parientes, amigos y conocidos. Pero Marta se apresuró a salir de la casa para recibir a Jesús fuera del pueblo e informarle lo que había pasado en su ausencia.

Todo tipo de preguntas llegaron a la mente de Marta. ¿No había entendido Jesús, acaso, la severidad de la enfermedad de Lázaro? ¿Por qué había tardado en llegar? ¿No los amaba lo suficiente como para haber ido directamente cuando lo llamaron? Ella hizo un comentario que pudo haber sido tomado como una acusación, pero de hecho fue un lamento: “*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*” (Juan 11:21). Aún así, Marta expresó su inquebrantable fe en Jesús: “*Pero yo sé que aún ahora Dios te dará todo lo que le pidas*” (Juan 11:22). Su comentario podía ser considerado como el de una fe que mueve montañas.

Tiernamente, Jesús confrontó a Marta con su certeza de que Lázaro resucitaría, pero Marta tomó sus palabras como una referencia al día de la resurrección, al final de los tiempos: “*Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final*” (Juan 11:24). Ella expresaba una confianza que venía de saber que al final de los tiempos, los muertos resucitarían de sus tumbas.

Jesús le dijo entonces a Marta: “*Yo soy la resurrección y la vida*” (Juan 11:25). Esta asombrosa declaración significa que Él tiene el poder y la autoridad para resucitar de entre los muertos a sus seguidores. Cuando Jesús le preguntó a Marta si creía esto, su respuesta fue una confesión de su fe genuina en Él: “*Sí Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo*” (Juan 11:27). Jesús permaneció cerca de Marta fuera del pueblo y juntos lamentaron la muerte de Lázaro. Pero Jesús quiso hablar con María también, por lo que le pidió a Marta que llamara a su hermana.

Marta regresó a la casa, le hizo señas a María de que se apartara de los dolientes y le dijo: “*El Maestro está aquí y te llama*” (Juan 11:28). En lugar de referirse a Jesús por su nombre, ella usó el término “Maestro,” dando a entender que Jesús les había estado enseñando.

¿Por qué quería Jesús que María se acercara a Él fuera del pueblo? Ciertamente, Jesús no temía ser arrestado por los judíos, pues Él sabía que su tiempo no había llegado aún. Tampoco hay indicios de que quisiera estar a solas con María. Los judíos, notando que María había salido de la casa, la siguieron. Jesús quería que tanto María como Marta salieran del pueblo y se acercaran al cementerio para ver el milagro de la resurrección. Y también quería que los judíos fueran testigos del poder de Dios.

Cuando María se levantó y fue adonde estaba Jesús, al verlo se arrojó a sus pies, embargada por sus emociones. De las dos hermanas, María era la única que no podía controlar sus emociones. Ella le dijo las mismas palabras que Marta le había dicho antes a Jesús: “*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*” (Juan 11:32). Durante los cuatro días desde la muerte de Lázaro, las hermanas habían repetido estas palabras en casa y ahora, en presencia de Jesús, las pronunciaron de nuevo.

Cuando Jesús observó a María llorando a sus pies y oyó el sollozo de los judíos, Él se enojó en espíritu a causa de los estragos que el pecado y la muerte habían

traído a este mundo, causando un sufrimiento indescriptible. La muerte había entrado al círculo familiar de sus amigos y se sintió profundamente conmovido y turbado.

Jesús les preguntó a María y a Marta dónde habían puesto a Lázaro y ellas respondieron: “*Ven a verlo, Señor*” (Juan 11:34). Y revelando su plena humanidad, Jesús lloró. En verdad, podríamos decir que Jesús lloró para expresar su simpatía y amor por las hermanas del difunto, pero en un nivel más profundo, sabemos que sus lágrimas brotaron a causa de la ira interior que sentía en contra del poder destructivo de la muerte.

Los judíos vieron el rostro empapado en lágrimas de Jesús y dijeron: “*Este, que le abrió los ojos al ciego, ¿No podría haber impedido que Lázaro muriera?*” (Juan 11:37). Ellos no pronunciaron el nombre de Jesús, sino que se refirieron a Él como “*este*,” lo que puede haber sido una forma cultural de referirse a una persona. Ellos no expresaron una mala voluntad hacia Él, sino admiración por cuánto amaba a Lázaro, pero basaron su comentario en una observación externa. Ellos no podían entender la agitación en el alma de Jesús.

El Milagro de la Resurrección

Jesús estaba profundamente turbado de espíritu, porque para Él había llegado el momento de confrontar el poder de la muerte. Cerca del cementerio, Él caminó hacia una cueva cuyo interior era una tumba tallada en la roca y cubierta con una piedra. Ante la consternación de Marta, Él le pidió a la gente que quitaran la piedra. Marta le recordó a Jesús que Lázaro había muerto hacía cuatro días y que ya debía oler mal. Aunque alrededor del cuerpo habían puesto especias fragantes para minimizar el olor de la descomposición, este impregnaba toda el área.

Jesús le dijo a Marta: “*¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?*” (Juan 11:40). Ella debió admitir que Jesús le había dicho esto y que ella había confesado su firme fe en Él. Ella debía haber pensado en la autoridad de Jesús sobre la muerte y mirado al futuro para ver desplegada la gloria de Dios. El milagro más grande que Jesús haría en todo su ministerio estaba a punto de suceder: la resurrección de un cuerpo en descomposición.

Después que la piedra fue quitada y el hedor se hizo insoportable, Jesús oró a su Padre en el cielo. Los dolientes judíos estaban cerca de la tumba y eran los que necesitaban escuchar la oración de Jesús a su Padre. Él dijo: “*Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Ya sabía yo que siempre me escuchas, pero lo dije por la gente que está aquí presente, para que crean que tú me enviaste*” (Juan 11:41-42).

Esta es una oración muy significativa. Jesús, dirigiéndose a su Padre, no dijo “*Padre nuestro*,” porque quienes lo escuchaban debían entender la relación especial que existe entre el Padre y el Hijo. También, los judíos tenían que oír y

consecuentemente reconocer que Jesús en verdad es el Hijo de Dios. Él agradeció a su Padre haber escuchado su oración en privado por la resurrección de Lázaro.

Entonces gritó: “*¡Lázaro, sal fuera!*” (Juan 11:43). El volumen de su voz no fue importante para Lázaro. Jesús gritó para que los transeúntes lo oyieran y sintieran que Él hablaba con la voz de una autoridad divina. Cuando Jesús habló, el milagro de poner juntas todas las moléculas en el cuerpo de Lázaro, fue en un sentido similar a cuando Dios habló en la creación. En Betania, la recreación tuvo lugar en menos de un segundo, desvaneciendo instantáneamente el mal olor.

Lázaro escuchó la orden de Jesús y salió de la cueva, con vendas en las manos y en los pies. Lázaro dejó atrás la ropa con la que lo habían enterrado, pero aún tenía vendas alrededor de sus brazos y piernas y un sudario alrededor de su cabeza. Jesús le pidió a la gente que le quitaran las vendas y lo dejaran ir a casa. Lázaro necesitaba ropa y no estaba interesado en responder preguntas acerca de su futuro.

El efecto de la resurrección de Lázaro fue variado: fortaleció la fe de María y Marta mientras se alegraban de ver restaurado su círculo familiar. Muchos de los judíos que presenciaron la resurrección creyeron en Jesús. Ellos podían dar testimonio a otros de que Jesús era de hecho el Mesías, el Hijo del Dios viviente. Otros informaron del milagro a los fariseos, endureciendo sus incrédulos corazones.

Después de haber sido resucitado, Lázaro les habló a todos acerca de Jesucristo y su divino poder para resucitar a los muertos. Muchos líderes judíos creyeron este mensaje, pero otros se llenaron de odio hacia Jesús. Cuando ellos vieron que la multitud estaba siguiendo a Jesús y poniendo su fe en Él, planearon asesinar no sólo a Jesús sino también a Lázaro. Ellos consideraban a Lázaro un testigo que esparrcía las enseñanzas del profeta de Nazareth. En su opinión, el perpetrador de estas enseñanzas y su cómplice debían morir.

Aplicación

La promesa que Marta recibió de Jesús guarda una verdad para todos: “*El que cree en mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás*” (Juan 11:25-26). Esto significa que la muerte física no es el final. Después de la muerte, nuestra vida espiritual continúa ininterrumpidamente. Cuando Jesús regrese, alma y cuerpo se volverán a unir para siempre en gloria.

Sólo el cristianismo enseña la resurrección de Jesús. Todas las otras religiones rechazan la creencia de que Él resucitó y que les da a sus seguidores el don de la vida eterna. Miembros de otras religiones niegan enfáticamente que Jesús tenga poder sobre la muerte y para resucitar gente de entre los muertos. En su opinión, el triunfo de Jesús sobre la muerte es una doctrina totalmente relacionada con los tiempos posteriores. Para ellos, la muerte determina el final de la vida física.

Los que estamos unidos a Cristo confesamos sinceramente que por la verdadera fe compartimos su resurrección y por medio de Él, recibimos nueva vida en cuerpo y alma.

Por eso, recitamos con gozo el Credo de los Apóstoles: *"Creo en la Resurrección de los muertos."*

LOS
APÓSTOLES
DE JESÚS

Andres

Juan 1:35-42

Desde la Casa de un Pescador

Jesús dice que la semilla de una planta de mostaza es la más pequeña de todas las semillas. La planta crece en Palestina y su semilla no es más que una mota negra. Una vez que se deja caer esa minúscula semilla en la tierra, no hay forma de encontrarla nuevamente. Y cuando germina y se forman las primeras hojas, esta pequeña semilla se convierte en un árbol en cuyas ramas los pájaros anidan. Con esta ilustración, Jesús describió el crecimiento de la Iglesia Cristiana, el cual empezó con el primer discípulo: Andrés.

Andrés era hermano de Simón Pedro. Él había nacido y crecido en el pueblo galileo de Bethsaida, en la orilla norte del Lago de Galilea y al este del Jordán, donde él se convirtió en pescador. La palabra Bethsaida en hebreo significa “*casa del pescador*.”

Juan el Bautista atrajo grandes multitudes al Río Jordán, cerca de Jericó. Andrés, Simón Pedro, Felipe, Juan hijo de Zebedeo y Natanael, todos de Galilea, salieron y viajaron cerca de cien kilómetros por el jordán para escuchar a este hombre, que en apariencia y en sus palabras se parecía al profeta Elías.

Ellos llegaron donde Juan el Bautista estaba predicando una doctrina de arrepentimiento, diciéndole a la multitud que el reino de los cielos estaba cerca. La gente respondía a su mensaje, confesaba sus pecados y se arrepentía. Consecuentemente, Juan los bautizaba.

Un día Jesús apareció entre la multitud mientras Juan estaba predicando. Juan, señalándolo a Él, dijo: “*¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!*” (Juan 1:29). Al día siguiente, Juan el Bautista lo dijo una vez más, pero ahora dirigiéndose especialmente a dos de sus discípulos: “*¡Aquí tienen al Cordero de Dios!*” (Juan 1:36).

Andrés y Juan hijo de Zebedeo se levantaron y siguieron a Jesús. Ellos pasaron la mayor parte de ese día con Él y se volvieron discípulos suyos. Ese día, ellos supieron que Jesús era el Mesías prometido por Dios a través de los profetas.

Después de este primer encuentro con Jesús, Andrés fue muy entusiasmado donde su hermano Simón y le dijo: “*Hemos encontrado al Mesías*” (Juan 1:41). Él trajo a su hermano donde Jesús, quien le dio a Simón un segundo nombre llamándolo *Cefas*, que traducido del arameo al griego significa Pedro. Después de ese primer encuentro, Andrés y los demás regresaron a Galilea y volvieron a su diaria rutina de pescadores.

El segundo llamado de Jesús a Andrés a ser su discípulo fue cuando él y su hermano Simón Pedro estaban echando sus redes en el Lago de Galilea. Él les dijo

a los dos hermanos que lo siguieran y que Él los haría pescadores de hombres. Ellos dejaron sus botes y redes de pesca y se fueron con Jesús.

Convirtiéndose en un Seguidor de Jesús

¿Cómo fue la relación de Andrés con Jesús, siendo ya su discípulo? Los escritores de los Evangelios la describen en tres instancias: la primera fue un sábado por la mañana, cuando Jesús predicó en la sinagoga de Cafarnaúm. Después del servicio de adoración, Simón Pedro y Andrés lo invitaron a venir a su casa a sanar a la suegra de Pedro, que estaba en cama con una fiebre muy alta. Jesús tomó la mano de la mujer y la sanó. Ella se levantó e inmediatamente empezó a preparar la comida del sábado para ellos.

En otra ocasión, una multitud de miles de personas habían venido a escuchar a Jesús predicar. Cerca del final del día, sus discípulos le pidieron que despidiera a la gente para que pudieran ir a los pueblos vecinos a comprar comida. Jesús les dijo que la alimentaran ellos mismos, pero los discípulos le dijeron que no tenían recursos. Entonces, Jesús les preguntó cuánto pan tenían y Andrés contestó que había un muchacho con cinco panes y dos pequeños peces, pero ¿Qué era eso para tanta gente? Jesús les dijo que hicieran que la multitud se sentara sobre la hierba. La gente se sentó en grupos de cien y de cincuenta y después que Jesús levantó sus ojos al cielo y dando gracias a Dios, multiplicó los panes y los peces. Los discípulos repartieron la comida a una multitud de cinco mil personas sin contar mujeres y niños.

La última vez que vemos a Andrés interactuar con Jesús fue una semana antes del arresto y crucifixión de Jesús. En esa ocasión, multitudes de adoradores viajaron a Jerusalén para la celebración anual de la Pascua. Había algunos griegos entre ellos que también iban al Templo a adorar a Dios. Ellos se acercaron a Felipe, cuyo nombre griego les hizo pensar que él podía conversar con ellos en su propia lengua. Los griegos le dijeron que querían ver a Jesús y le pidieron a Felipe una entrevista con el Maestro. Felipe le consultó a Andrés y juntos se acercaron a Jesús con la solicitud de estos adoradores extranjeros.

¿Dudarían acaso estos dos discípulos que estas personas, aunque iban a Jerusalén a adorar a Dios, no eran judíos? Si así hubiera sido, los griegos habrían interpretado su vacilación como un insulto; ellos eran temerosos de Dios y lo adoraban en el Templo, en el Atrio de los Gentiles. Felipe y Andrés estaban en un dilema y todo lo que ellos podían hacer era comunicarle a Jesús la solicitud de aquellos griegos.

Habríamos esperado que Jesús recibiera a estos gentiles y señalara que el Evangelio tiene un llamado universal a todas las naciones y pueblos. Pero Él no respondió a su solicitud, pues su respuesta estuvo dirigida al evento en sí mismo, es decir, a la hostil oposición de los judíos frente a la solicitud de los gentiles. Los líderes judíos lo rechazaban, mientras que unos pocos extranjeros eran atraídos por Él.

Jesús dijo: *"Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado"* (Juan 12:23). Con estas palabras, Él les dijo a los griegos que la hora suprema de su paso de la vida a la muerte estaba cerca. Él no estaba interesado en hablar de asuntos terrenales, porque ellos tenían que recibirla como su Mesías espiritual, por cuya muerte y resurrección ellos recibirían el perdón de sus pecados y la vida eterna.

Andrés fue uno de los discípulos que, al traer a los griegos a Jesús, lo sirvió como un fiel representante. No sabemos si estos gentiles entendieron la respuesta de Jesús a su solicitud. En su Evangelio, Juan narra que Jesús estuvo enseñando y haciendo milagros en Jerusalén hasta dos días antes de la celebración de la Pascua. Y Juan dice que muchos creyeron en Jesús.

Aplicación

Andrés sirvió como un intermediario que guió a otros a Jesús. Él trajo a su hermano Pedro a Jesús, el Cristo. Y de nuevo, Andrés con la ayuda de Felipe, acercó a los griegos temerosos de Dios a Jesús.

En un sentido, todos los creyentes, han estado entregados a la tarea de llevar a otros al Señor Jesucristo, quien es la Luz del Mundo. Cuando Dios nos da oportunidades de dar testimonio de Él y de llevar a otros a Él, deberíamos pedirle que nos dé el enfoque correcto y las palabras apropiadas. Entonces, guiados por el Espíritu de Dios, seremos capaces de brindarles a quienes nos escuchen la oportunidad de ver a Jesús.

Natanael

Juan 1:43-51

Una Persona Íntegra

Quienes están buscando cómo llamar a su hijo recién nacido tienen muchas opciones. Algunos deciden ponerle un nombre ya usado en la familia para continuar su linaje. Otros le ponen el nombre de alguien influyente o usan nombres bíblicos. Un nombre bíblico tiene un mensaje; por ejemplo, Daniel significa “Dios es mi Juez,” Abigail quiere decir “el gozo del padre,” y Natanael es “don de Dios.”

Uno de los primeros discípulos de Jesús fue Natanael, también conocido como Bartolomé, un sobrenombre que significa, “hijo de Tolomeo.” Él nació y creció en la ciudad galilea de Caná, donde Jesús convirtió el agua en vino durante la celebración de una boda.

Con Andrés, Pedro, Juan hijo de Zebedeo, y, Felipe, Natanael viajó al sur, a un lugar a orillas del Río Jordán donde Juan el Bautista estaba predicando y bautizando gente. Él quería escuchar a este predicador judío. La pregunta que ellos se hacían era si Juan el Bautista era el Mesías prometido, aunque Juan había negado enfáticamente que Él fuera el Cristo al decir que él no era digno ni siquiera de desatar la correa de las sandalias del Mesías.

Tanto Andrés como Juan hijo de Zebedeo se volvieron discípulos de Jesús, y después de ellos y en rápida sucesión, Simón Pedro, Felipe y Natanael se unieron al grupo. Felipe le dijo a Natanael que Jesús de Nazareth, el hijo de José, era el Mesías.

Natanael era una persona franca que no dudaba en menospreciar al pueblo de Nazareth. Él hizo una pregunta retórica y negativa: “*¿Acaso de allí puede salir algo bueno?*” (Juan 1:46). Los dos pueblos, Caná y Nazareth, estaban aproximadamente a unos seis kilómetros de distancia uno del otro y probablemente eran rivales. Natanael posiblemente conocía a algunas personas de Nazareth, un pueblo con una población mezclada de judíos y gentiles. Era un lugar donde no sólo el nivel religioso de algunas personas era bajo, sino que también la violencia era algo común.

En resumen, la gente de Nazareth no era muy apreciada por los demás galileos. Siendo Nazareth despreciada, los galileos hacían una serie de preguntas basadas en las Escrituras:

- ¿Podría el Mesías venir de Nazareth?
- ¿No predijo el profeta Miqueas que el Mesías nacería en Belén de Judá?

- ¿No vendría el Mesías de la línea de David, como lo dicen las Escrituras?

En consecuencia, la pregunta de Natanael fue directa, honesta y al punto. Y la respuesta de Felipe fue breve: “*Ven a ver*” (Juan 1:46). Él no discutió con Natanael, sino que simplemente señaló a Jesús, quien había escuchado todo.

Jesús no estaba ofendido, sino que, por el contrario, le hizo un cumplido a Natanael: “*Aquí tienen a un verdadero israelita, en quien no hay falsedad*” (Juan 1:47). No hay mejor palabra para alabar a alguien. Esto no significaba que Natanael fuera perfecto, sino que Jesús leía la personalidad de Natanael como un libro abierto y no veía nada más que honestidad e integridad en él. Él era un hombre desprovisto de cualquier engaño. Natanael, el israelita, tenía un corazón de oro y un espíritu honesto.

Una Sensible Confesión

Natanael estaba asombrado. Él dijo: “*¿De dónde me conoces?*” (Juan 1:48). De esto se podría asumir que Jesús había viajado con frecuencia al pueblo de Caná por su cercanía a Nazareth y por eso, Él conocía una cantidad de gente que vivía allí. Pero es mejor decir que Jesús, debido a su divinidad, vio quién era Natanael.

Jesús respondió: “*Antes de que Felipe te llamara, cuando aún estabas bajo la higuera, ya te había visto*” (Juan 1:48). Él le hizo saber que no hay nada escondido a sus ojos y oídos. Incluso su pregunta negativa respecto a Nazareth no pasó desapercibida para Jesús, sino que Él la ignoró para enfocar su atención en el Mesías. Él se reveló a sí mismo como el único de naturaleza divina. El comentario de Jesús acerca de la higuera llevaría inmediatamente a Natanael a pensar en las profecías del Antiguo Testamento que revelaban aspectos del reino venidero del Mesías. Ese reino se caracterizaría por:

- Paz y seguridad.
- Ausencia de miedo.
- La síntesis del amor y la obediencia.
- Una dependencia en Dios.

En ese reino, todos se sentarían bajo su vid y su propia higuera. Con esa referencia a la higuera, Jesús obligó a Natanael a mirar al rey de ese reino, llamado el Mesías. Natanael respondió a la referencia que Jesús hizo de la higuera al reconocerlo como rey: “*Rabí, ¡Tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el rey de Israel!*” (Juan 1:49). Su corazón cambió y entendió que, en la presencia del Mesías, él debía referirse a Jesús como Rabí, es decir, “mi gran Maestro.”

Él sabía por los profetas que el Mesías sería el Hijo de Dios y que Jesús había probado su divinidad. También Natanael sabía por los Salmos que el Hijo tiene una relación exclusiva con el Padre.

Jesús le hizo a Natanael una pregunta más: “*¿Lo crees porque te dije que te vi cuando estabas debajo de la higuera?*” (Juan 1:50). Era obvio que Natanael había puesto su fe en Jesús, aunque su fe sólo estaba en sus comienzos y no había pasado la prueba del tiempo. No obstante, Jesús había ganado un discípulo que lo seguiría y cumpliría su compromiso.

Él le dio a Natanael esta promesa: “*Vas a ver cosas aún más grandes que estas!*” (Juan 1:50). Este discípulo estaba a las puertas de su aprendizaje, pues al seguir a su maestro, él vería milagros tales como gente que era resucitada, leprosos sanados, gente poseída por los demonios ser liberada y enfermos ser curados.

Jesús tenía algo más que decirle a Natanael: “*Ciertamente les aseguro que ustedes verán abrirse el cielo, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre*” (Juan 1:51). Esta era una referencia directa al sueño que Jacob había tenido después de escapar de su hermano, Esaú. Durante la primera noche lejos de casa, Jacob soñó con una escalera que llegaba hasta el trono de Dios en el cielo y vio ángeles subiendo y bajando por ella. Ahora Jesús profetizaba que Natanael vería esa misma escalera con ángeles subiendo y bajando y con Jesús como mediador entre el cielo y la tierra.

Sin embargo, Jesús no se refirió a sí mismo como el Hijo de Dios como Natanael lo había declarado, sino como el Hijo del Hombre. Natanael sabía por las Escrituras que, en la profecía de Daniel, una persona identificada como el Hijo del Hombre entraba en la presencia del Todopoderoso. Este Hijo del Hombre tomaba su lugar como gobernante de toda la tierra y como rey de un reino que nunca tendrá fin ni podrá ser destruido. Para ser el mediador entre Dios y su pueblo, Jesús tenía que ser tanto humano como divino y consecuentemente, Él usó el título de Hijo del Hombre.

Aplicación

Dios mira el corazón, en tanto que nosotros nos fijamos en el rostro de una persona. Dios le dijo a Samuel que ungiera a uno de los hijos de Isaí para ser rey. Samuel se fijó sólo en la apariencia externa de los hermanos de David, pero Dios miró el corazón y escogió a David. De manera similar, Jesús se fijó en Natanael y vio un corazón de oro y un espíritu honesto.

Jesús lo ha llamado a usted a ser su discípulo. Él es el Maestro y usted es su estudiante. Él desea que usted lo siga y camine sobre sus huellas. A menudo corremos delante de nosotros mismos en nuestro deseo de hacer algo por Jesús. No somos nosotros, sino Jesús quien da la dirección. Él quiere que escuchemos su voz y espera que seamos obedientes a Él. No es lo que hacemos para el Señor lo que importa, sino lo que Él quiere que hagamos para Él. Él es nuestro comandante en jefe.

Felipe

Juan 6:1-15 • Juan 12:20-23 • Juan 14:1-14

Felipe el Indeciso

Felipe había nacido y crecido en un pequeño pueblo de pescadores llamado Bethsaida en la orilla nororiental del Lago de Galilea. Jesús había hecho una cantidad de milagros en ese pueblo, pero Él los había censurado junto con el pueblo vecino de Corazín, por su falta de arrepentimiento.

Sin embargo, Felipe llegó a ser un discípulo de Jesús desde el principio de su ministerio y fue el instrumento para acercar a Natanael a Jesús.

El Evangelio de Juan menciona a Felipe sólo incidentalmente. Por ejemplo, cuando Jesús le predicó a aquella multitud de cinco mil hombres y los discípulos le pidieron que despidiera a la gente para que fueran a comprar algo de comer en los pueblos vecinos, Jesús se volvió a Felipe y le preguntó: “*¿Dónde vamos a comprar pan para que coma esta gente?*” (Juan 6:5). Felipe conocía bien el área porque estaba relativamente cerca de Bethsaida y sabía que la gente no encontraría suficiente pan en algunas panaderías locales. Felipe le respondió: “*Ni con el salario de ocho meses podríamos comprar suficiente pan para darle un pedazo a cada uno*” (Juan 6:7). Él había estimado rápidamente lo que se necesitaba para alimentar a toda aquella gente.

Cuando Andrés trajo ante Jesús al muchacho con cinco pequeños panes de cebada y dos pececillos, él también destacó la total escasez de comida. Se necesitaría un milagro para alimentar a toda esa gente. Entonces, en presencia de sus discípulos y la multitud, Jesús multiplicó los panes y los peces, así que cada uno tuvo suficiente para comer.

En otra ocasión, algunos griegos se acercaron a Felipe cuando ellos viajaban a Jerusalén con los peregrinos judíos a celebrar la Pascua. Ellos eran gentiles que hablaban griego y temían a Dios o se habían convertido al judaísmo. Tal vez debido a que Felipe tenía un nombre griego, ellos se acercaron a él y le dijeron: “*Señor, queremos ver a Jesús*” (Juan 12:21).

Ellos habían escuchado acerca de Jesús de Nazareth, que predicaba las Buenas Nuevas del perdón de pecados y la vida eterna. ¿Aceptaría Jesús a los gentiles en la comunidad de sus adeptos? El problema se volvió demasiado grande para Felipe y por su naturaleza cautelosa, no quería actuar solo. Así que él fue con Andrés y le informó acerca de la solicitud de los griegos y juntos fueron y se lo comentaron a Jesús.

Jesús les respondió diciéndoles que había llegado la hora en que el Hijo del Hombre iba a ser glorificado. Eso sería como cuando el grano de trigo cae a la tierra y muere para dar fruto. Jesús moriría, pero volvería a la vida de nuevo para

dar una abundante cosecha espiritual que incluiría tanto a judíos como a gentiles conversos.

Unos pocos días después, Jesús celebró la Pascua con sus discípulos en Jerusalén. Después de instituir la Cena del Señor, Él se despidió de ellos diciéndoles que regresaría a su Padre en el cielo, donde les prepararía un lugar. Les dijo: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie llega al Padre sino por mí. Si ustedes realmente me conocieran, conocerían también a mi Padre. Y ya desde este momento lo conocen y lo han visto"* (Juan 14:6-7).

Conocer a Jesús es conocer al Padre y ver a Jesús es ver al Padre. Jesús es el representante del Padre y habla las mismas palabras de Dios. Esta información era demasiado complicada para Felipe, cuya mente no podía comprender que el Padre y el Hijo son uno en esencia. Sus discípulos habían llegado a conocer a Jesús como un Maestro, hacedor de milagros, Hijo de Dios y Mesías. Felipe había reconocido la divinidad y humanidad de Jesús, pero reconocer y ver en Jesús la identidad misma del Padre, era demasiado para Él.

Habiendo visto la gloria de Jesús, Felipe ahora le pedía: *"Señor, muéstranos al Padre y con eso nos basta"* (Juan 14:8). En el Monte Sinaí, Moisés había querido que Dios le mostrara su gloria, pero todo lo que se le permitió ver fue la espalda de Dios. La gente en el tiempo del Antiguo Testamento creía que morirían si veían el rostro de Dios. Pero Felipe no estaba pidiendo que Jesús les mostrara el rostro de Dios, sino que les diera evidencia de la gloria del Padre.

Jesús replicó: *"¡Pero Felipe! ¿Tanto tiempo llevo ya entre ustedes y todavía no me conoces?"* (Juan 14:9). Por tres años Jesús les había enseñado a sus discípulos las verdades del reino de Dios y les había revelado al Padre en su persona y sus acciones. Ellos lo conocían como el Hijo, quien actuaba como mediador entre el Padre y el pueblo de Dios.

Jesús dijo que, si Felipe hubiera prestado atención y reflexionado en sus palabras y actos, habría reconocido al Padre en Él. Jesús preguntó: *"¿Cómo puedes decirme: 'Muéstranos al Padre'?"*

En una sencilla declaración, Jesús le enseñó a Felipe la unidad del Padre y el Hijo al decirle que el uno está en el otro y que los dos son uno en esencia. Aunque esto es un misterio que la mente humana nunca podrá desentrañar, Jesús hizo clara esta enseñanza al preguntarle a Felipe: *"¿Acaso no crees que yo estoy en el Padre y que el Padre está en Mí?"* (Juan 14:10). Y Felipe tuvo que decir sí.

Jesús le enseñó a Felipe y al resto de los discípulos que Él era muy diferente a los profetas, que tenían que introducir sus profecías con la frase, *"Esto es lo que el Señor dice."* Jesús, debido a su unidad con el Padre, hablaba con autoridad propia. Todas sus palabras venían del Padre, aunque genuinamente eran suyas. También, cualquier cosa que Jesús hacía estaba en armonía con la voluntad del Padre y venía del Padre.

Aplicación

Los cristianos se enfrentan a un misterio al tratar de explicar la relación entre la humanidad y la divinidad de Jesús. También enfrentamos otros misterios: autores humanos escribieron la Biblia, aunque fue Dios quien inspiró las Sagradas Escrituras. Jesús nació de la raza humana, pero como Hijo de Dios, Él es divino. Y Pablo nos dice que ejercitemos nuestra salvación con temor y temblor, aunque es Dios quien nos redime. Estos misterios siempre nos dejarán perplejos. No obstante, sabemos que Dios nos los revelará en el mundo venidero.

¿Cómo explicar estos misterios a quienes quieren ver a Jesús? La respuesta es que adoramos a un Dios personal y aceptamos por fe todo lo que Él nos ha revelado en su Hijo. Lo que está más allá de la comprensión humana le pertenece a Dios, pero lo que nos es revelado y puede ser conocido nos pertenece a nosotros.

Tomas

Juan 11:1-16 • Juan 14:1-7 • Juan 20:24-31

El Atrevimiento del Incrédulo Tomás

La duda es opuesta a la fe y frecuentemente afecta al seguidor de Cristo. La palabra *duda* se deriva del término *dúo*, e implica que hay dos diferentes caminos que podemos seguir: uno correcto y otro errado. Ser comparado con Tomás, no es un halago.

¿Quién fue Tomás? A él lo llamaban Dídimo, que significa “*gemelo*,” aunque nunca se supo de quién era gemelo. En la lista de los Doce, Tomás aparece al lado de Mateo y Felipe, pero no sabemos si eso significa algo. No tenemos información adicional acerca de su procedencia, pero asumimos que nació y creció en Galilea. Hay algunas evidencias de que él pudo haber sido conocido como Judas Tomás.

El calificativo de *Incrédulo* lo identifica. Cuando María y Marta enviaron a decirle a Jesús que su hermano Lázaro estaba enfermo y que probablemente moriría, Jesús se quedó al otro lado del Jordán por dos días más. Una de las razones fue la amenaza sobre su vida.

Cuando Jesús les hizo saber que iría a Betania, los discípulos trataron de disuadirlo, recordándole que las autoridades judías de Jerusalén quisieron apedrearlo. Ellos creían que no era seguro para Jesús viajar cerca a la capital. Sin embargo, Jesús les dijo que nada sucede por casualidad y que Él no estaba caminando en la oscuridad sino en la luz. También les dijo que iba a Betania a despertar a Lázaro. Estaba hablando en sentido figurado, porque Lázaro había muerto y Jesús iría allí a traerlo de nuevo a la vida.

Tomás comprendió la necesidad de ir donde Lázaro y mostró su valentía al resto de los discípulos, decidiendo acompañar a Jesús aún cuando tuviera que enfrentar la muerte. Él era un ejemplo de esa devota lealtad a su Maestro, aunque al mismo tiempo, sus palabras llevaban implícito un toque de fatalismo. Él les dijo a sus compañeros: “*vayamos también nosotros, para morir con Él*” (Juan 11:16). No quiso decir que moriría al mismo tiempo que Jesús, pero demostró su voluntad de entregar su vida por Él.

Tomás tenía una personalidad descomplicada que demostraba honestidad e integridad. Esto fue evidente cuando Jesús les dijo a sus discípulos que iría a la casa de su Padre, donde había muchas viviendas y que iría a prepararles un lugar a ellos, para que pudieran estar donde Él iba a estar. Y agregó que ellos sabían el camino que llevaba al lugar donde Él iba a estar.

Revelando ignorancia y algo de simpleza, Tomás dijo: “*Señor, no sabemos a dónde vas, así que ¿Cómo podemos conocer el camino?*” (Juan 14:5). Él se atrevió

a decir lo que los otros estaban pensando. Pero Jesús no lo reprobó, sino que le siguió enseñando.

Jesús respondió, “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie llega al Padre sino por mí*” (Juan 14:6). Él no les dijo cómo encontrar el camino, pero estableció inequívocamente que Él es el Camino. Él quiso decir que a través de Él se llega al Padre, porque Él es el mediador entre Dios y la humanidad. Cuando Él declaró que Él es el Camino, especificó que no hay otra vía para llegar a Dios más que su Hijo Jesucristo. Además, Jesús dijo, “[Yo soy] la Verdad,” y así, Él personifica la Verdad. Y Jesús dijo, “[Yo soy] la Vida,” lo cual quiere decir que Él es la fuente de la vida eterna. Tomás y el resto de los discípulos no podían haber recibido una palabra más clara de Jesús acerca del único camino para llegar al Padre.

La Duda le da Paso a la Fe

El Domingo de Resurrección, Jesús se apareció a las mujeres, a María Magdalena, a los dos discípulos de Emaús, a Pedro y a los diez discípulos en el Aposento Alto. Pero Tomás no estuvo con ellos en ninguna de estas ocasiones. Él se había apartado de sus compañeros y amigos y cuando se encontró de nuevo con ellos, les expresó sus sinceras dudas acerca de la resurrección de Jesús. Les dijo que a menos que él viera las marcas en sus manos y tocara su costado, no creería.

Aunque Jesús les había hablado repetidamente que Él tendría que morir pero que al tercer día resucitaría de entre los muertos, Tomás rechazó toda evidencia que le presentaban. Para él, Jesús había tenido una horrible muerte en la cruz y había sido enterrado en una tumba fuera de Jerusalén. Tomás necesitaba ver a Jesús resucitado y tocar las marcas en su cuerpo, antes de poder aceptar que realmente Jesús estaba vivo.

Él no creía sin importar quién le hablara al respecto. Pero exactamente una semana después de la resurrección de Jesús, Tomás estaba con los otros diez discípulos en el Aposento Alto, con las puertas cerradas por seguridad. De repente, Jesús se paró en mitad de ellos y dijo: “*¡La paz sea con ustedes!*” (Juan 20:19). Este es un saludo común en hebreo, aún en nuestros días.

Después de una semana, Jesús vino una segunda vez y en esta ocasión se dirigió a Tomás. Él conocía plenamente sus objeciones. Ahora Jesús, usando las mismas palabras de Tomás, le dijo que pusiera su dedo en las marcas de los clavos en sus manos y metiera la mano en su costado. Luego lo exhortó a creer.

En lugar de reprender a Tomás por no creer, Jesús lo persuadió cariñosamente a aceptar la realidad de su resurrección. Tomás exclamó: “*Mi Señor y mi Dios*” (Juan 20:28). Nada más podía describir la transformación de Tomás; él confesó que Jesús no sólo era su Señor, sino también su Dios. Ahora comprendía plenamente lo que Jesús les había hablado acerca de la unidad del Padre y el Hijo, es decir que, así como el Padre es de naturaleza divina, también el Hijo lo es.

Jesús respondió a su confesión diciéndole: “*Porque me has visto, has creído*” (Juan 20:29). Y luego agregó esta bienaventuranza para las generaciones futuras: “*Dichosos los que no han visto y sin embargo creen.*” Él no quiso decir que quienes tienen que ver para creer están en un nivel inferior que aquellos que creen sin necesidad de ver. En otras palabras, Jesús le dijo a Tomás que él era un gran privilegiado por haber visto a Jesús resucitado de entre los muertos. Todos los demás que no tuvimos ese privilegio tendríamos que confiar en lo que leyéramos u oyéramos acerca de la resurrección de Jesús y luego creeríamos en Él.

Aplicación

El amor del Señor Jesucristo nos abruma. Notemos que Él no rechazó a Tomás, sino que le dijo cariñosamente que pusiera su dedo en las marcas de los clavos en sus manos y que metiera su mano en la herida de lanza de su costado. Luego lo miró y le dijo: “*No seas incrédulo, sino hombre de fe*” (Juan 20:29). Jesús nos exhorta a verlo a Él, el autor y perfeccionador de nuestra fe, porque en Él somos victoriosos frente a nuestras dudas y temores.

Jesús tiene una infinita paciencia con nosotros cuando le expresamos dudas y recelos. Él está cerca de nosotros y siempre nos fortalece para que lleguemos a ser héroes de la fe.

Pedro el Pescador

Juan 1:35-42 • Lucas 5:1-11

La Pesca de sus Vidas

Simón, conocido como “hijo de Jonás,” nació y creció en Bethsaida, un pueblo en el lado este del Río Jordán, a lo largo de la orilla norte del Lago de Galilea. Él y su hermano Andrés eran pescadores, como su padre.

Cuando fue mayor de edad, Simón se casó y se fue a vivir a la ciudad de Cafarnaúm, que está en la orilla noroeste del Lago de Galilea. En una ocasión, él acompañó a algunos hombres del sur de Cafarnaúm a lo largo del Jordán, hasta un lugar donde Juan el Bautista estaba predicando un mensaje de arrepentimiento y bautizando a quienes se arrepentían de sus pecados.

Allí, él se encontró con Jesús de Nazareth, quien le dio el nombre de Pedro, que significa “roca.” Aunque Pedro y Andrés fueron luego discípulos de Jesús, ellos regresaron a su casa en Cafarnaúm y continuaron con su oficio de pescadores.

En una ocasión, Pedro y Andrés habían estado pescando durante toda la noche con sus compañeros, Santiago y Juan. Cuando llegó la mañana, ellos no habían pescado un solo pez y llegaron a la orilla con sus botes vacíos y se pusieron allí a lavar y remendar sus redes para la noche siguiente.

Entonces Jesús se acercó a Pedro y le dijo que salieran a lo profundo del lago y echaran allí las redes para pescar. Esa petición fue demasiado para Pedro. Él sabía que Jesús era un carpintero de Nazareth. ¿Qué sabría un carpintero acerca de pescar? Ningún pescador experto desperdiciaría su tiempo tratando de pescar a mitad del día. Pero si Jesús insistía, Pedro lo haría y le probaría su error.

Tan pronto como Pedro y Andrés echaron sus redes al agua, supieron que tendrían éxito. Cuando empezaron a recoger las redes, la cantidad de peces era tal que empezaron a romperse. Rápidamente le hicieron señas a Juan y Santiago que estaban en la orilla, para que se acercaran con su bote y les ayudaran con la abundante pesca.

Ambos botes pronto quedaron llenos al punto que el peso del pescado casi los hizo hundirse. Por donde se mire, esta pesca fue milagrosa. Ellos necesitarían mucha ayuda para vaciar los botes y procesar el pescado para el mercado. Los ingresos que estos pescadores lograrían con esta pesca serían extraordinarios. Con este sobrenatural regalo de Dios, ellos podrían sostener a sus familias en el futuro inmediato.

Una Nueva Clase de Pesca

Aunque Jesús recientemente le había dado a Pedro el nuevo nombre de *Roca* (Pedro), este discípulo no había demostrado una fe tan firme como

una roca en Cristo. Sus palabras estaban marcadas por el escepticismo: “*Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada. Pero como tú me lo mandas, echaré las redes*” (Lucas 5:5). Y ahora estas palabras lo perseguían porque no había sido un hombre de fe, sino de duda.

Simón Pedro comprendió que Jesús no era un ser humano común, sino alguien que tenía un poder divino. Cuando Pedro y sus compañeros vieron todo el pescado, él estaba abrumado y cayó de rodillas en una postura de adoración, exclamando: “*¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!*” (Lucas 5:8). El contraste de un pescador dudoso y pecador con un Jesús santo y sin pecado era demasiado para Pedro, que temblaba con un temor reverente. Él y sus compañeros entendieron que el carpintero de Nazareth era de naturaleza divina, el Hijo de Dios, el Mesías.

En la sagrada presencia del divino Jesús, Pedro el pecador experimentó un fuerte temor. Él entendió que Jesús estaba en pleno control y gobernaba incluso al pescador del Lago de Galilea. Era Jesús y no Pedro quien sabía todo acerca del oficio de la pesca.

Jesús no pronunció palabras de rechazo ni de despedida. Por el contrario, le dijo a Pedro que no temiera y le habló en el lenguaje de los pescadores: “*Desde ahora serás pescador de hombres*” (Lucas 5:10). Ese fue un vuelco dramático en la vida de Pedro, porque significaba que él dejaría su oficio de pescador para convertirse en un discípulo de Jesús de tiempo completo. Y no sólo Pedro, sino también sus compañeros, Andrés, Santiago y Juan, dejaron sus botes, redes, familias y fuentes de ingreso para seguir a Jesús.

¿Por qué Jesús le dijo a este hombre que ellos serían pescadores de hombres? ¿No habría sido mejor si Él los hubiera llamado a ser pastores de ovejas o sembradores de semillas? El término *pastor* evoca la imagen de una persona que se dedica al tierno cuidado de las ovejas, carneros y corderos de su rebaño. De la misma manera, alguien es llamado *pastor* cuando cuida de los miembros de su congregación. Un pastor puede predecir con un alto grado de certeza el crecimiento de su rebaño cuando los corderos nacen. Él puede contar con ese crecimiento para su ingreso anual.

Jesús podía haber usado el término *Sembradores de la Palabra*, porque los siervos de Dios se dedican en el Día del Señor semana tras semana, a explicar las Escrituras. Y nuevamente, alguien que siembra en el momento apropiado, puede razonablemente asegurarse una buena cosecha. La cantidad de la cosecha puede variar dependiendo de las condiciones climáticas, infecciones y la eficacia de los fertilizantes y pesticidas, pero los agricultores siempre recogen una cosecha.

Los pescadores no siempre tienen una buena pesca. Cuando Jesús le dijo a Pedro y a sus compañeros, “[*Yo*] los haré pescadores de hombres” (Mateo 4:19), Él no les garantizó que tendrían éxito. Ellos no tenían esa certeza y, por lo tanto, tendrían que depender totalmente de que Dios bendijera sus labores. Dios los enviaría a enseñarle a la gente las Escrituras y llevarla a Cristo. Su predicación, sin embargo,

no siempre terminó en la fundación de una iglesia. Pablo trató de llevar el Evangelio a la gente de Atenas, pero tuvo que dejar la ciudad sin haber ganado un significativo grupo de seguidores.

Jesús les dijo a sus discípulos en su primera misión que podían recibir oposición al tratar de evangelizar a la gente y que, si alguien o una familia no los recibía, se sacudieran el polvo de sus pies y dejaran esa casa o ciudad. Jesús los estaba enviando como a ovejas entre lobos. Pero quienes estuvieran dispuestos a escuchar la Palabra de Dios, recibirían la bendición de la paz de Dios llenando sus hogares.

Aplicación

Cuando una iglesia envía misioneros, sus miembros deberían sostenerlos financieramente y comprometerse a apoyarlos diariamente en oración. Sin ese compromiso, la obra misionera sufre y a menudo fracasa. Las fuerzas del reino de Satanás son poderosas y están determinadas a frustrar la obra de Dios. Los predicadores y misioneros deberían poner toda su confianza en Dios, quien es el que los envía con el Evangelio de paz y los hace victoriosos en el Señor. Él les dará resultados tangibles.

El crecimiento de la iglesia es más obstaculizado cuando la gente deja de orar por los pastores, evangelistas, misioneros y maestros de la Palabra. Por el contrario, la iglesia crece y se desarrolla sólo si el pueblo de Dios cree plenamente y ora y trabaja consistentemente.

Pedro, el Líder

Mateo 16:13-20

El Líder de la Manada

Casi desde el principio de su discipulado, Pedro mostró un talento natural para ser un líder. Las listas de los Doce en los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas y en el libro de los Hechos de los Apóstoles, siempre ponen a Pedro al principio. Incluso en la combinación de los nombres de Pedro y Pablo, el nombre de Pedro siempre va primero. Su nombre aparece más que cualquier otro de los discípulos en los cuatro Evangelios y en Hechos.

Jesús escogió a Pedro y a los hermanos Santiago y Juan para formar su círculo íntimo entre los doce discípulos. Este círculo íntimo estuvo con Él en ocasiones específicas cuando Él mostró su divino poder y origen. Él les pidió que lo acompañaran en la habitación de la hija de Jairo, que había muerto. Ellos estuvieron con Él en el momento de su transfiguración. Y en el Jardín de Getsemaní, Jesús les pidió que estuvieran alerta y oraran.

Pedro no dudó en confesar la identidad de Jesús. Tomemos como ejemplo, el incidente de la tormenta en el Lago de Galilea. Después de haber alimentado a una multitud de cinco mil personas cerca al lago, Jesús les pidió a sus discípulos que se adelantaran en un bote, mientras Él se quedaba a orar. El lago estaba embravecido, con grandes olas y fuertes vientos y los discípulos, habiendo remado toda la noche, aún no habían podido llegar a la orilla. Entonces vieron a Jesús caminando hacia ellos sobre las olas. Ellos estaban aterrados, pero se acercaron y Jesús les dijo que se calmaran y que no tuvieran miedo.

Al ver a Jesús caminar sobre el agua, Pedro le preguntó si él también podía hacerlo. Cuando Jesús lo invitó a ir, Pedro se levantó y caminó sobre las olas. Pero en el momento en que él dejó de mirar a Jesús, se hundió en el agua y gritó: “*¡Señor, salvame!*” (Mateo 14:30). Jesús lo tomó de la mano, lo sujetó y lo reprendió por su falta de fe. Pedro y los discípulos estaban abrumados por el poder que Jesús demostró sobre la naturaleza y lo adoraron diciendo: “*Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios*” (Mateo 14:31).

La Confesión de Fe de Pedro

Tiempo después, mientras Jesús viajaba a través del Norte de Israel, Él preguntó a sus discípulos: “*¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?*” (Mateo 16:13). Jesús siempre se refirió a sí mismo como el Hijo del Hombre y nunca como el Hijo de Dios, porque Él sabía que, si lo hacía, la jerarquía religiosa lo acusaría de blasfemia. Él había hecho muchos milagros, predicado en varias sinagogas y enseñado a grandes multitudes de personas. Por medio de estos milagros, Él había

demonstrado su divino poder. Ahora había llegado el tiempo de preguntar a sus discípulos si la gente sabía quién era Él.

Las respuestas que los discípulos le dieron a Jesús incluían a Juan el Bautista, Elías, Jeremías y otros profetas. Según el profeta Malaquías, en el Antiguo Testamento, Elías volvería como un precursor del Mesías. Malaquías no quiso decir que Elías prepararía personalmente el camino para el Mesías. Él usó el nombre en sentido figurado. Jeremías fue uno de los grandes profetas del Antiguo Testamento cuyo regreso era esperado por algunas personas, pero él aún no había vuelto.

Lugo Jesús les preguntó puntualmente a los discípulos cómo lo identificaban ellos a Él: “*Y ustedes, ¿Quién dicen que soy Yo?*” (Mateo 16:15). Ellos tenían la respuesta en la punta de sus lenguas, pues ellos lo habían llamado “Hijo de Dios” cuando Él sujetó a Pedro en el agua en aquella noche tormentosa. Simón Pedro se convirtió en su vocero y dijo: “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Mateo 16:16). Este fue el momento más admirable de Pedro.

Jesús respondió señalando a Dios Padre: “*Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en el cielo*” (Mateo 16:17). Como vocero de los discípulos, Simón justificaba ahora el nombre que Jesús le había dado. Ahora él había demostrado una fe sólida como de roca en Cristo su Salvador, aunque Jesús señaló que la confesión en sí misma provenía de Dios Padre que se la había revelado a Pedro y a los demás discípulos. Él llamó a Pedro, “*dichoso*,” lo cual significa que Dios extendía su favor a él de tal manera que una divina bendición lo cubriera.

Después de exaltar a Pedro de esta manera, Jesús le dio esta bendición adicional: “*Yo te digo que tú eres Pedro (Petros, roca), y sobre esta piedra (petra, roca) edificaré mi iglesia*” (Mateo 16:18). Jesús hizo este juego de palabras de manera intencional.

¿Qué quiso Jesús decir con esto? Si Jesús hubiera querido decir que la iglesia se edificaría sobre Pedro, Él hubiera dicho: “Tú eres Pedro y sobre ti edificaré mi iglesia.” Pero en lugar de eso, Él usó la palabra *petra* para transmitir la idea de que la firme confesión de fe de Pedro constituye el fundamento de la iglesia.

Jesús percibió en la confesión de Pedro la valentía y la firmeza que son básicas para el establecimiento del Reino de Dios en esta tierra. Él transmitió la idea de que la roca es Pedro, quien expresó su incuestionable fe en Jesús. Si Jesucristo es el fundamento de la iglesia, Pedro y los otros apóstoles fueron su subestructura. Esta subestructura apostólica es la roca sobre la cual la iglesia está construida y Pedro obra como el líder de los apóstoles.

Jesús le dijo a Pedro que “*las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella* (la iglesia).” (Mateo 16:18). Figurativamente, “*las puertas del reino de la muerte*” significan los poderes de Satanás que buscan destruir la iglesia. Pero Jesús dice que no podrán hacerlo. Él puede matar a los seguidores de Cristo, pero

sabe que otros muchos tomarán su lugar. Atrapar a la iglesia es como atrapar mercurio con la mano desnuda; se dispersa y rueda por muchos lugares.

Aplicación

Pedro, como representante y líder de los discípulos, recibió las llaves del reino de los cielos. Las llaves obran como símbolos de autoridad por las que las puertas pueden ser abiertas y cerradas. Las llaves son en primer lugar, la proclamación del Evangelio, y, en segundo lugar, la exclusión de cualquier cosa contraria a la enseñanza y conducta cristiana. La predicación del Evangelio abre el camino a Dios Padre y el ejercicio de la disciplina lleva a la exclusión de todo lo que es ofensivo.

Cuando la enseñanza de las Buenas Nuevas lleva a los pecadores al arrepentimiento y la fe, el camino al cielo es abierto de par en par. Pero cuando la gente peca intencionalmente en contra de Dios y su Palabra revelada, el cielo permanece cerrado.

Hoy es el día de gracia en el que Dios nos da a conocer su salvación; este es el tiempo de escoger la vida y no la muerte.

El Fracaso de Pedro

Mateo 16 y 26

De lo Alto a lo Bajo

Aunque fue llamado un hombre de fe, Pedro no fue siempre firme y muchas veces fue el campeón de los desaciertos. Inmediatamente después de haber dicho las memorables palabras respecto a la identidad de Jesús, él falló totalmente en ser un discípulo obediente, por lo que necesitó ser reprendido y corregido. De igual manera que Pedro refleja nuestra inconsistencia espiritual, tenemos en él un espejo nuestro y sabemos que hay esperanza cuando Jesús nos rescata.

La contraparte de una experiencia en la cumbre es un profundo pozo de desánimo. Si la confesión de Pedro, “*Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente*” (Mateo 16:16), es la cumbre, su intento de reprender a Jesús es ese profundo pozo de desánimo. En la primera, Dios Padre fue quien guió a Pedro, en tanto que, en la otra, Satanás lo influenció. Pero Jesús permaneció en pleno control de la situación y le enseñó a Pedro y a los demás discípulos lo que un seguidor de Jesús debía hacer.

Después de admitir la confesión de Pedro de que Él era el Cristo, Jesús les dijo a sus discípulos lo que el futuro tenía reservado para Él en el cumplimiento de su papel como Mesías. Él les explicó que debía ir a Jerusalén y que allí sufriría muchas cosas a manos de los líderes religiosos, que lo juzgarían con crueldad y luego lo matarían, pero que al tercer día resucitaría.

Los doce estaban sorprendidos de escuchar a Jesús hablar acerca de sufrir y ser asesinado. Ellos estaban demasiado atónitos para comprender sus palabras acerca de resucitar de la tumba. Sería necesario repetírselo muchas veces antes de que la realidad de la muerte y la resurrección de Jesús tuviera sentido para ellos. Cuando de hecho vieron a Jesús resucitado, ellos salieron como sus apóstoles a proclamar la resurrección como la base de la fe cristiana.

Pero Pedro pensó precipitadamente que su tarea era llevar a Jesús aparte para amonestarlo. Aunque su intención era buena, él se colocó a sí mismo por encima de su Maestro, como si Jesús necesitara ser reprobado por él. Pedro empezó a reprender a Jesús diciéndole: “*;De ninguna manera, Señor! ¡Esto no te sucederá jamás!*” (Mateo 16:22). Pedro, de hecho, trató de convencer a Jesús de que sus comentarios acerca de sufrir y morir eran inaceptables.

Jesús escuchó la voz de Satanás en la amonestación de Pedro. Satanás lo había llevado a una alta montaña para mostrarle todos los reinos del mundo y su gloria y luego le había dicho: “*Todo esto te daré si te postras y me adoras*” (Mateo 4:9). En respuesta, Jesús lo reprendió y le dijo: “*;Vete, Satanás!*” (Mateo 4:10).

Ahora, dirigiéndose a Pedro y al resto de los discípulos, Jesús usó las mismas palabras: “*;Aléjate de mí, Satanás!*” (Mateo 16:23). Él sabía que Satanás usaba la mente y la boca de Pedro para tratar de disuadirlo de ir a la cruz a cumplir su tarea mesiánica. Aunque Jesús estaba delante de Pedro, Él se dirigió a Satanás y le dijo: “*Quieres hacerme tropezar; no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres*” (Mateo 16:23).

Si por un momento Jesús hubiera considerado las palabras de Pedro, Él habría caído en la trampa de Satanás y no hubiera podido ser más el Mesías. En consecuencia, Pedro nunca se hubiera podido librar de la maldición del pecado y la culpa. En el plan de Dios, Jesús tenía que ir a la cruz, sufrir, morir y resucitar de entre los muertos para redimir a su pueblo.

El tiempo había llegado para que Jesús les mostrara a los Doce cómo ellos podían ser sus discípulos. Ellos tenían que negarse a sí mismos, tomar su propia cruz y seguirlo. Pedro aprendió esa lección y la aplicó en el servicio a su Señor. Como apóstol, él siguió los pasos de Jesús y después, según la tradición, murió en una cruz con la cabeza hacia abajo. Él se negó a sí mismo para que Jesús pudiera recibir la gloria.

La Triple Negación de Pedro

Pedro tuvo que aprender por la vía difícil la lección acerca de seguir a Jesús. En respuesta a las palabras de Jesús de que en la víspera de su crucifixión todos sus discípulos lo abandonarían, Pedro declaró enfáticamente que, aunque todos desertaran, él nunca lo haría. Entonces Jesús le dijo que esa misma noche, antes que el gallo cantara, él lo negaría tres veces. Nuevamente Pedro abrió su boca y declaró enfáticamente: “*Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré*” (Mateo 26:35). Pedro no estaba solo, pues todos los demás dijeron lo mismo. Habría sido mejor si él hubiera observado la regla: “Nunca digas nada a menos que estés completamente seguro.” Muy rápidamente y en por ocasiones, él declaró enfáticamente que nunca abandonaría o negaría a Jesús.

Cuando Jesús les enseñó a los Doce cómo ser discípulos, les dijo que tenían que negarse a sí mismos, tomar cada uno la cruz que debía llevar y seguirlo. Ahora Jesús les repetía el mismo verbo, *negarse*, y le decía a Pedro que antes que el gallo cantara anunciando el nuevo día, Pedro lo habría negado tres veces.

En total desacuerdo con la predicción de Jesús, Pedro vehementemente declaraba que él jamás lo negaría. En ese mismo contexto, Pedro escuchó a Jesús decir que Él había orado por él para que su fe no fallara. Satanás le había pedido a Dios permiso para zarandear a los Doce como si fueran trigo.

Jesús había extendido el cuidado pastoral a Pedro e incluso insinuó reincorporarlo luego de que él lo hubiera negado tres veces. Jesús dijo que después que Pedro se hubiera vuelto a Él y reconociera su pecado, él debería fortalecer a sus hermanos.

En el Jardín de Getsemaní, Jesús le pidió a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo vigilar y orar, pero los tres se durmieron mientras Jesús oraba. Cuando regresó con ellos, Jesús los regañó por no haber podido permanecer despiertos siquiera una hora. Él los exhortó a estar alerta y orar para no caer en tentación. Cuando regresó con ellos por segunda vez, Jesús los encontró aún durmiendo y les ordenó levantarse porque se acercaba la hora en que iba a ser traicionado.

Mientras el Sumo Sacerdote, Caifás, interrogaba a Jesús, Pedro entró al patio y se acercó a una fogata que los siervos y soldados habían encendido esa fresca noche para calentarse. La criada que lo había dejado entrar le dijo: “*Tú también estabas con Jesús de Galilea*” (Mateo 26:69). Pero en presencia de todos los siervos y oficiales, Pedro dijo: “*No sé de qué estás hablando*” (Mateo 26:70). PÚblicamente declaró que no tenía nada que ver con Jesús.

Pedro se alejó de allí y fue a la entrada, donde otra criada lo identificó como uno de los discípulos del Nazareno. Una vez más, Pedro negó conocer a Jesús y lo confirmó con un juramento. Él llamó a Jesús “*ese hombre*,” para indicar que no había escuchado de Él.

Pero el acento de Pedro lo traicionó y lo identificó como galileo, así que los que lo observaban dijeron: “*Seguro que eres uno de ellos; se te nota por tu acento*” (Mateo 26:73). Él trató de defenderse echándose maldiciones y gritando: “*¡A ese hombre ni lo conozco!*” (Mateo 26:74). Entonces de repente un gallo cantó, como Jesús lo había predicho. Y Pedro recordó las palabras de su Maestro: “*Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces*” (Mateo 26:34).

A pesar de las enfáticas declaraciones de Simón Pedro de que defendería a Jesús pasara lo que pasara, él había repudiado a su Maestro tres veces en frente de todos en el patio del Sumo Sacerdote. Y aún así, Jesús abrió el camino al arrepentimiento al hacer que Pedro recordara su advertencia. Simón salió de allí y lloró amargamente, derramando lágrimas de contrición y vergüenza.

Pedro había sido un fracasado durante los tres años que él siguió a Jesús. Le faltó fe para caminar con Jesús sobre las aguas del Lago de Galilea; reprendió a Jesús por predecir su juicio y su muerte; dijo que lo defendería aun si tuviera que morir por Él, pero en lugar de eso, él huyó y lo negó tres veces.

Aplicación

Haber negado a Jesús, llevó a Pedro al arrepentimiento. Él volvió con los demás discípulos llorando amargamente y admitió ante ellos que él había negado a Jesús. Admitir la culpa trajo el perdón y de hecho su reincorporación.

Podemos relacionarnos con Pedro, porque también pecamos contra Jesús y nuestro prójimo. Aunque nos cubramos en un silencio culpable, sabemos muy bien que debemos confesar nuestro pecado. Somos incapaces de mirarnos unos a otros a los ojos hasta que reconocemos que hemos fallado y le pedimos a la parte injuriada que nos perdone.

¡Qué alivio cuando el pecado es perdonado y las relaciones son restauradas! El recuerdo de nuestro pecado persiste, pero la carga de la culpa ha sido removida. Damos un giro de 180° al abandonar los pecados del pasado y dedicar nuestra vida a la gloria de Dios y al bienestar de otros.

La restauración de Pedro

Juan 21

Sin Rumbo, de Nuevo a Pescar

Después de resucitar de entre los muertos, Él ordenó a sus discípulos regresar a Galilea, donde se encontraría con ellos y les daría más instrucciones.

Cuando los discípulos llegaron a Cafarnaúm y Bethsaida, volvieron a sus antiguas ocupaciones. Pedro empezó a pescar e invitó a sus compañeros a ir con él. Seis de ellos lo acompañaron: Tomás, Natanael, Santiago, Juan y otros dos cuyos nombres no son mencionados.

Volver a su antigua ocupación parecía una regresión. ¿No deberían ellos estar dedicados a evangelizar las ciudades, pueblos y aldeas de Galilea y Judea? De hecho, Jesús quería verlos en Galilea y enviarlos como sus apóstoles. Pero antes de comisionarlos, Él tenía que restaurar a Pedro como pastor espiritual y supervisor de la Iglesia.

Después de pescar durante toda la noche sin resultado alguno, los discípulos se dirigieron a la playa. Ellos vieron a alguien parado en la orilla, pero no se dieron cuenta de que ese hombre era Jesús. Él les gritó a ellos: “*Muchachos, ¿No tienen algo de comer?*” Ellos dijeron, “*No*” (Juan 21:5). Entonces Él les dijo que echaran la red a la derecha de la barca y pescarían algo. Ninguno objetó la orden de aquel extraño. Cuando ellos echaron la red, atraparon tal cantidad de pescado, que no podían sacar la red y la arrastraron hasta la orilla,

Mientras se acercaban a la orilla y la niebla de la mañana empezaba a disiparse, Juan reconoció a Jesús y alertó a Pedro. Cuando Pedro se dio cuenta de que aquel extraño era el Señor, no pudo esperar para estar cerca de Él. Se puso su ropa y saltó al agua, dejando que los otros sacaran la red y el bote a la orilla.

Pedro nadó directo a Jesús y vio que Él tenía el desayuno listo para ellos. Jesús había preparado unas brasas sobre las que había colocado un pescado y un pan. Jesús les pidió a sus discípulos que le dieran algo del pescado que habían atrapado para hacerles una buena comida. Simón Pedro subió al bote y ayudó a los demás a arrastrar la red hasta la orilla. Uno de ellos empezó a contar y encontró ciento cincuenta y tres peces grandes en la red. Luego Jesús los invitó a desayunar.

Simón y los demás discípulos se dieron cuenta de que Jesús no estaba enseñándoles a atrapar peces sino a pescar gente para su Iglesia y su reino. Al principio de su discipulado, algunos de ellos habían presenciado una extraordinaria pesca y Jesús les había dicho en ese tiempo, “desde ahora, ustedes pescarán hombres en vez de peces.” Esa vez la red se rompió, mientras que en esta ocasión permaneció intacta. La red del Evangelio de Cristo acogerá a un sinnúmero de personas y aún así, no se romperá.

Ninguno de sus discípulos se atrevió a pedirle a Jesús que se identificara, pues ellos sabían que Él era el Cristo resucitado. Ellos estaban un poco desconcertados acerca de cómo relacionarse con Él ahora. Cuando Él se reunió con ellos la noche siguiente a su resurrección, le dieron un pedazo de pescado asado. Él lo comió para probarles que tenía un cuerpo de carne y hueso. Ahora nuevamente, Él comió con sus discípulos para mostrarles que, aunque Él había resucitado de entre los muertos, su cuerpo era real.

Pedro, el Apóstol

Simón Pedro se había reunido personalmente con Jesús el Domingo de Resurrección, luego, esa tarde, en el Aposento Alto, y nuevamente, una semana después. Él lo había escuchado decir a los discípulos que estuvieron presentes: *"Como el Padre me envió a Mí, así Yo los envío a ustedes"* (Juan 20:21).

Pero la relación personal de Pedro con Jesús tenía que ser restaurada. Su negación del Señor nunca había sido resuelta en presencia de sus compañeros. Cuando él negó conocer a Jesús en el patio del Sumo Sacerdote, él perdió su derecho a ser un apóstol. En ese patio, Pedro estaba calentándose en una fogata. Ahora en la orilla del Lago de Galilea, Jesús había preparado una fogata para asar un pez. Con estos sorprendentes símbolos, Él procedió a restaurar a Simón, preguntándole: *"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?"* (Juan 21:15).

El ambiente de esta escena después del desayuno era solemne. Jesús escogió a Pedro entre los siete discípulos que estaban presentes y delante de todos puso el tema de la penitencia de Pedro. Él se dirigió a Simón por su nombre mientras los demás escuchaban. Tres veces Jesús le hizo a Pedro la misma pregunta, recordándole que tres veces él lo había negado.

La primera pregunta que Jesús le hizo fue, *"Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?"* (Juan 21:15). ¿Estaba Jesús preguntando si Pedro lo amaba más de lo que los demás lo amaban? ¿O quiso saber si Pedro lo amaba más a Él que a los demás discípulos? La respuesta en ambos casos es “sí,” pero la primera pregunta se vuelve prioritaria en función de la posición de liderazgo de Pedro. Simón se había puesto por encima de los demás cuando había dicho, *"Aunque todos te abandonen, yo jamás lo haré"* (Mateo 26:33). Ahora Jesús le preguntaba si Pedro tenía un mayor grado de amor por Él que los demás.

El momento de la verdad había llegado para Pedro. Su respuesta fue breve, pero salió de su corazón: *"Sí Señor, Tú sabes que te quiero."* Jesús respondió: *"Apacienta mis corderos"* (Juan 21:15). El cambio de ser un pescador a ser un pastor debe ser visto en el contexto de las palabras de Jesús: *"Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas"* (Juan 10:11). El mensaje implícito demandaba de Pedro el mismo amor que Jesús había mostrado con su muerte en la cruz.

Antes, Simón había declarado solemnemente: “*Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré*” (Mateo 26:35). Jesús lo llevó a sus propias palabras y le dijo que alimentara a los corderos espirituales en la Iglesia. Él tuvo que dejar atrás su bote y sus redes; Jesús lo llamó totalmente al ministerio en el que debía obrar como un pastor para el rebaño.

Luego Jesús le preguntó a Simón por segunda vez, “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” (Juan 21:16). Cuán desgarrador debió haber sido para Pedro oír a Jesús hacerle la misma pregunta, omitiendo esta vez la frase comparativa “más que estos.” Esta omisión hizo la segunda pregunta más personal. Pareciera casi como si el Señor tuviera un poco de reserva en la respuesta que Pedro le había dado.

¿Pedro seguiría a Jesús en el ministerio de la Palabra de Dios sin titubeos, aún si le costara su vida? Pedro le respondió a su Señor sin dudar, usando las mismas palabras que había usado la primera vez: “*Sí Señor, Tú sabes que te quiero.*” Nuevamente las palabras salieron del fondo de su corazón. Jesús le dio el encargo: “*Cuida de mis ovejas*” (Juan 21:16).

Una vez más, Jesús concentró su atención en el papel que le había dado a Pedro como apóstol. Este encargo fue el corazón del ministerio de Simón. En una de sus epístolas, él ordena a los ancianos cuidar como pastores del rebaño de Dios que está a su cargo. Y agregó que cuando aparezca el Pastor supremo, ellos recibirán una inmarcesible corona de gloria (1 Pedro 5:2-4).

Y por tercera vez Jesús preguntó: “*Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?*” (Juan 21:17). A Pedro le dolió que Jesús le preguntara por tercera vez si lo quería. ¿Acaso Jesús dudaba de su compromiso de amarlo y servirlo con todo su corazón, alma y mente? Pedro le respondió: “*Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te quiero*” (Juan 21:17).

Pedro reconoció que Jesús, en su divinidad, sabía todas las cosas. Él confesó que Jesús conocía plenamente su amor por Él. Entonces Jesús le dio un tercer encargo, en el cual se combinaban los primeros dos: “*Apacienta mis ovejas*” (Juan 21:17). Él debía darles a los miembros de la Iglesia alimento espiritual. Si ellas se extraviaban, él debía traerlas de vuelta al redil y ser su tierno y amoroso pastor.

De esta manera Jesús restauró a Pedro en su cargo de apóstol: “*Como el Padre me envió a Mí, así Yo los envío a ustedes*” (Juan 20:21). Ahora él podía ser un embajador de Jesús, pararse delante de miles de judíos en Pentecostés, predicar en el Pórtico de Salomón, llamar a los miembros del Sanedrín a la salvación en Jesús y llevar el Evangelio de Cristo a los gentiles de Cesárea. Él fue en verdad un valiente siervo de su Señor y Maestro, Jesucristo.

Aplicación

Después de que Pedro fue restaurado, él mostró un latente talento para dirigir a sus compañeros, los apóstoles, y asumir un papel de liderazgo en el desarrollo de la Iglesia en Jerusalén. Él se dirigió con destreza a los miembros del Sanedrín y

enfáticamente les dijo que, para ser salvos, ellos tenían que creer en Jesús, pues su nombre era el único bajo el cielo que llevaba a la salvación. Pedro probó ser un ejemplo de valor, audacia, sagacidad y prudencia.

Jesús dio a sus apóstoles el encargo de ser sus testigos desde Jerusalén hasta los confines de la tierra. Y este divino mandamiento es válido para todos los cristianos. Donde quiera que el Señor nos haya colocado en la vida, debemos dar testimonio de Él. Esto requiere audacia y buen juicio de nuestra parte. Algunas veces debemos hablar enfáticamente de Cristo. En otras ocasiones, nuestra actitud y nuestros actos hablan más que las palabras.

Juan

Juan 1:29-39 • Juan 13:1-30 • Juan 20:1-23

El Distintivo de Juan

En muchos países alrededor del mundo, el nombre de Juan se menciona en numerosas lenguas. Estas son sólo algunas: Ian, Iván, Jean, John, Jan y Johan. El nombre de Juan es muy común en el Nuevo Testamento y se deriva del hebreo Johanan, que significa “para quien el Señor tiene gracia,” o, “a quien el Señor ha dado con gracia.”

El padre de Juan era Zebedeo y su madre Salomé, quien era hermana de la madre de Jesús, María; en consecuencia, Jesús y Juan eran primos. Esta relación de sangre llegó a ser tremadamente importante cuando Jesús, dirigiéndose desde la cruz tanto a Juan como a su madre, le encargó a él que cuidara de María.

Jesús les dio a Santiago y a Juan el nombre de Boanerges (Hijos del Trueno). Este nombre reflejaba su carácter, como se observa en el incidente cuando Jesús viajaba con sus discípulos a través de Samaria camino a Jerusalén y ellos quisieron pasar la noche en cierta aldea, pero los samaritanos no los recibieron. Este desaire enfureció a Santiago y a Juan a tal grado que le pidieron a Jesús que hiciera caer fuego del cielo para destruir a esta gente. Pero Jesús no los escuchó y, por el contrario, los reprendió y se fueron a la siguiente aldea.

Desde el momento en que Juan se volvió un discípulo de Jesús, mostró una particular intuición espiritual y después de haber aprendido mucho de su Señor, llegó a ser un apóstol devoto y maduro. No obstante, él tuvo que aprender a no enfocarse en sus propios deseos e inclinaciones sino en Jesús. Tanto Santiago como Juan, por medio de su madre, le preguntaron a Jesús si ellos podían sentarse a su derecha e izquierda cuando Él entrara en la gloria de su reino, pero Jesús rechazó esa petición y les dijo que no estaba en Él sino en el Padre asignar esos lugares.

El cuarto Evangelio describe a Juan como un leal seguidor de Jesús. Junto con su hermano y Pedro, perteneció al círculo íntimo de Jesús y tuvieron el privilegio de presenciar a Jesús resucitar a la hija de Jairo, la transfiguración de Jesús en el monte y la agonía de Jesús en el Jardín de Getsemaní.

Juan correspondía al amor del Señor e incluso se describe a sí mismo como el discípulo a quien el Señor amaba. Él presenció la crucifixión de Jesús y fue el primero de sus discípulos en ver su tumba vacía. La mente de Juan era tan profundamente religiosa como cautivadoramente simple. Él conocía a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, del cual hizo el tema recurrente de su Evangelio. Él describe el misterio de la deidad y la humanidad de Cristo, pero deja la resolución de su ambigüedad a sus lectores.

Él ve todo en términos de contraste: lo bueno y lo malo, el amor y el odio, el cielo y la tierra, la luz y la oscuridad, y, la vida y la muerte. Sin embargo, sus escritos despliegan una profundidad similar a la de un océano al tiempo que reflejan la simplicidad de un niño. Un niño puede leer y entender rápidamente las palabras de Juan 3:16, pero a un teólogo erudito se le dificulta interpretar plenamente este texto.

Juan como Evangelista

Juan es un modelo de modestia, pues a través de todo su Evangelio nunca se refiere directamente a él o a su hermano Santiago. Sólo en el último capítulo menciona a los hijos de Zebedeo. Como no hay referencia a Juan hijo de Zebedeo en todo el Evangelio, no fue necesario identificar a Juan el Bautista sino simplemente referirse a él como Juan. Los otros tres escritores de los Evangelios distinguieron cuidadosamente estos dos nombres.

En el primer capítulo, el autor aparece para decir que él fue discípulo de Juan el Bautista. Él menciona a dos de los discípulos de Juan, de los cuales Andrés fue uno. Ellos vieron y escucharon al Bautista señalar a Jesús y decir, “*¡Aquí tienen al Cordero de Dios!*” (Juan 1:29, 36). Luego estos dos discípulos siguieron a Jesús, quien se volvió y les preguntó: “*¿Qué buscan?*” (Juan 1:38). Ellos querían saber dónde vivía y Él los invitó a venir y ver. Ellos pasaron el resto del día con Jesús, de quien ellos aprendieron que era el tan esperado Mesías. Juan cambió de maestro, dejando a Juan el Bautista y volviéndose un compañero cercano de Jesús.

Juan guardó mentalmente las palabras y los actos de Jesús, pudiendo escribir su Evangelio sin referirse a él mismo, pero confirmando claramente que él era un testigo ocular. Cuando Jesús convirtió el agua en vino en las Bodas de Caná, Juan se fijó que había seis tinajas de piedra de las que se usaban en las ceremonias de purificación y que en cada una cabían unos cien litros.

Cuando Jesús alimentó a los cinco mil, Juan se fijó en la clase de pan que el muchacho con los panes y los peces tenía: era pan de cebada, un pan barato comido por gente pobre. Cuando los discípulos trajeron de cruzar el lago para ir a Cafarnaúm en medio de una fuerte tormenta, Juan sabía la distancia que ellos habían remado: cinco o seis kilómetros.

Juan estaba en la casa de María, Marta y Lázaro, seis días antes de la Pascua. Él presenta un relato preciso del incidente en el que María ungíó los pies de Jesús con un perfume costoso y luego los secó con sus cabellos. Juan narra que toda la casa estaba llena de la fragancia. Además, él es precisamente quien registra las palabras de Judas Iscariote, que objetó el regalo de María y lo llamó un desperdicio de dinero.

En la playa del Lago de Galilea, Juan se da cuenta de que el bote estaba sólo a escasos cien metros de la orilla, cuando los discípulos estaban remolcando la red llena de peces. Y él es incluso quien da la cuenta exacta de la gran pesca: ciento

cincuenta y tres. Nuevamente, aquí está la voz de un escritor que indirectamente hace saber que él estuvo presente en el suceso.

El Discípulo Amado de Jesús

En cinco ocasiones, Juan se identifica a sí mismo como el discípulo amado de Jesús. Primero, Jesús celebraba la Pascua con sus discípulos cuando les hizo saber que uno de ellos lo traicionaría. Simón Pedro, que estaba sentado cerca de Juan, le pidió que preguntara de quién estaba hablando. Juan le preguntó a Jesús, “*Señor, ¿Quién es?*” (Juan 13:25). Y Jesús dijo que Él mojaría un pedazo de pan en el plato y se lo daría al que lo traicionaría, llamado Judas Iscariote.

Después, desde la cruz, Jesús se dirigió a María y al discípulo a quien amaba y le encargó que cuidara de ella como si fuera su madre.

Tercero, en la mañana del Domingo de Resurrección, María Magdalena había ido a la tumba y encontró que la piedra había sido removida e inmediatamente se lo informó a Simón Pedro y al discípulo que Jesús amaba. Ellos corrieron a la tumba, pero Juan, que era más joven, llegó primero. Él se inclinó, se asomó y vio allí las vendas, pero no entró. Sin embargo, Pedro entró y vio las vendas y el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús, aunque el sudario no estaba con las vendas sino enrollado en un lugar aparte. Entonces, Juan también entró, vio lo que había pasado y creyó que Jesús en verdad había resucitado.

En el relato del encuentro de Jesús con los siete discípulos en la playa de Galilea, la frase “*el discípulo a quien Jesús amaba*” aparece dos veces. Cuando estos discípulos, después de la pesca milagrosa, se acercaron a la orilla, Juan fue el primero en reconocer que Jesús estaba allí y le dijo a Pedro: “*Es el Señor!*”

Después de que hubo restaurado a Pedro, Jesús describió cómo Simón pasaría sus días como un anciano. Pedro era un hombre de mediana edad cuando fue restaurado y unos treinta y cinco años después, él tendría una muerte que glorificaría a Dios. Simón miró al discípulo a quien Jesús amaba y le preguntó al Señor: “*¿Y éste, qué?*” Jesús reprendió verbalmente a Pedro: “*Si quiero que él permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú ségueme no más*” (Juan 21:21-22).

Jesús no quiso dejar la impresión de que el discípulo amado no moriría. Por el contrario, Juan alcanzó a vivir más de noventa años y murió en la ciudad de Éfeso. Lo que Jesús quiso decir fue simplemente que preguntar acerca del futuro de alguien es algo sin importancia desde su punto de vista. Para Él, lo importante es la obediencia.

Al final de su Evangelio, Juan rehusa identificarse a sí mismo por su nombre. Él se llama a sí mismo como “*este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y las escribió*” (Juan 21:24), asegurando que son verdad. Él se revela a sí mismo como un discípulo que amó intensamente al Señor y recibió de Jesús un amor divino.

Aplicación

Juan fue el discípulo a quien Jesús amaba. Pero esto no significa que Jesús tuviera favoritismos o que haya rangos en el cielo. De todos los autores del Nuevo Testamento, el apóstol Juan se enfoca en el amor más que cualquier otro. Él es el único que enfatiza el mandamiento de Jesús: "*Ámense unos a otros como yo los he amado a ustedes*" (Juan 13:34). El amor es la principal característica de la fe cristiana.

Los seguidores de Jesús deben ser conocidos por el amor que se tienen unos por otros, porque el amor es el emblema de su discipulado. Pero si ellos no muestran esa marca distintiva, su lealtad a Dios no es más que pretensión.

Como cristianos, debemos mostrarle al mundo que estamos llenos de amor por Dios y nuestros semejantes. El mundo observa de cerca cada uno de nuestros movimientos y acciones. Cuando la gente vea que el amor de Cristo está presente en nuestras acciones, reconocerán que somos sus verdaderos discípulos. Y nosotros les mostramos a Cristo, que es la fuente de nuestro amor.

Mateo

Mateo 9:9-13 • Marcos 2:13-17 • Lucas 5:27-32

Un Despreciable Cobrador de Impuestos

Entre los amigos íntimos, él fue conocido como Leví, pero en el mundo de los negocios, su nombre era Mateo. Era hijo de Alfeo y vivía en Cafarnaúm. En la lista de los doce, él se identifica a sí mismo como Mateo, el cobrador de impuestos.

En tiempos de Jesús, ser un cobrador de impuestos no era una posición de honor entre el pueblo judío, porque significaba que estaba trabajando al servicio del odiado gobierno romano. Mateo debía cobrar los impuestos no sólo a los ciudadanos locales, sino también a los comerciantes que transportaban mercancías por el camino entre el norte y el sur. Su puesto estaba localizado en esa vía.

Los cobradores de impuestos rendían cuentas a los funcionarios del gobierno romano, pero ellos les permitían aplicar recargos que iban a sus propias arcas. Ellos tenían posiciones lucrativas a expensas de sus conciudadanos, quienes en consecuencia los despreciaban. Eran aislados de la sociedad judía y expulsados de sus sinagogas, considerados pecadores sociales y puestos en el mismo nivel de las prostitutas, llamadas pecadoras morales. Mateo era rico y vivía en una espaciosa casa que podía albergar a mucha gente en sus banquetes. Tenía muchos cobradores de impuestos a su cargo de quienes percibía ingresos adicionales.

A través de todo su Evangelio, Mateo da muestras de su oficio; por ejemplo, es el único Evangelio que registra el incidente en el que Pedro lanza el anzuelo al lago y atrapa un pez con una moneda en su boca. Esta moneda era suficiente para pagar el impuesto anual para el Templo de él y de Jesús. También al narrar la historia de los herodianos y fariseos preguntándole a Jesús si era correcto pagarle impuestos al César, sólo Mateo registra que Jesús les pidió mostrarle la moneda usada para pagar el impuesto. Los otros evangelistas dicen que Jesús la llamó un denario, que era la moneda común con la que se le pagaba a un trabajador por un día de trabajo. Además, Mateo conocía grandes sumas de dinero, como se evidencia en la parábola de Jesús del siervo despiadado que debía a su amo miles y miles de monedas de oro.

Al comienzo de su ministerio, Jesús caminaba por la vía donde Mateo tenía su puesto de recaudo. Él se detuvo y le dijo: “*¡Sígueme!*” (Mateo 9:9). Mateo se levantó y de inmediato siguió a Jesús. Pero antes de dejar su casa y su familia, él invitó a Jesús y a sus discípulos a cenar con él y los demás cobradores de impuestos. Había también otros apartados social y moralmente que habían llegado al banquete y estaban sentados a la mesa.

Como Jesús vivía en la ciudad de Cafarnaúm, Mateo y sus compañeros lo habían oído hablar y visto hacer milagros. Estas eran personas que, al ser apartadas de la

sociedad, necesitaban un pastor espiritual y Jesús llenó esa necesidad. Los fariseos criticaron a Jesús por sentarse a la mesa con esos así llamados pecadores, pero Él les replicó: “*No he venido a llamar a justos sino a pecadores*” (Mateo 9:13). Mateo abandonó su lucrativa ocupación y desde ese momento sirvió a su maestro con verdadero amor y devoción.

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar el Evangelio, sanar a los enfermos, limpiar a los leprosos, resucitar a los muertos y expulsar demonios, ellos le hicieron algunas preguntas. Mateo cuenta que Jesús les prohibió llevar oro, plata o dinero en su equipaje. De hecho, ellos debían confiar en Dios para suplir todas sus necesidades.

Un Meticuloso Evangelista

Mateo empieza su Evangelio con la genealogía de Jesús para probar el linaje real de Cristo, pues Él es descendiente del Rey David. Más que cualquier otro evangelista, Mateo enfatiza los conceptos de rey y reino a través de todo su Evangelio. Él relata la pregunta de los sabios de Oriente: “*¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos?*” (Mateo 2:2). En su Evangelio, él registra muchas parábolas del reino y concluye su libro con las palabras de entronamiento de Jesús: “*Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra*” (Mateo 28:18).

Pero Mateo describe a Jesús no sólo como rey sino también como profeta. Al probar que Jesús es el tan esperado Mesías prometido por las Escrituras, él hace el vínculo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Desempolvando numerosas citas de los profetas a través de todo su Evangelio, él confirma que en Jesús se han cumplido estas profecías mesiánicas.

Para Mateo, Jesús es el verdadero profeta en cumplimiento de la profecía de Dios a Moisés: “*Por eso levantaré entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande*” (Deuteronomio 18:18). Como judío, Mateo trata de convencer a sus conciudadanos de que Jesús, el predicador de Nazareth, es el Cristo.

Mateo destaca que Jesús es el Maestro que le explica las Escrituras al pueblo en su propio nivel. Por eso, las multitudes lo escuchaban con mucho agrado, porque Él les enseñaba como uno que tenía autoridad y no como los escribas y fariseos. Mateo logra describir a Jesús mientras camina con un manuscrito del Antiguo Testamento en su mano diciendo: “*Ustedes han oído que se dijo... pero yo les digo.*” Jesús vino como el vocero de Dios con mensajes directos para la gente. Él les trajo la Palabra de Dios.

Como discípulo de Jesús, Mateo aprendió que el Evangelio de Cristo es universal, es decir, para todos los pueblos, sin importar raza, color o género. En la genealogía de Jesús, Mateo incluye los nombres de cuatro mujeres que no descienden de judíos y de quienes sabemos menos que de su reputación. Ellas son: Tamar, Rahab, Ruth y Betsabé, a quien él lista sin nombre como la esposa de Urías.

Después del nacimiento de Jesús, llegaron los sabios de Oriente como gentiles a adorar, con regalos de oro, incienso y mirra. Jesús no pasó sus primeros años en Israel sino en Egipto.

Durante su ministerio, grandes multitudes viajaban desde las tierras gentiles de Decápolis, en la orilla oriental del Lago de Galilea, para escucharlo. Un oficial romano con el rango de Centurión le pidió a Jesús que simplemente dijera una palabra para sanar a su siervo enfermo, sin siquiera entrar a su casa. Jesús dejó Galilea y viajó al norte, a la región de Tiro y Sidón, donde sanó a la hija de una mujer gentil. Cuando Jesús cayó exhausto en su camino al Gólgota, un hombre negro de Cirene, en el norte de África, le ayudó a cargar la cruz.

Sólo el Evangelio de Mateo registra la Gran Comisión, en la que Jesús ordena hacer discípulos de todas las naciones.

Aplicación

El retrato que Mateo hace de Jesús es que Él es el Señor de todos los pueblos. Él es el Rey Majestuoso, el verdadero Profeta, el tierno Pastor, el gran Médico y el paciente Maestro. Él es sin duda el Mesías, en quien se cumplen todas las promesas de Dios.

Jesús rompe las barreras raciales, culturales y lingüísticas y une a su pueblo alrededor del mundo. Eso significa que su pueblo también debe seguir a Jesús aceptando a los demás cristianos sin importar su pasado, color y situación. Jesús enfatiza la unidad del cuerpo de Cristo, del cual somos miembros vivos.

Saulo de Tarso, el Fariseo

Hechos 7:54-8:3 • Hechos 9:1-31 • Hechos 22 y 26

Una Educación Envidiable

Pablo nació en el seno de una familia judía establecida en la ciudad de Tarso, localizada en la Provincia de Cilicia, al sureste de la Provincia de Asia Menor, que actualmente corresponde a la moderna Turquía. Su padre o abuelo había obtenido la ciudadanía romana como recompensa por ayudar a las fuerzas romanas que habían ocupado esa parte de Asia Menor. Esa recompensa estipulaba que la ciudadanía podía pasar a las siguientes generaciones. Así, Pablo nació como ciudadano romano, lo cual fue de gran beneficio para él más tarde.

Sus padres eran descendientes de la tribu de Benjamín, de la cual el Rey Saúl fue una figura prominente. Por tal motivo, llamaron a su hijo Saúl, que en hebreo se pronuncia como Saulo. Al nacer, también le fue dado el nombre griego de Pablo, el cual se usaba entre los gentiles. En su primer viaje misionero a la Isla de Chipre, Saulo vio la necesidad de que la gente lo llamara por su nombre griego, Pablo, para desarrollar de manera eficiente su ministerio entre los gentiles.

Al salir de su casa para estudiar Teología en Jerusalén, siendo aún muy joven, ya dominaba cuatro lenguas: arameo, hebreo, griego y latín. El griego lo aprendió de niño en su nativa Tarso. En su casa paterna se hablaba el arameo, en tanto que en la sinagoga aprendió el hebreo. De los romanos en su ciudad, él aprendió el latín. En Tarso había una próspera Universidad en la que se enseñaba la filosofía estoica, por lo que hay una gran posibilidad de que Pablo fuera un pleno conocedor de la cultura y las costumbres griegas.

Pablo estudió Teología en Jerusalén, bajo la dirección del reconocido maestro Gamaliel II, que era miembro de una facción moderada de los fariseos. Sin embargo, Pablo llegó a ser parte de la facción más estricta en doctrina y práctica, porque su padre también pertenecía a ella.

Pablo aprendió las Escrituras de corazón y cultivó la habilidad de interpretarlas, de tal manera que, a través de toda su vida, él pudo recitarlas de memoria y explicarlas. No es algo irreal pensar que, como estudiante en Jerusalén, Pablo había escuchado ocasionalmente a Jesús enseñar cerca del Templo en el Pórtico de Salomón. Pero, influenciado por los fariseos radicales, él rechazó resueltamente el Evangelio de Jesús. Cuando los seguidores de Jesús se empezaron a multiplicar en Jerusalén y Judea, él los arrestaba y los traía ante las autoridades judías para ser juzgados, castigados y en algunas ocasiones, ejecutados. Y Pablo aprobaba que se les enviara a la muerte.

El Camino de la Transformación

Cuando Pablo bordeaba los treinta años, empezó a asumir responsabilidades. Él participó en la lapidación de un intenso seguidor de Jesús llamado Esteban. Cuando los acusadores de Esteban empezaron a lanzar las primeras piedras, él quedó a cargo de sus mantos. Poco después de la muerte del primer mártir cristiano, Pablo se fue involucrando cada vez más en la persecución de los seguidores de Jesús. Luego, el Sumo Sacerdote lo envió a Damasco a arrestar a los que pertenecían al Camino, como se les llamaba a los cristianos. Pablo debía traerlos a Jerusalén para juzgarlos, azotarlos o ejecutarlos.

Cuando divisaron Damasco, una luz brillante del cielo lo iluminó de repente y lo hizo caer, y, escuchó una voz que lo llamaba en hebreo: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*” (Hechos 9:4).

Al sentir que una voz celestial le estaba hablando, preguntó: “*Quién eres, Señor?*” (Hechos 9:5). Él supo que el que le hablaba era Jesús, el Señor, porque él sabía que Jesús había resucitado y ascendido al cielo. Pablo batalló con algunas preguntas:

- ¿Por qué Jesús se identificó con los cristianos perseguidos?
- ¿Por qué Jesús usó el pronombre personal “me”?
- ¿Dios y Jesús eran uno en esencia?

Pablo estaba confundido, porque pensaba que estaba haciendo un favor a Dios al perseguir a los cristianos. ¿Por qué Jesús mostró su desaprobación acerca de su servicio a Dios? Él guardaba las Escrituras del Antiguo Testamento en su corazón, ávidamente defendía la pureza de la Palabra de Dios y fielmente recitaba su credo: “*Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor*” (Deuteronomio 6:4). Este credo eliminaba la doctrina de que Dios tuviera un Hijo igual a Él. Para Pablo, proclamar que Jesús era el Hijo de Dios era una blasfemia que debía ser castigada con la muerte.

Jesús le respondió a Pablo: “*Yo soy Jesús, a quien tú persigues*” (Hechos 9:5). En ese momento Pablo recordó las palabras de Esteban antes de morir: “*¡Veo el cielo abierto, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios!*” (Hechos 7:56). Y en sus momentos finales, Esteban dijo: “*Señor Jesús, recibe mi espíritu*” (Hechos 7:59). Ahora Pablo entendía que un Jesús vivo lo estaba confrontando y le hablaba en nombre de sus seguidores. Pablo pecaba contra Jesús al perseguir a los cristianos. Jesús acusó a Pablo dos veces de perseguirlo, porque Jesús y los cristianos son uno solo.

Jesús no se detuvo allí, sino que le dijo a Pablo lo que debía hacer: “*Levántate y entra en la ciudad, que allí se te dirá lo que tienes que hacer*” (Hechos 9:6). Jesús no le anticipó más detalles acerca de que se uniría a la iglesia en Damasco, que sería un apóstol y de lo mucho que tendría que sufrir por Él.

Los compañeros de Pablo oyeron la voz, pero no podían entender lo que decía. Ellos lo tomaron de la mano y lo llevaron a la ciudad, dejándolo en la casa de

Judas, que vivía en una casa de la Calle Principal. Allí permaneció por tres días sin comer ni beber. Sin poder ver, él necesitaba tiempo para reflexionar. Observe los siguientes cambios en su vida:

- Pablo, que había querido ejecutar a los cristianos en el campo, ahora estaba postrado con su rostro al piso.
- Pablo, que había querido capturar a los cristianos y llevarlos prisioneros de Damasco a Jerusalén, ahora era un prisionero de la oscuridad en Damasco.
- Pablo, que había actuado con la autoridad que le había dado el Sumo Sacerdote en Jerusalén, ahora debía romper los lazos con el Sumo Sacerdote.
- Y finalmente, Pablo, que había querido perseguir a los cristianos en Damasco, ahora debía recibir ayuda física y espiritual de estos mismos cristianos.

En medio de una brillante y gloriosa luz, Jesús confrontó a Pablo, que estaba espiritualmente ciego. Por el contrario, Pablo, que estuvo físicamente ciego por tres días, se acercó a Jesús y lo vio espiritualmente. Toda la vida de Pablo dio un vuelco total.

Después, Jesús se le apareció a un cristiano en Damasco llamado Ananías y le dijo que fuera a la casa de Judas. Allí, él tenía que preguntar por un hombre llamado Pablo, que había orado a Jesús y en una visión había visto a un hombre llamado Ananías venir a imponer sus manos sobre él para que pudiera recobrar su vista.

Las noticias de la venida de Pablo a Damasco a arrestar cristianos habían recorrido toda la región y todos los creyentes se habían preparado para los ataques en contra de ellos. Después y en medio de todas estas ansiedades y miedos, Jesús le dijo a Ananías que se fuera a encontrar a Pablo y le curara su ceguera.

Ananías le expresó sus objeciones a Jesús, pues el daño que Pablo había causado a los cristianos en Jerusalén y Judea era bien conocido. Jesús no se ofendió por eso, pero le dijo a Ananías que fuera por las siguientes dos razones: Pablo era el instrumento escogido por Jesús para llevar el Evangelio a los gentiles, reyes y al pueblo de Israel; y Pablo tendría que sufrir mucho por su nombre.

Jesús escogió a Pablo para ser el apóstol de los gentiles porque era la persona correcta para presentarlo mejor. Hablaba fluidamente el arameo, hebreo, griego y latín. Como judío, fue bien entrenado en sus estudios. Estaba completamente familiarizado con las costumbres del mundo griego y podía presentar el Evangelio en su cultura. Además, era un ciudadano romano que podía viajar libremente para propagar las Buenas Nuevas a través de todo el imperio. Él era el hombre correcto en el lugar correcto y en el tiempo correcto.

Aplicación

De todos los apóstoles de Jesús, ninguno tenía el perfil, la educación, el entrenamiento y la posición de Pablo. Ninguno aparte de Pablo habría sido capaz de servir a Dios como misionero entre los gentiles. Él plantó iglesias en varios lugares, aconsejó a judíos y gentiles, escribió cartas que son parte del Nuevo Testamento y entrenó líderes. Pablo fue un hombre preparado por Dios.

Ninguno de nosotros estamos capacitados para escribir la historia de nuestras vidas. Sin embargo, cuando miramos hacia atrás, vemos la mano de Dios dirigiéndonos, guiándonos y preparándonos. Debemos confesar que Dios en su providencia nos ha preparado para un servicio productivo en su iglesia y su reino y agradecerle por sus abundantes bendiciones.

Pablo de Tarso, El Apostol

Hechos 9:1-31 • Hechos 22 y 26

El Comienzo de Pablo como Cristiano

Después de su ascensión, Jesús ha dirigido desde el cielo el avance de su Iglesia aquí en la tierra. Él envía a sus ángeles a comunicar mensajes a su pueblo o aparece personalmente en un sueño o una visión. El Señor tiene el pleno control de su Iglesia universal.

Jesús envió a Ananías a restaurar la vista de Pablo, de tal manera que Pablo fue lleno del Espíritu Santo. También, Él se le apareció a Pablo en una visión y le confirmó que Él lo estaba enviando tanto a judíos como a gentiles y que lo rescataría de violentos ataques.

Él instruyó a Pablo en la predicación del Evangelio a los judíos y a los gentiles y abrió sus ojos espirituales rescatándolos de la oscuridad para traerlos a la luz, del poder de Satanás a Dios. Luego, Jesús en su gracia, extendería el don del perdón de los pecados a judíos y gentiles. Él les daría una herencia entre todos los que Él había santificado mediante su sacrificio expiatorio.

Inmediatamente después de su conversión, Pablo fue lleno del Espíritu Santo y enviado a las iglesias locales. Ananías preparó el camino para este nuevo discípulo que había probado que su conversión era genuina. Pablo predicó basado en las Escrituras del Antiguo Testamento, que Jesús de Nazareth cumplía las profecías mesiánicas y por lo tanto, Él era el Hijo de Dios.

Pablo debió huir de Damasco y se fue al Desierto de Arabia. Después de tres años volvió a Damasco, donde las amenazas sobre su vida eran más frecuentes que antes de que él huyera. Había llegado el momento de escapar durante la noche en una canasta por la muralla de la ciudad y regresar a Jerusalén.

Cuando Pablo llegó a Jerusalén, tuvo que enfrentar a los cristianos que había perseguido anteriormente y que sentían un terrible miedo hacia él. También, si él pensara presentarse ante el Sumo Sacerdote, sería acusado de traición a la causa judía. Él no tenía dónde llegar en la ciudad de Jerusalén.

Bernabé acogió a Pablo y lo trajo al interior de la comunidad cristiana y a la compañía de los apóstoles. Él fue un motivador que vio la mano del Señor en la vida de Pablo y de esa manera, él presentó a Pablo con Pedro y Santiago, diciéndoles que él había predicado valientemente en las sinagogas de Damasco que Jesús es el Hijo de Dios.

Pablo se quedó con Pedro y Santiago por quince días, aprendiendo de Pedro el Evangelio, las parábolas y los discursos de Jesús. Pablo conocía de corazón las Escrituras del Antiguo Testamento y comprendía que en Jesús se cumplían las profecías acerca del Mesías. Pero él no había tenido el privilegio de haber sido

instruido por Jesús. Por lo tanto, él era por ahora un discípulo de uno de sus apóstoles para que a su vez, él pudiera ir como un apóstol a los gentiles, predicando y enseñando el Evangelio de Jesús.

El Manto Apostólico

Ya en Jerusalén, Pablo fue a la misma sinagoga de los de habla griega donde Esteban había predicado y había sido arrestado. Pablo habló abiertamente en el nombre de Jesús pero inmediatamente recibió amenazas de muerte, al punto que tuvo que huir de la ciudad. Cuando Pablo estaba predicando en el Templo, Jesús se le apareció en una visión y le dijo: *"¡Date prisa! Sal inmediatamente de Jerusalén, porque no aceptarán tu testimonio acerca de mí. Vete; yo te enviaré lejos, a los gentiles"* (Hechos 22:18-21). Los creyentes lo llevaron a la puerta de Cesárea y lo pusieron en un barco rumbo a su ciudad, Tarso.

Cuando Pablo llegó a Tarso, no permaneció allí sino que predicó la Palabra de Dios a través de toda la provincia de Cilicia y también en la parte norte de Siria. Desafortunadamente, se sabe muy poco acerca de la actividad misionera de Pablo antes de que Bernabé fuera por él y lo llevara para apoyar el crecimiento y el desarrollo de la Iglesia de Antioquía de Siria y lo ayudara con el trabajo de enseñar las Escrituras.

Después de haber enseñado por todo un año, Pablo y Bernabé fueron llamados por el Espíritu Santo para ser misioneros a los gentiles. Junto con Marcos, el escritor de uno de los Evangelios, fueron a la isla de Chipre, la tierra natal de Bernabé. Con Pablo como líder y vocero, ellos le anunciaron las Buenas Nuevas al procónsul romano Sergio Paulo. El funcionario romano fue el primer gentil que abrazó la fe en Jesucristo. Es interesante notar que en este contexto, Pablo no usó el nombre de Saulo. Él era ahora oficialmente el apóstol de Jesús a los gentiles.

Desde Chipre, Pablo y sus compañeros se dirigieron al norte, hacia Asia Menor (la moderna Turquía) y fueron a Antioquía de Pisidia, donde Pablo predicó el Evangelio en la sinagoga. Cuando ellos regresaron a esta sinagoga una semana después, los líderes judíos se burlaron de ellos contradiciendo el mensaje del Evangelio acerca de que Jesús es el Hijo de Dios. En ese momento, Pablo expresó que ellos irían a los gentiles. Y entre ellos, Pablo y Bernabé empezaron iglesias en Iconio, Listra y Derbe.

Jesús nunca abandonó a Pablo, permaneciendo cerca de él en todas las pruebas que debió enfrentar. Durante su segundo viaje misionero, Pablo llevó el Evangelio a Corinto, que era una ciudad conocida por su descarada inmoralidad. Las autoridades judías lo rechazaron y lo expulsaron de la sinagoga. Pablo se desanimó mucho, pero durante la noche, Jesús le habló y le dijo: *"No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad."* (Hechos

18:9-10). Pablo permaneció en Corinto durante dieciocho meses y estableció allí una iglesia próspera.

Cuando Pablo completó su tercer viaje misionero, él volvió a Jerusalén y fue arrestado y llevado delante del Sanedrín debido a su ministerio entre los gentiles. Mientras Pablo hablaba en defensa de sí mismo, sus oponentes lo agredieron físicamente. Si el comandante romano y sus soldados no lo hubieran rescatado, él habría sido despedazado. Luego, durante la noche, Jesús se apareció a Pablo y le dijo: “*¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma*” (Hechos 23:11).

En su viaje a Roma, Pablo y otros 275 viajeros enfrentaron por dos semanas una violenta tormenta en mitad del Mar Mediterráneo. Cuando ya habían perdido toda esperanza y todos temían morir ahogados, Pablo se levantó y se dirigió a sus compañeros de viaje. Él dijo que durante la noche, un ángel del Señor Jesucristo le había dicho que no temiera, porque tendría que comparecer ante el emperador romano y que ninguno de ellos perdería la vida en la tormenta.

Las palabras de este ángel reafirmaron el mensaje de Jesús acerca de que Pablo sería juzgado en Roma. Aunque el Nuevo Testamento no proporciona información sobre este juicio, sabemos que Pablo fue puesto en libertad y viajó a España, Creta, Grecia y Asia Menor. Él fue un infatigable predicador del Evangelio que llevó a judíos y a gentiles a aceptar a Jesucristo.

Pablo fue un instrumento para llevar el Evangelio a los confines del mundo conocido de entonces. Por dos años, durante su arresto domiciliario en Roma, él estuvo encadenado a un soldado romano. Pablo no perdió el tiempo y le enseñó al soldado el Evangelio de Jesucristo. Como es común entre los militares, los soldados son transferidos. Este soldado, que ahora era un seguidor de Jesucristo, fue enviado a Francia y tuvo la oportunidad de hablarles a otros acerca de Jesús. Con el tiempo, Pablo trajo a Jesús a muchos soldados. A medida que él iba a varias partes del Imperio Romano, el Evangelio se propagaba por todo el Imperio.

Aplicación

En el servicio a su Señor, Pablo plantó iglesias en Filipos, Tesalónica, Berea, Corinto y Éfeso. Él viajó a países que son conocidos hoy como Líbano, Siria, Turquía, Grecia, Albania, la antigua Yugoslavia, Italia, España, y, las islas de Creta, Chipre y Malta.

Al final de su vida, él escribió, “*He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, me he mantenido en la fe*” (2 Timoteo 4:7). De hecho, él fue el campeón de la fe cristiana.

Jesús nos ha instruido para permanecer firmes hasta el fin, con la promesa de ser salvos. Por lo tanto, Él nos asegura que permanecerá cerca de nosotros en nuestras pruebas, penurias, adversidades y triunfos. Él es el autor y perfeccionador de nuestra fe. Él nos ha dado la promesa de que nunca nos dejará ni nos abandonará.

VIDAS TOCADAS
POR JESÚS

María

Mateo 1:2 • Lucas 1:2 • Juan 2:1-12

La Visita de un Arcángel

Como se acostumbraba en su cultura, María se casó joven. Ella tenía sólo quince años cuando se comprometió con un joven llamado José, en la población galilea de Nazareth, donde ambos habían crecido. José era carpintero de oficio. Ambos amaban a Dios y buscaban vivir en obediencia a sus mandamientos. Ellos conocían las Escrituras y asistían fielmente al culto en su sinagoga.

La costumbre religiosa en aquellos días era que los futuros esposo y esposa intercambiaban votos de fidelidad en una ceremonia prematrimonial. Eso significaba que ellos tendrían que vivir en abstinencia hasta el día de la boda y la consumación de su matrimonio. Si esta relación se rompía durante ese período, sería considerado un divorcio con todas sus implicaciones legales.

Un día, Dios envió a su ángel Gabriel a presentarse a María con un saludo y el mensaje de que ella era grandemente favorecida, porque el Señor estaba con ella. Esta noticia la dejó perpleja porque ella no tenía idea por qué una adolescente era favorecida a los ojos de Dios.

María estaba preocupada y no sabía cómo responder al mensaje de Gabriel. Ella esperó pacientemente alguna información adicional. Gabriel la tranquilizó con estas palabras: *"No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor"* (Lucas 1:30). Pero entonces, él procedió a darle un mensaje que la abrumó: *"Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin."* (Lucas 1:31-33).

María trató de imaginar qué significaba que, como descendientes del Rey David, ella y José tendrían un hijo que sería rey en un reino eterno. Ella no tenía problema con el nombre de Jesús, porque era el equivalente al nombre hebreo de Josué. Ella se maravilló de que Dios escogiera este nombre para su futuro hijo, pero ¿qué quiso decir Gabriel cuando le dijo que su hijo sería un gran hombre y sería llamado Hijo del Altísimo?

María siguió reflexionando en la predicción de Gabriel, pero de repente se dio cuenta de que sus pensamientos habían llegado muy lejos: ella aún no estaba casada. Y le dijo a Gabriel: *"¿Cómo podrá suceder esto, puesto que soy virgen?"* (Lucas 1:34). Ella no expresó incredulidad, sólo desconcierto. ¿Cómo podía ella concebir legalmente un bebé sin un esposo? Gabriel, continuando con el encargo de Dios, le dijo: *"El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo"*

te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer, lo llamarán Hijo de Dios” (Lucas 1:35).

Este es un misterio que ningún ser humano es capaz de comprender plenamente ni de interpretar adecuadamente. María aceptó con fe el mensaje de que Dios a través del Espíritu Santo sería el Padre del niño que nacería. Por lo tanto, el niño sería un divino descendiente morando en un cuerpo formado en el vientre de María. Como divino niño llamado Hijo del Altísimo, Él nacería y viviría sin pecado y así gobernaría en su reino eterno.

María tendría que informar a José acerca de la angelical visita y decirle que ella concebiría un hijo y le pondría por nombre Jesús. Cuando José oyó su historia, se sorprendió al saber que su prometida estaba embarazada de un hijo que no era suyo. Eso era demasiado para él. Aunque amaba entrañablemente a María, él no veía otra salida que terminar calladamente su compromiso, para evitar cualquier proceso legal en su contra y que no fuera lastimada.

Durante la noche, él estuvo muy inquieto y no podía dormir, cuando un ángel del Señor vino a él en un sueño y le dijo: “*José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.*” (Mateo 1:20-21).

José estaba boquiabierto porque recibió más o menos la misma información que María había recibido del ángel Gabriel: las referencias al Rey David, la concepción a través del Espíritu Santo, el nacimiento de un hijo y el nombre de Jesús. También el ángel le dijo que no se preocupara, en tanto que, a María, Gabriel le dijo que no temiera. Eso era un asunto de Dios y no el resultado de actos de humanos pecadores.

El Regocijo de Elizabeth

Al principio de su embarazo, María decidió viajar de Nazareth a la región montañosa de Judea al sur de Jerusalén y permanecer con sus parientes por algún tiempo. Esta decisión contó con la aprobación de José y la protegió de su embarazo en Nazareth, donde la habladuría y la malicia de la gente podía haberla herido severamente.

María quiso visitar Elizabeth, una familiar suya casada con el sacerdote Zacarías y de avanzada edad para tener hijos. El ángel Gabriel le había dicho a María que Elizabeth había concebido un niño y que ya estaba en su sexto mes de embarazo. Estas dos mujeres querían hablar acerca de sus propios embarazos: una como adolescente y la otra como una anciana.

Elizabeth, llena del Espíritu Santo, exclamó que María era bendita entre las mujeres a causa de aquel niño especial en su vientre. Ella llamó a María “*la madre de mi Señor*” (Lucas 1:43), porque el niño en su vientre saltó de gozo al escuchar el saludo de María. Elizabeth continuó y dijo que María era bendita por haber

creído las palabras que Dios le había dicho a través del ángel. María se quedó con Elizabeth y Zacarías por cerca de tres meses y luego regresó a Nazareth.

El Nacimiento de Jesús

El Emperador César Augusto había emitido un decreto por el cual todos los ciudadanos en el Imperio Romano debían registrarse en la ciudad donde habían nacido. José y María, ahora casados, tenían sus raíces en Belén de Judá y tenían que viajar allí para registrarse.

Cuando finalmente llegaron a Belén, no había lugar para que ellos se hospedaran. No había habitación para ellos ni siquiera en las casas de sus parientes. El único espacio disponible era un establo que tenía algo de paja y un comedero vacío.

María le hizo saber a José que el tiempo del nacimiento de Jesús había llegado. El lugar donde ellos podían pasar la noche les proveía privacidad, aunque la carencia de todo lo necesario para que María diera a luz reflejaba su extrema pobreza. Ella envolvió a su recién nacido en tiras de ropa y lo acostó sobre una cama de paja en un pesebre.

Ellos conocían la Escritura que predecía el nacimiento de Jesús: “*Pero de ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, saldrá el que gobernará a Israel; sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales*” (Micaías 5:2). Ellos no se preocuparon por la pobreza, sino que se alegraron de que Dios hubiera cumplido su promesa y les había dado el privilegio de cuidar de Jesús.

Esa misma noche, los pastores que estaban en el campo cuidando sus rebaños vinieron al establo. Muy animados, estos humildes hombres narraron que un poco antes, un ángel del Señor había venido a ellos en medio de una brillante luz celestial y les había dicho que no temieran. El ángel les había hablado de un gran gozo para todo el pueblo, porque en la ciudad de David, es decir, Belén, había nacido Cristo el Señor. Él incluso les había indicado dónde encontrar al bebé envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Mientras el ángel les hablaba, de repente una multitud de ángeles bajó del cielo alabando a Dios y diciendo: “*Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad.*” (Lucas 2:14).

Los pastores identificaron inmediatamente el lugar preciso y corrieron adonde estaban María, José y el niño. Ellos fueron los primeros en rendir homenaje al Cristo, el Hijo de Dios.

María y Jesús

Después del nacimiento de Jesús, María, José y el niño se quedaron en la casa de unos parientes por cuarenta días, en los que se cumplió el tiempo de purificación que ordenaba la Ley Mosaica y luego, José y María viajaron al Templo en

Jerusalén. Ellos presentaron a Dios al niño, con el sacrificio prescrito de dos tórtolas o dos pichones de paloma.

En el Templo se encontraron con un respetado anciano llamado Simeón, que era conocido como un hombre justo y devoto que aguardaba con esperanza la redención de Israel. El Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin antes ver a Cristo el Señor y lo había guiado al Templo, donde estaban José, María y Jesús. Simeón tomó al niño en sus brazos y bendijo a Dios diciendo: *"Según tu palabra, Soberano Señor, ya puedes despedir a tu siervo en paz. Porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado a la vista de todos los pueblos: luz que ilumina a las naciones y gloria de tu pueblo Israel"* (Lucas 2:29-32).

Simeón habló del nacimiento de Jesús como algo importante no sólo para Israel, sino para todo el mundo. Él bendijo a José y a María y luego se dirigió en una profecía acerca de su hijo: *"Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma"* (Lucas 2:34-35).

Una anciana viuda conocida como Ana, también se acercó a José, María y al bebé, agradeció a Dios por el nacimiento de Jesús y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Tanto Simeón como Ana, sabían que habían visto al Mesías y el cumplimiento de las promesas de Dios en Él.

Cuando José, María y el niño regresaron a Belén, unos sabios procedentes del Oriente llegaron a rendir homenaje a Jesús, a quien honraron como Rey. Ellos habían visto una estrella y como astrónomos, interpretaron eso como una señal de que un rey había nacido en la tierra de los judíos. Ellos viajaron a Jerusalén y preguntaron en el palacio del Rey Herodes el Grande, dónde estaba el que había nacido rey. Herodes entonces convocó a los líderes de los judíos y les preguntó dónde había de nacer el Cristo.

Herodes les dijo a los sabios de Oriente que viajaran otras seis millas hacia el sur y fueran a Belén. Ellos salieron en la tarde y vieron que la estrella iba delante de ellos y se detuvo cuando llegaron a la casa donde estaba Jesús.

Ellos entraron a la casa y cuando vieron al niño con María, su madre, se postraron y lo adoraron. Guiados por el Espíritu de Dios, ellos lo reconocieron como rey, un rey especial de los judíos, y, le presentaron sus respetos honrándolo con regalos acorde a su realeza: oro, incienso y mirra.

Estos sabios regresaron a su tierra por una ruta diferente, y, José, María y el niño salieron para Egipto, donde permanecieron hasta que oyeron que Herodes había muerto, después de lo cual, regresaron a Israel, pero debido a que Arquéalo, hijo de Herodes, reinaba en Judea, fueron a Galilea, donde se establecieron sintiéndose seguros en Nazareth. Allí creció Jesús.

Cuando Jesús tuvo doce años, sus padres lo llevaron a Jerusalén para celebrar la Pascua. A la edad de doce años, Jesús era un niño precoz que debatía con los líderes

espirituales de Israel. Cuando terminó la Fiesta de la Pascua, José y María emprendieron su regreso a Nazareth y asumieron que Jesús estaba con otros niños de su edad entre el grupo de viajeros. Pero después de un día de camino, ellos no lo encontraron ni sabían que Jesús se había quedado en Jerusalén. Al regresar a la ciudad, ellos lo encontraron en el Templo, sentado entre los maestros de la Ley.

María no pudo contenerse y reprendió a Jesús por no decirles a ellos dónde estaba: *"Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!"* (Lucas 2:48). Ella expresó su preocupación y su responsabilidad maternal por Jesús. Pero Él vio las cosas desde su punto de vista y le respondió que ella debió haber sabido dónde estaba y lo que hacía: *"¿Por qué me buscaban? ¡No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?"* (Lucas 2:49).

Al referirse a su Padre Celestial, Jesús les hizo saber su divina descendencia. María no olvidó este incidente ni las palabras de Jesús. Ella guardaba todos estos detalles en su memoria y los recordaría y meditaría en ellos, especialmente cuando Jesús estuviera siendo crucificado. Cuando eso sucedió, una espada atravesó su corazón cuando comprendió que Él estaba regresando a su Padre. Y desde la cruz, Jesús encomendó a María al amoroso cuidado de Juan, el hijo de Zebedeo. Él amó a su madre y vio por sus necesidades, incluso mientras su vida terrenal estaba llegando a su fin.

Aplicación

Lucas describe acertadamente la condición espiritual de María: ella atesoraba en su corazón todas las palabras respecto a Jesús y reflexionaba en ellas. Ella vivía en la presencia del Hijo de Dios y contemplaba el misterio de lo divino y humano en la persona de Jesús. Las palabras de vida llegaron a ella a través de ángeles y de los labios de su hijo. María guardaba estas palabras como tesoros espirituales en su corazón y su espíritu se alegraba en Dios su Salvador.

Siendo su madre, María estuvo cerca de su hijo, pero como pecadora, ella como cualquier otra persona lo necesitaba como su Salvador. Por lo tanto, no hay favoritismos en Jesús, porque Él estuvo tan cerca de María como lo está de todos sus seguidores.

Jesús está tan cerca de nosotros hoy como lo estuvo de su madre en aquel entonces. Él nos dio esta promesa cuando ascendió al cielo: *"Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo"* (Mateo 28:20). Él nunca romperá su promesa, porque Él está cerca de todo el que viene a Él en oración.

María Magdalena

Mateo 28:1-11 • Lucas 8:1-3 • Juan 20:1-18

Una Agradecida Seguidora de Jesús

María Magdalena debe su nombre a la ciudad donde nació, Magdala (también conocida como Magadan), situada en la orilla occidental del Lago de Galilea. Jesús había visitado esta zona después de haber alimentado milagrosamente a los cuatro mil.

Ella fue una de las mujeres sanadas por Jesús de espíritus malignos y varias enfermedades. Debido a estos demonios, su vida había sido muy distante de lo normal. Cuando Jesús la liberó de esos espíritus malignos, ella le expresó a Él su eterna gratitud.

María Magdalena expresó su gratitud a Jesús, al igual que otras mujeres, apoyando y ayudando a Jesús en su ministerio con sus propios recursos, pero se destacó entre ellas por estar presente cuando Jesús sufrió la cruz. Ella vio dónde Nicodemo y José de Arimatea dejaron el cuerpo de Jesús y muy temprano el domingo en la mañana, ella fue a la tumba a ungir el cuerpo de su Señor. Al terminar la tarde del viernes, justo antes de que comenzara el sábado, a las seis de la tarde, la labor de preparar el cuerpo de Jesús para su propio funeral no había terminado, así que esta labor tendría que esperar hasta el domingo en la mañana, el primer día de la semana.

El Domingo de Resurrección, cuando Jesús fue levantado de entre los muertos, María Magdalena fue a la tumba antes del amanecer y acompañada por otra mujer. Cuando ellas llegaron, se dieron cuenta de que la piedra había sido removida; María preguntó cómo había sido posible eso, pues el Gobernador Poncio Pilato había ordenado que la tumba fuera asegurada con un sello y vigilada por soldados.

María se inclinó para mirar dentro del sepulcro, al igual que la otra mujer. Alarmada, ella regresó de prisa a la ciudad a decirle a Pedro y a Juan que la piedra del sepulcro había sido removida. Aterrorizada, ella dijo: “*¡Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto!*” (Juan 20:2).

Pedro y Juan se dirigieron inmediatamente al huerto del sepulcro, pero como Juan era el más joven de los dos, pudo correr más rápido que Pedro y llegar primero al lugar. Él se asomó y vio allí las vendas, pero no entró. Sin embargo, Pedro, que venía justo detrás de Juan, entró y vio no sólo las vendas sino también el sudario que había cubierto la cabeza de Jesús. Pero él notó que el sudario había sido puesto en un lugar aparte. Las vendas, el sudario y las especias fueron suficiente prueba de que nadie se había llevado el cuerpo, porque de haber sido así, lo habrían removido todo.

El Compasivo Señor Resucitado

Cuando Pedro y Juan regresaron a Jerusalén, María Magdalena se quedó llorando junto al sepulcro. En medio de sollozos, se inclinó para mirar dentro de la tumba y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. El color blanco la habría alertado de que estos no eran hombres sino ángeles. Pero debido a su confusa mente, ella no notó su apariencia.

Cuando los ángeles le preguntaron por qué lloraba, ella les dijo las mismas palabras que les había dicho a Pedro y a Juan en Jerusalén: *"Es que se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto!"* (Juan 20:13). Ahora ella se refería a Jesús como su Señor sin saber que Él estaba parado cerca de ella, pues no lo pudo reconocer a través de sus ojos llenos de lágrimas.

Jesús se dirigió a ella y le preguntó por qué estaba llorando y a quién estaba buscando. Sin reconocerlo aún y pensando que quien estaba allí era el que cuidaba el huerto, ella dijo: *"Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo iré por él"* (Juan 20:15). Ella oyó una voz masculina y vio una tenue figura masculina, pero aún se sentía confundida.

Entonces Jesús le dijo: *"María."* Esa única palabra bastó para traerla a la realidad. Ella reconoció inmediatamente la voz de Jesús y al volverse, lo vio parado justo frente a ella. Todo lo que ella pudo hacer fue pronunciar una palabra en su dialecto arameo: *Raboni*, que significa Maestro.

María abrazó a Jesús y se aferró a Él en un esfuerzo por no dejarlo ir. Pero Jesús quería que ella comprendiera que había habido un cambio fundamental, no en su relación personal sino en las circunstancias. Su ciudadanía terrenal había terminado con su muerte y la celestial se había vuelto una realidad con su resurrección. María tenía que entender que, aunque ella lo abrazaba ahora, no podía retenerlo en esta tierra, pues Él volvería a su Padre.

Jesús le dio estas instrucciones: *"Ve más bien a mis hermanos y diles: 'Vuelvo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes.'*" (Juan 20:18). Jesús quiso que ella transmitiera un mensaje que tuviera implicaciones a largo plazo: el tiempo para que Él ascendiera y volviera definitivamente al Padre había llegado. Él ahora consideraba a sus discípulos como sus hermanos y les decía que su Padre era también el Padre de ellos y su Dios era también el de ellos. Él no quiso decir que no hubiera diferencias: Jesús es el único Hijo del Padre, pero sus discípulos son hijos e hijas adoptados. Él es el verdadero Hijo de Dios, mientras que los creyentes son los niños de Dios.

Aplicación

Después de su ascensión, Jesús estaría espiritualmente cerca de todos sus hermanos y hermanas. La relación que María había disfrutado permanecería, pero llegaría a ser mucho más importante en el futuro.

“¡He visto al Señor!” (Juan 20:18). Estas fueron las palabras que María Magdalena dijo cuando llegó donde los discípulos aquel primer Domingo de Resurrección. Un sinnúmero de personas alrededor del mundo pronuncia un mensaje un poco diferente: “¡He tenido un encuentro con el Señor y Él me ha salvado!” Ver y encontrarse con Jesús, es una de las bendiciones más pronunciadas en la vida de un cristiano. Nada se compara con conocer a Jesucristo como Señor y Salvador.

Los Discípulos de Emaús

Lucas 24:13-35

El Extraño

Dos personas regresaban a su casa desde Jerusalén. Una se llamaba Cleofás y la otra persona, no identificada, puede haber sido su esposa. Como judíos devotos, ellos habían ido a la capital a celebrar la Fiesta anual de la Pascua.

Cuando las festividades terminaron, ellos empezaron su regreso al pueblo de Emaús, que estaba localizado a casi once kilómetros al noroeste de Jerusalén. Esta distancia podía ser recorrida en tres horas, lo que da a entender que, si ellos salieron de la ciudad a media tarde, estarían en casa antes de que anocheciera.

Mientras caminaban, iban hablando acerca de la crucifixión de Jesús y el anuncio de su resurrección. Aunque no comprendían el significado de todo lo que habían visto y oído, ellos estaban llenos de dolor por la muerte de Jesús y confundidos por los diferentes relatos que mencionaban que Él estaba vivo. Como estaban intensamente involucrados en la conversación, no se dieron cuenta de que alguien caminaba con ellos. Ellos simplemente lo consideraron un extraño a quien no reconocieron.

Cuando el extraño quiso entrar en su conversación, les preguntó de qué estaban hablando. Esta pregunta los sorprendió tanto que se detuvieron. Él debía haber alcanzado a escuchar algo de su conversación y haber imaginado el tema que había llamado su atención. Él debía haber escuchado su voz triste y visto sus caras melancólicas.

¿Dónde había estado este extraño los últimos tres días cuando todos en Jerusalén y sus alrededores no hablaban más de otra cosa que de la crucifixión de Jesús y de la oscuridad y el temblor que habían experimentado antes de que el sábado empezara? Más aún, la más reciente noticia del día había sido la tumba vacía y el anuncio de la aparición de Jesús a las mujeres y a sus discípulos.

Cleofás le preguntó en el acto si Él era el único peregrino en Jerusalén que no se había enterado de todo lo que había pasado recientemente, pero el extraño le respondió: “*¿Qué es lo que ha pasado?*” (Lucas 24:19).

Entonces ellos le contaron lo que había pasado con Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea. Este profeta había sido un verdadero maestro de las Escrituras enviado por Dios y el más grande hacedor de milagros delante de todo el pueblo. Él se había dirigido a verdaderas multitudes e incluso había resucitado a algunos que habían muerto, uno de los cuales era Lázaro de Betania. Pero el clero gobernante y los miembros del Sanedrín en Jerusalén lo habían entregado a Poncio Pilatos, el gobernador Romano. Y ante su insistencia, él había sentenciado a Jesús a morir clavado en una cruz de madera.

Cleofás y su acompañante compartieron con el extraño su decepción de Jesús. Ellos habían esperado que este profeta de Dios, poderoso en palabras y hechos, hubiera sido el que los liberara de la ocupación romana. Ellos dijeron: “*Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto*” (Lucas 24:21). Su esperanza se había frustrado cuando Jesús murió en esa cruz tres días antes.

Entonces ellos compartieron la última noticia: a pesar del abatimiento y la fatalidad de la última semana, esa misma mañana, muy temprano, algunas mujeres habían ido a la tumba y la encontraron vacía. Estas mujeres habían ido a completar la preparación del cuerpo para su entierro, pero no encontraron el cuerpo de Jesús. En su lugar, habían visto ángeles que les dijeron que Jesús estaba vivo.

También, algunos de sus amigos habían ido a la tumba a verificar lo que las mujeres habían dicho y encontraron que lo que ellas habían dicho era la verdad, porque el cuerpo de Jesús no estaba allí.

La Partición del Pan

El extraño escuchó mientras caminaban hacia Emaús. Pero cuando Él empezó a hablar, sus palabras fueron de reproche: “*¡Qué torpes son ustedes y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?*” (Lucas 24:25-26). Él los reprendió por su falta de comprensión de las Escrituras, por lo que les dio toda la información que necesitaban acerca del sufrimiento y la resurrección del Mesías. En lugar de ejercitar su intelecto y comprender la Palabra escrita de Dios, ellos cayeron en la oscuridad espiritual y quedaron envueltos por una capa de ignorancia.

Entonces el extraño, que parecía haber memorizado las Sagradas Escrituras, les mostró a aquellas dos personas de Emaús lo que la Palabra de Dios decía acerca del sufrimiento y la gloria del Mesías. Él empezó con los libros de Moisés y continuó con los de los profetas para revelar cómo el Mesías había cumplido todo lo que había sido escrito acerca de Él.

Cuando ya estaban cerca del pueblo de Emaús, el sol se había puesto y el día había llegado a su final. Aquellos dos llegaron a su casa, pero el extraño actuaba como si fuera más allá. A la manera típica del Medio Oriente, ellos le rogaron que entrara a su casa y pasara la noche allí. Lo presionaron a aceptar su invitación y asegurar su protección, comida y bebida y una cálida cama. Algo menos habría sido una falta de hospitalidad.

En la casa de los anfitriones, la esposa preparaba la comida de la tarde. Cuando llegó el momento de sentarse a la mesa, ellos le pidieron al invitado que bendijera los alimentos y esto fue lo que hizo: tomó el pan, lo partió y se lo dio a ellos. Al observar lo que hacía, ellos vieron las marcas en sus manos y de repente reconocieron a Jesús. Este extraño no era alguien más, sino el Señor resucitado. ¿Cómo no se dieron cuenta mientras caminaron con Él por más de dos horas y

conversaron acerca del Mesías revelado en las Escrituras? Pero mientras lo reconocían, Él de repente desapareció de en frente de ellos.

Ahora que sus ojos espirituales estaban abiertos, ellos hablaban muy entusiasmados acerca de todo lo que les había dicho y se preguntaban el uno al otro: “*¿No ardía nuestro corazón mientras conversaba con nosotros en el camino y nos explicaba las Escrituras?*” (Lucas 24:34). Mientras reflexionaban en las enseñanzas de Jesús y admitían de buena gana que sus corazones habían sido tocados y pasados por el fuego, su comprensión de la Palabra aumentaba.

Ellos podían ahora declarar que lo contado por las mujeres acerca de la tumba vacía era cierto y consideraban su tiempo con el Señor resucitado un privilegio. Sin saberlo, ellos habían recibido al Jesús glorificado en su propia casa.

Ahora que comprendían que Jesús en verdad había resucitado, ellos no podían mantenerlo en secreto. Sin pensar en los riesgos de viajar de noche, salieron de casa y regresaron a Jerusalén tan rápido como pudieron, cubriendo la distancia en sólo la mitad del tiempo que les tomó el viaje de ida.

En Jerusalén, ellos fueron directo al lugar donde los discípulos estaban reunidos. Cuando fueron admitidos, pues la puerta del salón estaba asegurada por temor a los judíos, ellos estaban listos a decir que habían visto a Jesús y que Él en verdad había resucitado, pero no lo pudieron hacer porque encontraron a los discípulos excitados por la noticia de que el Señor había resucitado y que se le había aparecido a Simón. Y aún no sabían que lo que las mujeres habían dicho era verdad y que el sepulcro estaba vacío.

Los dos discípulos de Emaús finalmente tuvieron la oportunidad de narrar su historia. Ellos contaron a los demás discípulos lo que les había pasado en el camino a casa y cómo ellos habían caminado y hablado con un extraño, que abrió las Escrituras y les enseñó acerca del Mesías. Luego describieron lo que había sucedido en la cena de la tarde: cómo Jesús había tomado el pan, lo bendijo y se lo había dado a ellos. Cómo sus ojos fueron abiertos y reconocieron a Jesús, su Señor resucitado. Su excitación había sido tan grande que no pudieron mantenerlo en secreto, sino que habían regresado a Jerusalén para compartir la buena noticia con los discípulos de Jesús.

Aplicación

Los dos discípulos de Emaús nunca olvidarían este glorioso incidente de ser instruidos por Jesús, compartir una comida con Él y reconocerlo como su Salvador resucitado. Lo recordarían hasta el día de su muerte y darían testimonio de la resurrección de Jesús. Ellos eran en verdad sus testigos, los que lo habían visto, oído y tocado.

La palabra *testigo* tenía un doble significado para ellos. Significa ver y testificar. Hoy, los creyentes ven espiritualmente a Jesús y dan testimonio de que Él ha resucitado verdaderamente. Aprovechamos cada oportunidad que Jesús nos da y

damos testimonio de Él. Él nos llama a dar testimonio de Él con toda nuestra capacidad, sea en casa o en el trabajo, en la escuela, en la calle y aún en momentos de descanso. Jesús anhela que seamos sus testigos vivientes en palabras y hechos.

El Joven rico

Mateo 19:16-30 • Lucas 18:18-30

Nacido Rico pero Infeliz

Él nació en el seno de una familia rica y recibió una buena educación, conocía las Escrituras y era un ciudadano prominente cumplidor de la Ley y un hombre relativamente joven. Él pertenecía a la clase gobernante de la sociedad judía. Su decoro social y su conducta virtuosa complementaban su exitosa vida. Bendecido con un agudo intelecto y una disposición proactiva, él sobresalía en todo lo que emprendía. En consecuencia, sus posesiones materiales se multiplicaban de tal manera que era contado entre los hombres más ricos de Israel. En muchos aspectos, el éxito lo había llevado a la cima del mundo económico.

Sin embargo, él sabía que su éxito no lo había podido hacer feliz. Él era consciente de un vacío que le había dejado un sentimiento depresivo en su interior. Él entendía que cuando muriera, sus posesiones no podrían ayudarlo en la otra vida.

¿Qué tendría que hacer para prepararse para la otra vida? Aunque era una persona religiosa y asistía al culto de la sinagoga, esta persistente insatisfacción en su vida espiritual lo molestaba a tal grado que él necesitaba un consejo espiritual. Cuando oyó que Jesús andaba por el área, supo inmediatamente que este maestro de Galilea podía ayudarlo. Habiendo escuchado predicar a Jesús, este hombre estaba muy impresionado con su sencilla manera de enseñar las Escrituras.

Si él pudiera acercarse a Jesús, le haría una pregunta que había estado en su mente por mucho tiempo. De repente vio la oportunidad y cuando Jesús se desocupó, corrió hacia Él y expresando un profundo respeto, cayó de rodillas delante de Él.

El joven le preguntó: *"Maestro bueno, ¿Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?"* (Lucas 18:18). Él estaba esforzándose por llevar una vida moralmente recta y era privilegiado por haber heredado riquezas. Estos dos pensamientos demandaban una alta prioridad en su mente y por eso los incluyó en su pregunta. Él había heredado posesiones terrenales porque su padre, en el momento de morir, había legado el patrimonio a su hijo. Ahora, el joven le preguntaba a Jesús cómo podía heredar la vida eterna.

Su encomiable pregunta revela asuntos vitales sobre cómo vivir ahora y cómo lograr estar listo para vivir después de la muerte. Esta vida terrenal es comparativamente corta, mientras que la vida eterna no tiene fin y es celestial. El término vida eterna es equivalente a salvación y significa estar para siempre en la presencia de Dios, gozando las riquezas del cielo.

Jesús tenía una sencilla y sucinta respuesta para el joven. Él le preguntó: *"¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios"* (Lucas 18:19). Jesús apuntó

al origen de la bondad. Él dirigió la atención del joven a Dios y a su Ley. La fuente de todo lo que es bueno es Dios, de quien fluyen todas las bendiciones terrenales y celestiales.

Con frecuencia en su enseñanza, Jesús se refirió a los Diez Mandamientos, los cuales cada ser humano debe guardar y obedecer. ¿Qué tendría que hacer entonces el joven para ser un heredero de la salvación? Jesús tenía la respuesta lista para él: “*Ya sabes los mandamientos: ‘No cometas adulterio, no mates, no robes, no presentes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre’*” (Lucas 18:20).

El joven conocía y honraba estas reglas básicas; ellas eran enseñadas regularmente en la sinagoga y los lugares religiosos. Él podía testificar haber llevado una vida moral y recta y haber obedecido estos mandamientos desde su infancia.

Él le dijo a Jesús: “*Todos esos los he cumplido. ¿Qué más me falta?*” (Mateo 19:20). Aunque su respuesta desplegó un alto grado de autojustificación y superficialidad, al mismo tiempo expresó la inquietud que lo había llevado a Jesús en primer lugar. Su pregunta, “*¿Qué más me falta?*”, demostró una necesidad espiritual que había permanecido insatisfecha. Él necesitaba dirección espiritual para superar el vacío en su interior y le suplicó a Jesús que le mostrara la dirección que debía tomar para tener paz en su mente.

La Respuesta de Jesús

Jesús miró al joven arrodillado y se compadeció de él. Jesús vio a una persona que no estaba lejos de obtener su salvación. Al hombre le faltaba una cosa y era la capacidad de desprenderse del dinero que le hacía gozar la vida. Él guardaba los mandamientos de Dios, pero fracasaba miserablemente en amar a su prójimo como a sí mismo. Su estilo de vida demostraba egoísmo y negligencia con el pobre. Mientras él nadaba en lujos con sus abundantes posesiones, su prójimo sentía el flagelo de la extrema pobreza.

Como primer consejero en asuntos espirituales, Jesús instruyó al joven rico con palabras que fueron directo a su corazón: “*Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y ségueme*” (Mateo 19:21).

El joven tenía que escoger si mantener su riqueza material o seguir a Jesús como su discípulo. Si él decidía mantener sus posesiones, disminuiría y tal vez perdería su espiritualidad. Y si él vendía sus bienes y distribuía su dinero, tendría tesoros en el cielo. Era Dios o el dinero.

Con el rostro entristecido, él optó por lo primero y se apartó de Jesús. Él confió más en sus posesiones terrenales que en Jesús que le había ofrecido riquezas eternas.

En consecuencia, Jesús les comentó a sus discípulos cuán difícil es para un rico entrar en el reino de los cielos, señalando que es “*más fácil para un camello pasar*

a través del ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios” (Mateo 19:24). Cualquiera que escoge las riquezas por encima de Dios no puede ser parte de su familia.

Aplicación

¿Tenemos que vender nuestras posesiones y distribuir nuestro dinero a los pobres? ¿Es tan alto el precio por alcanzar la perfección que tenemos que vivir en la pobreza? ¿Son perfectos los pobres porque no tienen posesiones? ¿Podemos acumular tesoros en el cielo y aún así tener riquezas terrenales? Como seguidores de Cristo, ¿tenemos que vivir como gente en extrema pobreza? La respuesta a todas estas preguntas es no, no necesariamente; y sí, porque debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todas nuestras fuerzas, y, al prójimo como a nosotros mismos.

Al escribirle a Timoteo, Pablo comenta sobre la gente que ha acumulado riquezas: “*A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos*” (1 Timoteo 6:17).

Una mujer Adultera

Juan 8:1-11

Una Pobre Interpretación de la Ley

En una ocasión, Jesús estaba en Jerusalén y entró en el Templo, posiblemente al lugar llamado el Pórtico de Salomón. Allí generalmente se reunía la gente a escuchar a los maestros religiosos o a los líderes del gobierno. Jesús se sentó a enseñarle a la gente y la multitud lo escuchó con mucha atención.

Después de enseñarle a la multitud, Jesús observó que algunos maestros de la Ley y fariseos venían hacia Él. Ellos estaban empujando a una mujer delante de ellos con la clara intención de traerla ante Jesús y conocer su opinión sobre un asunto pertinente a ella.

Ellos la pusieron frente a Jesús y amontonándose, formaron un círculo dejando a Jesús y a la mujer en el centro. Todos estos hombres eran expertos en la Ley de Moisés y uno de ellos, sirviendo como vocero, se dirigió a Jesús y le dijo: *"Maestro, a esta mujer se le ha sorprendido en el acto mismo de adulterio. En la ley Moisés nos ordenó apedrear a tales mujeres. ¿Tú qué dices?"* (Juan 8:4-5). Obviamente, estos maestros de la Ley y fariseos estaban en lo correcto de acuerdo con la Ley de Moisés. Pero ellos parecían haber olvidado que en el acto de adulterio no estaba involucrada sólo una persona sino dos, pues sólo trajeron a la mujer a la presencia de Jesús. Como hombres, ¿favorecieron al género masculino? ¿No sabían ellos que la ley exigía que tanto el hombre como la mujer fueran ejecutados si ella era sexualmente infiel a su esposo? (Deuteronomio 22:23-24).

Si era un asunto de violación, entonces sólo el hombre tenía que ser ejecutado. ¿Había al menos dos acusadores que en verdad hubieran visto al hombre y la mujer cometer el acto de adulterio? ¿Por qué no advirtieron al hombre y a la mujer, para prevenirlos de cometer este pecado? La Ley de Moisés no estipulaba cómo debía ser ejecutado el culpable; la penalidad de apedrear a una persona hasta morir venía de sus acusadores. También, la ejecución de una persona era prerrogativa del Gobernador Romano y no de los líderes judíos.

Ese Juego es de Dos

Desde todo punto de vista, los maestros de la Ley y los fariseos habían traído a la mujer ante Jesús para tenderle una trampa a Él. Ellos, ladinamente le preguntaron acerca de la acusación y el castigo.

Si Jesús respondía que la Ley había perdido su fuerza debido a su descuido, Él perdería credibilidad como maestro de las Escrituras y podía ser acusado de estar contra la misma Ley. Si por el contrario, Él aplicaba la Ley y hacía ejecutar a la

mujer, perdería fuerza en vista de su ministerio de perdón de pecados y de restauración del pecador. Él enfrentaba un dilema ineludible.

Los acusadores de la mujer querían que Jesús hiciera de juez y jurado al mismo tiempo, así la responsabilidad moral y judicial descansaría sobre sus hombros. Ellos le preguntaron enfáticamente: “*¿Tú qué dices?*” (Juan 8:5).

Jesús empleó la táctica de la demora. Inclinándose, Él empezó a escribir con el dedo algo en el suelo. Ya fueran palabras o figuras, lo que Él escribió no era lo importante. Él intentaba ganar tiempo, pero ellos no se callaban pidiéndole a Jesús que hablara.

Finalmente, Jesús se incorporó y enfrentando a los acusadores les dijo: “*Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra*” (Juan 8:7). Con esas palabras Jesús hizo referencia la Ley de Moisés que dice: “*Los primeros en ejecutar el castigo serán los testigos*” (Deuteronomio 17:7).

Los hombres entendieron que Jesús había usado las Escrituras contra ellos. Si ellos hubieran actuado precipitadamente de acuerdo con esa Ley, la mujer habría sido ejecutada y ellos serían entonces culpables de su muerte.

Como Jesús se refirió a la enseñanza de la Ley, ellos no pudieron hacer que cayera en la trampa. Su tesis de que sólo una persona libre de pecado podía arrojar la primera piedra los tomó por sorpresa. Su comentario lo llevó a examinar sus almas.

Una vez más, Jesús usó la táctica del silencio. Nuevamente se inclinó y escribió algo en el suelo. Los hombres permanecieron en silencio, porque sabían que ninguno estaba libre de pecado. Los más jóvenes esperaron a que los mayores hablaran, pero todos sabían que sus conciencias los condenaban como pecadores. Los más viejos se empezaron a retirar seguidos de los más jóvenes, hasta que no quedó ningún acusador.

El Veredicto de Jesús

Cuando la mujer quedó sola, Jesús se incorporó y le preguntó dónde estaban sus acusadores y si había alguien que la condenara. La mujer contestó que no había nadie, aunque estaba delante de Jesús, que siendo el único sin pecado tenía la autoridad para condenarla, pero también tenía la autoridad para perdonar su pecado. Él, como autor de la Ley, estuvo por encima de la Ley, no para anular su fuerza sino para alterar el veredicto. Jesús dijo: “*Tampoco yo te condeno. Ahora vete, y no vuelvas a pecar*” (Juan 8:11).

Jesús le hizo saber que ella era culpable del pecado de adulterio, pero al mostrarle misericordia, Él la exoneró y la dejó ir a casa. Al decirle que no pecara más, Él no quiso implicar que tenía que ser perfecta y vivir una vida sin pecado, sino que tenía que abandonar su vida adúltera y esforzarse por vivir una vida que complaciera a Dios y comportarse como una digna ciudadana de su reino.

Aplicación

A través de todo el Evangelio de Juan, Jesús nunca le pidió a la gente que se arrepintiera. Por el contrario, Él les hizo ver su pecado, los perdonó y los restauró para vivir en armonía con la Ley de Dios. Él le dijo diplomáticamente a la mujer de este pasaje que no pecara más.

El aire de una habitación puede parecer libre de polvo, pero cuando un rayo de sol lo ilumina, aparece una multitud de partículas flotantes. Aunque usted sabe que es un pecador, hasta que el Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios ilumine su alma, sus pecados se hacen visibles. Cuando su conciencia lo acuse, confiésele sus pecados a Jesús y Él lo perdonará.

La ofrenda de una viuda

Marcos 12:41-44

Los Cambistas del Templo

Durante la última semana de su vida terrenal, Jesús pasó tiempo en el Templo, el cual Él consideraba la casa de su Padre. Para Él, el Templo era una casa de oración para todas las naciones, pero los cambistas y mercaderes de ganado, ovejas y palomas, habían hecho del área que lo rodeaba una cueva de ladrones.

Los judíos debían pagar anualmente un impuesto para el Templo equivalente a dos denarios (dos días de trabajo). Las autoridades del Templo exigían que los judíos y prosélitos que estaban obligados a pagar este impuesto lo hicieran en la moneda judía aprobada. Multitudes de judíos venían de diferentes naciones a Israel en los días del festival y ninguno traía la moneda oficial, así que forzosamente debían ir donde los cambistas que podían cambiar su dinero por la moneda correcta. Por sus servicios, los cambistas cobraban un precio y un porcentaje de eso iba a sus propios bolsillos.

De igual manera, para satisfacer a los adoradores que venían de muy lejos a Jerusalén, los mercaderes judíos tenían disponibles para el público los animales para los sacrificios. Ganado, ovejas y palomas eran vendidas en los atrios del Templo con la facilidad de acceder al altar de ofrendas quemadas. Mientras enseñaba en los atrios del Templo, Jesús había denunciado a los fariseos por apoderarse de los bienes de las viudas y así Él les había dicho que al clero no le importaban los pobres.

Después, Jesús fue y se sentó en un lugar opuesto, donde los adoradores depositaban sus monedas en el tesoro del Templo. Este era el Atrio de las Mujeres, donde las autoridades del Templo habían colocado trece cofres, todos en forma de trompeta. Estos cofres eran receptáculos para las ofrendas en dinero y donativos de la gente. Jesús estaba observando a la gente, ricos y pobres, acercarse a los receptáculos y depositar sus monedas en ellos en gratitud a Dios.

La Ofrenda de la Viuda Pobre

Ella era una viuda que cuando perdió a su esposo, también quedó sin su fuente de sustento. Ella probablemente no tenía hijos que la apoyaran y era demasiado vieja para casarse de nuevo. Con frecuencia, ella había sido defraudada por sus adversarios y no tenía un defensor legal que la protegiera. Aunque vivía en la extrema pobreza, su esperanza estaba puesta en el Señor Dios, a quien ella consideraba su protector.

La viuda caminaba dentro del Atrio de las Mujeres hacia el Tesoro del Templo. Todo lo que ella tenía eran dos pequeñas monedas, las más pequeñas en

circulación, que no sumaban nada frente a la ofrenda del rico que depositaba ostentosamente grandes cantidades de dinero en los receptáculos. Pero la viuda le dio a Dios todo lo que tenía.

Jesús escuchó el sonido casi inaudible de las dos moneditas de cobre que la viuda echó en el cofre. Él sabía que esto era todo lo que ella tenía y aunque pudo haber guardado una para ella y dado la otra para Dios, ella donó ambas monedas. Cuando su esposo estaba vivo, él a veces habría necesitado dinero para pagar los gastos y su esposa le habría dado lo que él necesitaba, sabiendo que antes de terminar el día, él se lo reembolsaría para que pudiera comprar el alimento necesario.

Esta viuda entendía que Dios era su esposo y que Él proveería para ella. Cuando le entregó a Dios sus dos monedas de cobre, ella esperaba que antes de terminar el día, Dios proveería para todas sus necesidades. Su fe estaba en su Señor y ella había experimentado que Dios nunca la desampararía.

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo que esta pobre viuda había echado en el tesoro más que todos los demás. Él les explicó que todos los ricos daban de lo que les sobraba y tal vez nunca lo echarían de menos. Pero esta pobre alma dio todas sus posesiones a Dios. Ella no había dejado nada para ella.

Dios nunca pasa por alto la fe que los tuyos ponen en Él. Dios siempre responde, sin falta y pronto. Aunque no se nos da más detalles, podemos estar seguros de que, con tierno amor y cuidado, Dios proveyó ricamente para ella. Esta es la principal lección de Jesús: lo importante no es la cantidad externa de la ofrenda monetaria, sino la calidad interior de un corazón alegre que ofrenda expresando su gratitud a Dios.

Aplicación.

“El Señor protege al extranjero y sostiene al huérfano y a la viuda, pero frustra los planes de los impíos” (Salmo 146:9). Como siervos de Dios y miembros de la casa de fe, tenemos una obligación moral de cuidar a las viudas y a los huérfanos que necesitan nuestra asistencia.

Un maestro de la ley

Lucas 10:25-37

Un Hombre Estudiado

Los maestros de la Ley en tiempos de Jesús eran eruditos que habían estudiado las Escrituras por mucho tiempo. Ellos habían memorizado capítulos y aún libros enteros y eran capaces de aplicar la Ley en todo momento. Debido a sus muchos años de estudio, ellos eran respetados por el resto del clero y la gente común en Israel. El Nuevo Testamento frecuentemente los menciona junto con los fariseos. Estos líderes religiosos se oponían ferozmente a Jesús.

Un día, un maestro de la Ley se levantó y se dirigiéndose a Jesús, que había estado enseñando a una multitud de gente, le hizo una pregunta no para obtener información sino para probarlo. Este instruido maestro de Jerusalén miró despectivamente a Jesús, el profeta de Nazareth. ¿Cómo podría este maestro de Galilea responderle a un experto en la Ley?

El clero de Jerusalén estaba envidioso de Jesús, quien atraía grandes multitudes mientras que ellos estaban perdiendo influencia. Si este maestro tenía éxito en humillar al maestro de Galilea, la multitud podía apartarse de Él y regresar con sus anteriores instructores religiosos y fariseos.

El maestro de la Ley preguntó: “*Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*” (Lucas 10:25). Él se refirió a Jesús como maestro (un título de respeto). La pregunta que él hizo era aparentemente inocua y al mismo tiempo teológicamente profunda. Heredar la vida eterna sonaba atractivo, pero la palabra *heredar* implicaba que alguien tenía que morir. Sólo entonces la última voluntad y el testamento podían ser leídos y los sobrevivientes podían recibir su parte de la herencia.

El hombre estudiado le preguntó a Jesús qué debía hacer para recibir la herencia. ¿Tenía que hacer algo importante que incluyera buenas obras? Aparentemente, sin entender plenamente el significado del término *vida eterna*, él tenía la idea de que viviría para siempre rodeado por las bendiciones del cielo. Él quiso escuchar a Jesús sobre lo que él debía hacer para recibir estas bendiciones, aunque él sabía que Dios miraba su corazón y exigía que estuviera lleno de amor por Dios y su prójimo.

Jesús le respondió al hombre con una contrapregunta: “*¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo la interpretas tú?*” (Lucas 10:26). Al hacer esta pregunta, Jesús y no el maestro de la Ley, controló el curso de la conversación. Jesús lo forzó a responder su propia pregunta. En un sentido, Jesús le pidió un resumen de los Diez Mandamientos.

El maestro de la Ley respondió de buena gana a estas simples preguntas: “*Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y: Ama a tu prójimo como a ti mismo*” (Lucas 10:27). Él citó acertadamente las palabras de Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18. Esta es la suma y la sustancia de la Ley de Dios, la cual puede ser cumplida sólo con amor.

Jesús felicitó al maestro de la Ley: “*Bien contestado. Haz eso y vivirás*” (Lucas 10:28). Si el hombre hiciera esto, a lo sumo aseguraría la vida eterna. Si él se consideraba a sí mismo un ciudadano del reino de Dios, obedecería meticulosamente las reglas y normas de ese reino. Pero si el maestro de la Ley reflexionara en los pensamientos que había tenido, las palabras que había hablado y los actos que había cometido, tendría que admitir que no había obedecido toda la ley que había citado.

En lugar de admitir que él había fracasado en guardar la Ley de Dios, el maestro de la Ley fue evasivo y le pidió a Jesús que le diera una definición de la palabra *prójimo*. Tratando de librarse a sí mismo de cualquier culpa, él preguntó: “*¿Y quién es mi prójimo?*” (Lucas 10:29). Él esperaba secretamente que Jesús le diera la respuesta equivocada y así poder humillarlo en frente de toda la gente.

El maestro de la Ley vivía en un mundo circular y se puso a sí mismo en el centro del círculo. Alrededor suyo estaban sus parientes inmediatos y alrededor de ellos estaba el extenso círculo de parientes. El círculo externo consistía en todos aquellos que eran descendientes de judíos y los que se habían convertido al judaísmo. El maestro de la Ley definió la palabra *prójimo* de manera recíproca: él era un hermano para mí y yo para él. Su interpretación era egoísta y limitada a su propia raza. Él amaba a su propia gente, a los que estaban dentro del círculo, pero no a los extranjeros y enemigos.

La Historia en Forma de Parábola

Entonces, Jesús le contó al maestro de la Ley una historia conocida como la Parábola del Buen Samaritano. Él dijo que un hombre salió de Jerusalén y viajaba por el camino a Jericó, donde fue robado, golpeado y dejado medio muerto.

Poco después, un sacerdote que había terminado su servicio en el Templo de Jerusalén iba camino a su casa en Jericó, a veinticinco kilómetros al este. El sacerdote, al ver al hombre tendido en la vía, se desvió y siguió su camino.

Lo mismo sucedió con un levita que iba de regreso a su casa después de cumplir con sus deberes en el Templo. Él se dio cuenta que el sacerdote ni siquiera se había molestado en detenerse y ayudar al hombre malherido, así que ¿por qué el levita debía hacerlo?

La tercera persona que viajaba por el camino de Jerusalén a Jericó era un comerciante samaritano. Cuando él vio al hombre herido, despojado de sus ropas y tendido en su propia sangre, se compadeció de él y le proporcionó los primeros

auxilios. Él le echó lentamente algo de vino en las heridas como un antiséptico y le aplicó un poco de aceite de oliva como ungüento. Luego, tomando algunas de sus propias prendas, hizo tiras con las que vendó las heridas de aquel hombre.

Después, el samaritano montó al hombre sobre su propia cabalgadura, lo aseguró y lo llevó a un alojamiento del camino y allí lo cuidó por el resto del día y durante toda la noche. A la mañana siguiente, el samaritano le pagó al dueño del alojamiento dos monedas de plata y le dijo que cuidara al hombre y que, si hubiera gastos adicionales, los cargaría a su cuenta, que él se los pagaría en su próxima visita.

Jesús narró una historia llena de reveladoras observaciones:

- Primero, no se había perdido el amor entre judíos y samaritanos.
- Segundo, el sacerdote y el levita representaban al clero de Israel, que supuestamente ayudaban a la gente en necesidad.
- Tercero, el hombre herido no podía ser identificado porque estaba medio muerto y no podía hablar. También, sus ropas, que tenían marcas que lo identificaban, le habían sido robadas.
- Y finalmente, la historia no era sobre un judío que encontraba a un samaritano herido en el camino a Jericó, porque eso haría parecer al judío como un traidor de la causa judía.

Él no narró una historia acerca de un sacerdote y un levita que no atendieron las necesidades de un judío herido. Ese escenario dañaría seriamente la relación entre el clero y el laicado.

Jesús había enseñado públicamente que el amor al prójimo incluía el amor a los enemigos. Él les había dado la Regla de Oro: "*Traten a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes*" (Lucas 6:31). El maestro de la Ley habría aplicado de buena gana esta regla con otro judío, pero en la historia, el hombre que había sido atacado no fue identificado y, por lo tanto, él no calificaba.

Jesús había tocado este punto con la historia y le respondió al maestro de la Ley de esta manera: "*¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?*" (Lucas 10:36).

El Efecto

El maestro de la Ley tuvo que responderse él mismo a la pregunta que le había hecho a Jesús: "*¿Y quién es mi prójimo?*" (Lucas 10:29). Él no tenía más que una respuesta: "el samaritano." Pero en lugar de eso, él dijo: "*El que se compadeció de él*" (Lucas 10:37).

Al narrar la historia del Buen Samaritano, Jesús no enfocó su atención sobre la palabra *prójimo*, sino sobre el concepto de mostrar amor y compasión a una persona necesitada. Aquí estaba un hombre incapaz de darle algo al que lo había

ayudado y alguien que mostró misericordia y amabilidad con otro ser humano. Así que Jesús le ordenó al maestro de la Ley ir y hacer lo mismo.

La lección que Jesús enseñó fue lo suficientemente poderosa para darle al maestro de Ley mucho en que pensar. Si él pasaba por alto a un hombre en necesidad, así fuera de otra raza, él sería un trasgresor de la segunda parte de la ley: *"Ama a tu prójimo como a ti mismo"* (Lucas 10:27). Entonces, por su negligencia, tampoco habría cumplido la primera parte de la Ley. Y por desobedecer el resumen de los Diez Mandamientos, él incurriría en la ira de Dios.

Aplicación

La Escritura nos ordena que amar al prójimo incluye alcanzar a la gente de numerosas nacionalidades y grupos étnicos. El llamado de Jesús de ir y hacer lo mismo continúa siendo una realidad para nosotros hoy, tal como lo fue para el maestro de la Ley en su tiempo. El Señor nos pide ser misericordiosos con todos los desafortunados tendidos en el camino a Jericó de nuestra vida. Éste es un llamado al próspero a ayudar a aliviar el dolor y la pobreza que incontables personas experimentan a diario.

La Escritura enseña que el pueblo de Dios debe estar dispuesto a ayudar y ser generoso con el pobre en la tierra, sin importar su raza. La Biblia exhorta a los cristianos a proporcionar asistencia social y financiera a los pobres.

Un leproso de Samaria

Lucas 17:11-19

Un Horrible Enfermedad

Un samaritano en los tiempos del ministerio de Jesús había contraído lepra y no podía permanecer en su propia casa ni en su comunidad, por temor a contaminar a otros. Él estaba instalado en los confines de una colonia de leprosos, en la que tanto judíos como samaritanos vivían juntos y pasaban sus días hasta morir, esperando recibir una misericordia final para sus vidas. Los sentimientos discriminatorios raciales o religiosos no existían entre ellos porque todos estaban afectados con la misma enfermedad. Estos dolientes experimentaban una destrucción gradual de partes de sus cuerpos, incluyendo dedos, oídos y nariz.

A nadie en la colonia se le permitía ir cerca del pueblo, y los del pueblo permanecían alejados, excepto aquellos que proveían para sus necesidades vitales. Estos últimos dejaban los artículos en un lugar específico donde los leprosos podían ir y recogerlos. El único contacto que estos leprosos tenían con el mundo exterior era cuando le gritaban a los que se acercaban al campamento. El leproso samaritano de Lucas 17 vivía en este campamento con otros nueve leprosos judíos.

Si la condición de uno de ellos mejorara al punto de ser sanado, sería despedido de la colonia. Luego, él tendría que presentarse ante un sacerdote que, al examinarlo, podría declararlo sano. Después, se le permitía volver a su casa, pueblo o ciudad.

Jesús el Sanador

Los leprosos habían oído que Jesús de Nazareth había sanado a muchas personas y en ese momento iba camino a Jerusalén para asistir a una de las fiestas religiosas. También se enteraron de que pasaría cerca de ellos. Cuando vieron acercarse a Jesús y a sus discípulos, les gritaron tan fuerte como pudieron: “*Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!*” (Lucas 17:13). Aunque la enfermedad destruía progresivamente sus cuerdas vocales, algunos de ellos aún eran capaces de hacerse escuchar. ¿Qué haría Jesús? ¿Se acercaría y los tocaría? En su corazón, ellos sabían que Él tenía el poder de hacer un milagro simplemente con decirlo. Y eso fue exactamente lo que Jesús hizo.

Jesús dijo: “*Vayan a presentarse a los sacerdotes*” (Lucas 17:14). Los leprosos oyeron la orden de Jesús y se asombraron. Ellos comprendieron que ahora tenían que actuar por fe. No tenían nada que perder y sí todo por ganar.

Los leprosos dejaron su campamento y mientras iban hacia el lugar donde vivían los sacerdotes, vieron que donde faltaban dedos, de repente empezaron a aparecer; ellos se miraron las caras unos a otros y vieron que todos habían sido sanados.

La Gratitud del Samaritano

Cuando los diez leprosos sanados iban a presentarse a los sacerdotes, uno de ellos se detuvo y se devolvió adonde estaba Jesús. Él ya no tenía que permanecer alejado de los demás seres humanos porque el temor de contaminar a otros había desaparecido. Sin importarle lo que los otros nueve leprosos quisieran hacer, él tenía que ir de prisa donde Jesús y agradecerle. Él alabó a Dios a grandes voces y cayó a los pies de Jesús y le expresó su gratitud desde el fondo de su corazón. Él fue el único que agradeció y era un samaritano. Los nueve judíos, que deberían haberlo sabido mejor, se rehusaron a mostrar algo de aprecio a Jesús.

Jesús sintió una verdadera decepción, porque sólo uno de ellos regresó a agradecerle. Aunque apreció que el samaritano hubiera regresado donde Él estaba, Jesús se sentía triste de ver la indiferencia de los nueve judíos. Jesús hizo tres preguntas evidentes en sí mismas:

- ¿Acaso no quedaron limpios los diez?
- ¿Dónde están los otros nueve?
- ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero?

Los nueve leprosos dieron por hecho la bendición de la sanidad. Estos nueve habían recibido una educación religiosa desde su infancia y aun así rehusaron regresar donde Jesús, a pesar de oír las alabanzas del samaritano y verlo devolverse donde Jesús. Los samaritanos sólo tenían los primeros cinco libros del Antiguo Testamento como su Biblia, por lo que su instrucción religiosa era insuficiente e incompleta. Aún así este extranjero, como Jesús lo llamó, tuvo la cortesía de regresar donde Él estaba, con alabanzas y acciones de gracias.

Jesús le dijo entonces al samaritano que se levantara y fuera donde los sacerdotes. Él le dijo: “*Tu fe te ha sanado*” (Lucas 17:19). Él sanó a esta persona gracias a su fe y de esa manera, lo declaró también sano espiritualmente. Los nueve judíos fueron sanados físicamente, pero no espiritualmente, en tanto que el samaritano, además de ver restaurado su cuerpo, recibió el don de la salvación.

Aplicación

La Biblia nos enseña a dar gracias a Dios por todas las bendiciones que recibimos de Él diariamente. Si tomamos el tiempo de reflexionar en los incontables dones espirituales y materiales que recibimos de Dios, podemos ver una nueva dimensión de nuestra ingratitud.

Aunque los padres entrenen a sus hijos para decir gracias, a veces se frustran cuando sus hijos adolescentes no les agradecen el cuidado y la protección que reciben.

¿Cuántas veces, como hijos de Dios, no le agradecemos las bendiciones diarias que recibimos de Él? Así, durante la comida, deberíamos agradecerle por el alimento que nos provee. Otras bendiciones que deberíamos agradecer y reconocer incluyen la salvación, el perdón de los pecados, la vida eterna, su protección, la sabiduría, la fe, el amor, ser parte de la familia de Dios y un sinnúmero de bendiciones financieras.

El criminal crucificado

Lucas 23:39-43

Tres Cruces en Una Colina

La cruz de Jesús es con frecuencia pintada entre otras dos cruces. Dos criminales fueron ejecutados al mismo tiempo con Jesús.

Los romanos no crucificaban a sus propios ciudadanos excepto en casos de traición, pero los esclavos malvados eran crucificados como castigo. Para preservar la ley y el orden en las provincias romanas, la práctica de la crucifixión de esclavos también se extendió a los extranjeros que habían robado y asesinado a otros. Morir crucificado era considerado el castigo más cruel que se pudiera imaginar y servía como acto disuasorio. No hay información respecto a los crímenes cometidos por los dos bandidos, aunque su castigo era justo según uno de los dos criminales clavado a una cruz al lado de Jesús.

Algunas veces las víctimas eran flageladas antes de la crucifixión. Este castigo abriría sus espaldas hasta el hueso y a veces exponía sus órganos vitales. La flagelación causaba pérdida de sangre y de esa manera, acortaba el período de sufrimiento en la cruz. Sin la flagelación, las víctimas podían colgar por más de un día antes de morir miserablemente. En el caso de los dos criminales, los soldados rompieron sus piernas para que la asfixia apresurara su deceso.

Como una manera de humillar a una víctima, un juez podía ordenar que un letrero que dijera el delito se colocara en la cruz, por encima de la cabeza del que iba a ser crucificado. Esto le sucedió a Jesús, cuyo letrero decía: *"Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos."* Sin embargo, ningún letrero indicaba el delito de los dos criminales.

Un Criminal Absuelto

La multitud y los transeúntes no proferían insultos a los dos criminales sino a Jesús. Ellos se mofaron de Él diciéndole que, así como había salvado a otros, se salvara ahora a sí mismo. Otros se burlaban llamándolo Rey de Israel y diciéndole que bajara de la cruz para que ellos pudieran creer en Él. Los dos criminales colgados junto a Jesús participaron de esta burla. Uno de ellos dijo: *"¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!"* (Lucas 23:39). Pero este comentario fue demasiado para el otro bandido que lo reprendió con severidad: *"Ni siquiera temor de Dios tienes, aunque sufres la misma condena? En nuestro caso, el castigo es justo, pues sufrimos lo que merecen nuestros delitos; éste, en cambio, no ha hecho nada malo"* (Lucas 23:40-41).

Este criminal vio su error y se arrepintió. Él sabía que su sentencia era justa y merecía la crucifixión, mientras que Jesús era inocente, aunque había recibido la

misma sentencia. El hombre había escuchado a Jesús orar para que Dios perdonara a sus verdugos y había observado el amor que Jesús expresó por su madre y uno de sus discípulos. Él probablemente había escuchado a Jesús enseñar a las multitudes y tal vez recordaba algunas de sus enseñanzas. Cuando él reprendió a su compañero y le preguntó si temía a Dios, expresó el temor de caer en las manos del Dios viviente.

El hombre confesó su pecado en presencia del Único sin pecado y dijo: “*Jesús, acuédate de mí cuando vengas en tu reino*” (Lucas 23:42). Él llamó a Jesús por el nombre que el ángel le había dado a conocer a María y a José: “*Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mateo 1:21). Y este Jesús reinaría como rey en el trono de su padre David y su reino no tendrá fin.

El criminal entendió que la soberanía de Jesús no pertenecía a un reino terrenal sino a uno espiritual. Puede ser que él hubiera escuchado a Juan el Bautista y a Jesús hablar acerca del reino de los cielos y hubiera comprendido que Jesús estaba entrando al cielo. Él quería ser parte de este reino y, por lo tanto, le rogaba a Jesús que lo recordara con misericordia cuando Él, como rey, entrara en el cielo. Él deseaba ser un ciudadano de ese reino.

Esta conversación tuvo lugar cinco minutos antes de la medianoche. El tiempo estaba acabándose para el criminal. Por eso, él suplicó por gracia al pedirle al rey que lo recordara. Él quería pasar la eternidad con Jesús y nunca separarse de Él. En la cruz, cerca de Jesús, él no le pidió un lugar de honor en su reino sino sólo ser parte de él.

Jesús respondió: “*Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso*” (v.43). Él no dijo que en el futuro este convertido tendría un lugar en su reino mesiánico. En lugar de eso, Jesús dijo que Él le aseguraba que inmediatamente después de su muerte, él sería parte de ese reino y recibiría la salvación plena y libre.

Jesús perdonó los pecados de aquel hombre, lo aceptó como uno de los suyos y le dio un lugar en el cielo. Jesús usó la palabra *hoy* para indicar que el hombre no tenía que esperar, sino que inmediatamente después de morir, estaría con Él en el paraíso. Paraíso es otra palabra para referirse al cielo, es un lugar de perfecta armonía y comunión con Dios.

Aplicación

Dios extiende la gracia a un pecador no arrepentido hasta el momento de su muerte. Pero cuando él muere, hay una separación eterna. Por lo tanto, Dios le dice al pecador que ahora es el momento de arrepentirse.

Nosotros reconocemos que nuestros pecados clavaron a Jesús en la cruz y causaron su muerte. En una de sus pinturas, Rembrandt van Rijn se pintó a sí mismo entre la gente que estaba alrededor de la cruz y presenció la crucifixión. Él quiso representar que sus pecados fueron responsables de la muerte de Cristo. De

hecho, Jesús murió en la cruz del Calvario por los pecadores que confiesan sus pecados y lo aceptan como su Salvador.

LOS
OPOSITORES
DE JESÚS

Judas

Mateo 26:14-30, 47-56 • Marcos 14:10-26, 43-52

Lucas 22:1-6, 47-53 • Juan 12:1-11, 13:18-30

Un Nombre de Vergüenza

Los padres a menudo ponen a sus hijos nombres tomados de la Biblia, pero nunca le ponen a uno de ellos, Judas. Ese nombre es rechazado a causa de su ignominia.

Aunque en el Nuevo Testamento y en otros libros, Judas es un nombre común que proviene de la palabra hebrea *Judah*, que significa “*el único que es alabado o celebrado*.” Por ejemplo, Jesús nació de la tribu de Judá, en la que celebraban que nacían reyes; por lo tanto, Él era un descendiente real y fue llamado rey. Por el contrario, Judas Iscariote, quien traicionó a Jesús, desacreditó y empañó el elogiable nombre de Judá.

Judas fue conocido como el hijo de Simón y para identificarlo, recibió el nombre de Iscariote. Es posible que esta palabra designe su origen y de esta manera, se le conoce como Judas de Kerioth. Esta puede haber sido una ciudad en el lado suroriental del Jordán, lo cual significaría que Judas fue un discípulo que no descendía de galileos.

Después que Jesús pasó toda una noche en oración, Él escogió a Judas como uno de sus doce discípulos. Pero además de llamarlo su discípulo, Jesús lo puso a cargo del dinero y lo nombró tesorero. Él puso su confianza en Judas y le dio la responsabilidad de comprar lo necesario para el sostenimiento diario de los discípulos y su Maestro.

A veces, Judas tenía que cuidar de los pobres. Pero ser el tesorero fue demasiada tentación para él. Judas fue gradualmente vencido por la codicia, lo que lo llevó a robar el dinero de la bolsa.

Una Pregunta con Doble Sentido

Nada se recuerda de Judas Iscariote hasta la última semana de la vida terrenal de Jesús. Seis días antes de la celebración de la Fiesta de la Pascua, Jesús y sus discípulos pasaron el sábado en Betania, con María, Marta y Lázaro. En este pueblo, se dio una cena en la casa de Simón para honrar a Jesús y expresarle gratitud por resucitar a Lázaro de entre los muertos. Aparentemente, Jesús estaba sentado cerca de su amigo Lázaro, mientras que Marta, la anfitriona, estaba ocupada sirviendo a todos los invitados.

Pero María tenía otros pensamientos. Ella quería honrar a Jesús de una manera especial, y, lo hizo dándole uno de los más costosos regalos que ella poseía: una

pinta de nardo puro, un perfume exclusivo y original, importado de lejanas tierras, que estaba almacenado en una jarra de alabastro de largo cuello, blanca o de color translúcido.

María se acercó a Jesús, que estaba reclinado con sus pies salidos de la mesa. Ella rompió el cuello de la jarra y vació el ungüento sobre los pies de Jesús y luego, empezó a secarlos con su cabellera suelta. Como se podía esperar, toda la casa se llenó con la fragancia del perfume. Soltar su cabello y secar con él los pies de Jesús, era algo inapropiado para una dama, pero María quiso mostrar su amor y devoción a Jesús.

Al observar a María y oler el perfume, Judas no se pudo contener y preguntó: *“¿Por qué no se vendió este perfume, que vale muchísimo dinero (trescientos denarios), para dárselo a los pobres?”* (Juan 12:5). Trescientos denarios era el salario que percibía un trabajador por trescientos días, es decir, por todo un año de trabajo.

Al descubrir el valor, la motivación de Judas podía ser interpretada como un pensamiento noble, pero sus compañeros discípulos no lo conocían como un benefactor de los pobres, sino como un ladrón interesado en llenar sus propios bolsillos con el dinero de la bolsa. En lugar de reprender a Judas, Jesús simplemente le dijo que dejaría en paz a María. Entonces Él hizo mención de María y dijo que ella había hecho algo hermoso por Él: ella había guardado este perfume para el día de su sepultura. A la espera de la inminente muerte de Jesús, María quería preparar su cuerpo para el entierro.

Jesús habló en defensa de María y la exaltó al decir que en cualquier parte del mundo donde se predique el Evangelio, se contará también la historia de lo que ella había hecho. Luego, Él agregó que siempre habría pobres a quienes los discípulos podrían ayudar cuando ellos quisieran, pero que a Él no lo tendrían siempre. Jesús dijo a sus discípulos que María estaba preparando su cuerpo para su sepultura, indicando que su partida de esta tierra estaba cerca.

Una Repugnante Traición

Algunos días después, en la celebración de la Fiesta de la Pascua en el Aposento Alto, Jesús dijo a los doce discípulos que uno de ellos lo traicionaría. Juan le preguntó: *“¿Quién es?”* (Juan 13:25). Y Jesús le respondió: *“Aquel a quien yo le dé este pedazo de pan que voy a mojar en el plato”* (Juan 13:26). Entonces, mojando el pan en el plato, Jesús se lo dio a Judas. Jesús utilizó este método para indicar que Él era plenamente consciente del vil plan de Judas de ir ante los jefes de los sacerdotes y recibir treinta piezas de plata como pago por su traición.

Jesús le dio a Judas una última advertencia, la cual cayó en oídos sordos. Él dijo: *“Lo que vas a hacer, hazlo pronto”* (Juan 13:27). Pero Judas estaba en las garras de Satanás. Él tomó el pan de Jesús, salió del Aposento Alto y se fue con un alma tan oscura como la noche.

Esa misma noche, Judas guió a un grupo de soldados y guardias del Templo al Jardín de Getsemaní. Sirviendo como guía, Judas había informado que allí estarían los doce hombres, es decir, Jesús y once discípulos, pero él besaría a Jesús para que los captores pudieran arrestar al hombre correcto.

Jesús salió al encuentro de sus captores y les preguntó: “*¿A quién buscan?*” (Juan 18:4). Justo en ese momento, Judas se acercó a Jesús, lo besó y dijo: “*Rabí*” (Mateo 26:49). Y Jesús le preguntó: “*Amigo, ¿A qué vienes? ¿Con un beso traicionas al Hijo del Hombre?*” (Mateo 26:50; Lucas 22:48). En lugar de reprenderlo, Jesús se dirigió a él tiernamente y con dos preguntas le reveló su pecado de traición. Aún en el momento de su arresto, Jesús ministró cariñosamente a Judas para mostrarle su error.

Judas acompañó a los soldados a la casa de Anás, donde Jesús fue condenado a morir por admitir que Él ciertamente era el Hijo de Dios. Cuando Judas supo el veredicto, comprendió de repente lo que había hecho y lleno de remordimiento, corrió de prisa de la casa de Anás al Templo. Acusado por su conciencia, Judas tenía que deshacerse de las treinta monedas de plata que le quemaban los bolsillos. Fue donde los jefes de los sacerdotes y ancianos y les dijo: “*He pecado porque he entregado sangre inocente*” (Mateo 27:4).

Judas mostró remordimiento, pero no arrepentimiento. Él regresó donde los jefes de los sacerdotes y ancianos que le habían dado el dinero, en lugar de haber regresado arrepentido donde Jesús y pedirle perdón. Pero al regresar con sus secuaces, él hizo la peor cosa que podía haber hecho, porque quienes están al servicio del mal, nunca tienen misericordia.

Los jefes de los sacerdotes le dijeron que su remordimiento no era asunto de ellos. Ése era su problema. Ellos no querían tener nada que ver con el sangriento dinero de Judas. Así que Judas tomó las treinta monedas y las arrojó en el Templo. Aunque él había tirado las monedas, no podía borrar de su conciencia el peso de la culpa.

Rechazado por los jefes de los sacerdotes y los ancianos, ¿dónde más podía ir Judas sin Jesús y los discípulos? Él vio sólo una manera de salir y fue cometer suicidio. Pero esa fue una completa equivocación, pues inmediatamente después de morir, enfrentaría el juicio de toda la tierra y sería enviado al infierno.

Judas salió de la ciudad y se ahorcó. No hay suficiente información para determinar exactamente qué pasó. Él pudo haber elegido un árbol sobresaliente del Valle del Cidrón. La cuerda no pudo sostener su cuerpo y cayó al vacío del valle. En consecuencia, su cuerpo se destrozó y sus entrañas se salieron. Así, la vida del traidor Judas tuvo un trágico final.

Aplicación

Hay varios pasos descendentes que llevan a una muerte ignominiosa. El primer paso es dejarse atraer por una tentación, diciéndose a sí mismo que esa tentación

es inofensiva. En el siguiente paso, la tentación conduce al pecado, lo cual produce una conciencia culpable. Cuando el pecado continúa desarrollándose, eventualmente termina en la fase final, es decir, la muerte física y espiritual.

También hay pasos que llevan a la salvación. El primer paso es confirmar la fe en Jesucristo; esto es seguido por escuchar obedientemente su voz y caminar firmemente en sus caminos. Esto termina en el gozo de la plenitud de vida y la salvación.

¡Acepte a Jesús como su Salvador personal y viva!

La Escritura enseña que Dios no quiere que nadie perezca, sino que todos se arrepientan y vivan (Ezequiel 33:11; 2 Pedro 3:9).

Los Fariseos

Mateo 22:15-23:39

Obedientes al Texto de la Ley

Los fariseos llegaron a ser conocidos como los “Únicos Apartados,” que miraban despectivamente a la gente común. Debido a su actitud altanera, los fariseos tenían numerosos opositores que no apreciaban su apartada manera de vivir. Los fariseos eran los así llamados “santos” que estaban por encima de los que ellos consideraban ceremonialmente impuros.

En los tiempos de Jesús y los apóstoles, el número de fariseos alcanzó cerca de seis mil miembros prominentes. Aunque no había mucho aprecio mutuo entre el pueblo y los fariseos, las masas en Israel seguían su liderazgo. Ellos reconocían a los fariseos como los más acertados intérpretes de la Ley, junto con los escribas o maestros.

Aunque Nicodemo era un fariseo y llegó a ser en secreto un seguidor de Jesús, los escribas y fariseos permanecieron en firme oposición a este maestro de Nazareth. Ellos no sólo discutían las enseñanzas de Jesús, sino que también criticaban sus acciones, incluyendo sus milagros de sanación. Pero Jesús siempre basó su enseñanza en las Escrituras y probó que el clero estaba equivocado. Cuando ellos le tendían una trampa, continuamente Él los dominaba. Este es un buen ejemplo: los fariseos, junto con los Herodianos (gente que apoyaba el gobierno romano), se acercaron a Jesús con la pregunta de si estaba bien pagar impuestos al César. Así ellos pusieron delante de Él el dilema de escoger entre el estado y la religión. Eligiera la respuesta que eligiera, Jesús estaba en problemas.

Jesús reprendió a los fariseos llamándolos hipócritas y luego les pidió que le mostraran la moneda con la que pagaban los impuestos al gobierno romano. Cuando se la dieron, Él les pidió que le dijeran de quién era la imagen y la inscripción que estaba en la moneda. Ellos respondieron: *“Del César.”* Entonces Él les dijo: *“Entonces dénde al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”* (Mateo 22:21).

Él les dijo que pagaran impuestos para poder vivir en una sociedad ordenada, viajar por buenas vías, disfrutar de un ambiente seguro y tener buenos tribunales de justicia. Jesús indicó que ellos tenían que honrar a Dios con sus diezmos y ofrendas y obedecerlo en armonía con sus leyes y preceptos. Jesús enseñó que debían existir de manera paralela tanto un reino terrenal como un reino espiritual. Él pidió respetar al gobierno romano y también honrar a Dios y su Palabra.

Más tarde, uno de los fariseos que era un experto en la ley quiso probar a Jesús y saber lo que Él pensaba acerca de cuál de los mandamientos era el más importante. Este fue un tema debatido acaloradamente entre los más respetados

maestros de la Ley. Como monoteístas, que enseñaban el Credo de los Hebreos (*“Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor”* – Deuteronomio 6:4), ellos querían conocer el corazón de los Diez Mandamientos.

Jesús les respondió correctamente al darles a los fariseos el resumen de los Diez Mandamientos formulado en Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18. Él dijo: “*Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente.*” Él llamó a éste el primero y más importante mandamiento. Luego Él agregó un segundo mandamiento: “*Ama a tu prójimo como a ti mismo.*” Y concluyó diciendo que estos dos mandamientos resumían las enseñanzas de todo el Antiguo Testamento. Obviamente, el experto en la Ley no pudo encontrar fallas en la respuesta de Jesús.

Pero Jesús quiso saber lo que los fariseos pensaban acerca del Cristo, así que les preguntó: “*¿De quién es hijo?*” (Mateo 22:42). Él los puso en el aprieto de reconocerlo como el Cristo, pero ellos rehusaron reconocerlo como el Mesías. Ellos le dieron una respuesta evasiva pero correcta: “*De David.*” Entonces, Jesús volvió nuevamente a las Escrituras y les preguntó por qué David llamaba al Mesías “Señor.” Él citó el Salmo 110:1: “*Dijo el Señor a mi Señor: ‘Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.’*” Y preguntó a los fariseos: “*Si David lo llama ‘Señor,’ ¿Cómo puede entonces ser su hijo?*” (Mateo 22:45).

El hilo del argumento es que el Señor Dios le pide al Señor de David que se siente cerca de Él, en su trono, y, por lo tanto, el Señor de David es el Hijo de Dios, el Mesías. Y sí, ciertamente, este exaltado Mesías, el hijo de David, ahora en la carne, los confrontaba. Los fariseos habían encontrado un contendor y fueron silenciados, pero ellos rehusaron aceptar a Jesús como el Cristo.

La Feroz Reprensión de Jesús

Jesús pronunció una serie de advertencias y “ayes” sobre los fariseos y escribas. Él advirtió a sus discípulos no seguir el pernicioso ejemplo dado por los líderes judíos, que imponían reglas al pueblo que ellos mismos no practicaban, aunque sí las predicaban.

Los líderes judíos hicieron un espectáculo de sus oraciones con grandes filacterias y vistosas borlas en sus ropas. Ellos ocupaban los sitios de honor en las sinagogas y mientras caminaban a través del mercado, disfrutaban que la gente los saludara y llamaran “Rabí.” En lugar de ser siervos, ellos anhelaban ser servidos. En lugar de ser humildes, ellos anhelaban ser exaltados. Jesús los reprendió por su hipocresía, carencia de simpatía y hacer de la piedad un espectáculo.

Entonces Jesús pronunció siete “ayes” sobre los escribas y fariseos. En el primero Él los denunció por bloquear el camino al reino de los cielos. Ellos mismos no entrarían a ese reino, pero al mismo tiempo, no dejaban entrar a los que intentaban hacerlo. Al rechazar reconocerlo como el Cristo, ellos bloquearon el

camino al reino impidiendo que otros entraran. Jesús se dirigió a los escribas y fariseos como hipócritas.

En el segundo “ay,” se refiere a los líderes en Israel que recorrían tierra y mar para ganar un solo adepto y cuando finalmente lo encuentran, lo entrena para hacerlo dos veces peor de lo que ellos mismos son. Jesús no tenía en mente a los gentiles temerosos de Dios que lo adoraban en las sinagogas. Entre ellos estaban el Centurión romano, Cornelio y Teófilo. Jesús se refirió específicamente a un prosélito que fue tan fuertemente influenciado por los escribas y fariseos que lo hicieron doblemente merecedor del infierno.

El tercer “ay” se refiere a la ceguera espiritual de estos líderes que trastornaban la verdad con frívolos juramentos, incluyendo los que hacían por el oro del Templo o por el altar. Pero los juramentos son vinculantes y nunca deberían hacerse a menos que se cumplan.

En el cuarto “ay,” Jesús condenó a los escribas y fariseos por diezmar meticulosamente de sus especias: la menta, el anís y el comino; pero descuidaban los asuntos más importantes de la Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad.

Cuando Jesús pronunció el quinto “ay,” Él llamó a los fariseos hipócritas y los culpó de limpiar por fuera el vaso y el plato, pero por dentro están llenos de robo y desenfreno. Él observó que ellos prestaban cuidadosa atención a la limpieza de los utensilios de la mesa para que los alimentos y bebidas estuvieran libres de contaminación. Así que Él les ordenó limpiar primero por dentro, es decir, sus corazones, para que también quedaran limpios por fuera.

En el sexto “ay,” Jesús siguió llamando hipócritas a los fariseos, que por fuera parecían sepulcros blanqueados, pero por dentro estaban llenos de huesos de muerto y podredumbre. Su religión no era más que una apariencia externa, mientras que en sus corazones albergaban y cultivaban los vicios de la hipocresía y la maldad.

Y finalmente, Jesús los reprendió una vez más por su hipocresía, pues por fuera parecían tumbas y monumentos adornados, alardeando acerca de su bondad, cuando en realidad eran descendientes de quienes mataron a los profetas que Dios les había enviado.

Jesús pronunció palabras severas contra los fariseos al describirlos como serpientes. Él predijo que ellos matarían y crucificarían a los mensajeros de Dios y, por ende, matarían al Hijo de Dios, crucificándolo. Y con su mirada puesta en el futuro, Él lamentó la pronta destrucción de Jerusalén y de su corrupto liderazgo.

Sin embargo, algunos de los fariseos se convirtieron al cristianismo en el período comprendido entre el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, en el año 30 d. C., y, la destrucción de Jerusalén cuarenta años más tarde. Incluso el respetado fariseo Gamaliel, un maestro de Ley, aconsejó a sus colegas del Sanedrín dejar a los apóstoles de Jesús en paz y dejarlos ir (Hechos 5:35-39). Él reconoció

que Dios había ordenado el trabajo de los apóstoles y aconsejó a los miembros del Sanedrín que evitaran pelear contra Dios.

Aplicación

La palabra hipócrita agrupa las ideas de falta de sinceridad, duplicidad, engreimiento y orgullo. Un hipócrita es un pretencioso que convierte la bondad en maldad, la verdad en mentira, la honestidad en engaño y el honor en desgracia, y, siente un completo desprecio por la Ley de Dios.

La hipocresía es la expresión externa de una acción que carece de cualquier compromiso interno. Los hipócritas, por lo tanto, son gente impía cuyo final tanto espiritual como físico es la muerte. Por el contrario, la honestidad y la integridad son el sello distintivo de los cristianos que aman sinceramente al Señor y a su prójimo. Ellos guardan la ley de Dios no por obligación sino por un deseo de servirlo a Él.

Los Saduceos

Mateo 16:1-12 • Mateo 22:23-46

Enseñanzas Selectivas

Los fariseos aceptaban todo el Antiguo Testamento y la tradición oral como sus normas de vida. Por lo tanto, ellos tenían mucho en común con Jesús y sus apóstoles. Pero los saduceos se mantenían sólo en los cinco libros de Moisés y no aceptaban la autoridad de las demás Escrituras. Ellos incluso desechaban las tradiciones de los ancianos que se originaron con Moisés. No aceptaban la doctrina de la resurrección de los cuerpos, sino que creían que el alma moría con el cuerpo. También rechazaban la existencia de ángeles y demonios, aún cuando los casos de posesión demoníaca eran rampantes en Israel durante el ministerio de Jesús.

Jesús se encontró con saduceos en sólo dos ocasiones, una vez con los fariseos y otra vez sin ellos. La primera vez, ellos vinieron con los fariseos y le pidieron una señal. Ellos habían oído acerca de los milagros que Jesús había hecho, restaurando la salud de muchas personas, alimentando a multitudes y resucitando gente. Ellos querían saber si Él haría un milagro en su presencia para demostrar así su poder sobrenatural como una señal del cielo. Si Él no atendía su solicitud y fracasaba, ellos podrían ridiculizarlo y presentarlo como un fraude.

Jesús no accedió a su solicitud al percibir su intención. Estas dos facciones que siempre estaban en oposición, ahora venían juntas no para aprender de Jesús sino para avergonzarlo. Él se dirigió a ellos llamando su atención hacia las señales de la naturaleza y la historia, diciendo: *"Al atardecer, ustedes dicen que hará buen tiempo porque el cielo está rojizo, y por la mañana, que habrá tempestad porque el cielo está nublado y amenazante. Ustedes saben discernir el aspecto del cielo, pero no las señales de los tiempos. Esta generación malvada y adúltera busca una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás"* (Mateo 16:2-4).

Desde aquella tarde que ellos habían escuchado y visto a Jesús, debieron ser los primeros en reconocerlo como Mesías, pero ellos rehusaron a aceptarlo como el Cristo. Y como ellos no podían entender las señales de los tiempos, Él dirigió su atención hacia el clima y la señal de Jonás. Aunque los saduceos no reconocían la autoridad de los libros proféticos, conocían el incidente histórico de la estadía de Jonás en el estómago del pez durante tres días y tres noches. Ellos sabían que este profeta había regresado a la vida y, en un sentido, había experimentado la muerte y la resurrección.

La segunda vez que los saduceos se acercaron a Jesús, vinieron solos porque querían probarlo acerca de la doctrina de la resurrección, la cual ellos rechazaban, pero los fariseos la enseñaban. Ellos se acercaron a Jesús en los últimos días de su

vida terrenal, con una historia ficticia acerca de una mujer que había sobrevivido a siete esposos, todos hermanos, y luego moría. Ellos basaban esta historia en la Ley de Moisés: cuando un esposo muere, su hermano deberá casarse con la viuda (Deuteronomio 25:5-6). Los siete esposos murieron, dijeron los saduceos, y eventualmente la mujer los sobrevivió a todos. Ellos preguntaron: “*En la resurrección, ¿de cuál de los siete será esposa esta mujer, ya que todos estuvieron casados con ella?*” (Mateo 22:28). Ellos asumieron que Jesús quedaría perplejo y así ellos fortalecerían su negación de la resurrección.

Primero, Jesús los cuestionó por rehusarse a aceptar la doctrina de la resurrección y los reprendió por no conocer las Escrituras y el poder de Dios. Si ellos hubieran leído el resto del Antiguo Testamento, habrían encontrado pasajes que enseñan acerca de la resurrección de los muertos. Ellos habrían admitido que Dios ciertamente es poderoso, pero estaban equivocados al pedirle que les explicara la resurrección. Él los reprendió por su rechazo a la enseñanza bíblica de esta doctrina y la de los ángeles. Él les dijo: “*En la resurrección, las personas no se casarán ni serán dadas en casamiento, sino que serán como los ángeles que están en el cielo. Pero en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿No han leído lo que Dios les dijo a ustedes: ¡Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob! Él no es Dios de muertos, sino de vivos?*” (Mateo 22:30-32).

En lugar de salir victoriosos, los saduceos fueron derrotados. La gente que estaba a su alrededor oyó la enseñanza de Jesús y quedó admirada.

Aplicación

En medio del mundo religioso, el cristianismo es el único que enseña la resurrección física de los muertos. Esta doctrina es fundamental para la fe cristiana. Desde Pentecostés hasta ahora, los cristianos han predicado fielmente la resurrección de los muertos. Y la Iglesia universal lo confiesa en el Credo: “Creo en la resurrección de los muertos.” Eso es cristianismo básico.

La doctrina de la resurrección de Cristo es básica para la fe en Él. Todo el que cree que Jesús ha sido resucitado físicamente de entre los muertos, garantiza la vida eterna y una resurrección física del cuerpo en forma gloriosa.

Caifas

Mateo 26:57-68 • Marcos 14:53-65

El Juicio de Jesús

Después de que Jesús resucitara a Lázaro, el Sanedrín se reunió para discutir qué acción debería tomarse contra de Jesús. Caifás, como Sumo Sacerdote, aconsejó a sus compañeros miembros del concilio que sería mejor que muriera un solo hombre por el pueblo y no que toda la nación pereciera. El Sumo Sacerdote pensó que la muerte de Jesús sentaría un precedente para mantener la paz. Él quería evitar la intervención de Roma en el evento de una insurrección instigada por Jesús y sus seguidores. Sin duda, el ejército romano mataría a numerosos judíos.

En un sentido espiritual, las palabras pronunciadas por Caifás fueron proféticas. Jesús moriría no sólo por la nación de Israel, sino también por todos los hijos de Dios. Por medio de su muerte, Jesús ciertamente trajo juntos a todos los hijos de Dios y los hizo uno en Él.

Caifás era un confabulador que sabía que si la influencia de Jesús aumentaba, él perdería su cargo de Sumo Sacerdote. Para salvaguardar su posición, Caifás aconsejó al Sanedrín esperar el momento preciso para eliminar a Jesús. Él recomendó que la ejecución no fuera durante la Fiesta de la Pascua, cuando una multitud de judíos estaría en Jerusalén. Debería hacerse antes de las festividades. Por eso, él convocó al Sanedrín a medianoche, lo cual no era común pues las puertas del área del Templo estaban cerradas. Por eso, el juicio se mantuvo en palacio del Sumo Sacerdote, aunque para que la reunión tuviera alguna semblanza de legitimidad, sólo podía limitarse a una investigación.

Durante el proceso, Caifás presentó testigos que decían que Jesús había querido destruir el Templo. Pero el relato de estos testigos no concordaba y su acusación no fue aceptada.

Entonces, el astuto Sumo Sacerdote decidió que él mismo actuaría como fiscal y le preguntó a Jesús si Él era el Mesías, el Hijo de Dios. Cuando Jesús respondió afirmativamente, Caifás rasgó sus ropas y acusó a Jesús de blasfemia.

La Ley de Moisés estipulaba que una persona que blasfemara contra Dios debía morir. Los miembros del Sanedrín estuvieron de acuerdo con el Sumo Sacerdote en que Jesús merecía la muerte. Muy temprano en la mañana, ellos decidieron legitimar su veredicto enviando a Jesús ante el Gobernador Poncio Pilato, pero cuando él lo examinó y repetidamente declaró que no lo encontraba culpable de nada, los jefes de los sacerdotes gritaron: “*¡Crucifícalo!*” (Mateo 27:22-23). Y cuando Pilato dudó, ellos acudieron al chantaje. Si él liberaba a Jesús, ellos le informarían al César que el gobernador había liberado a un autoproclamado rey. De esta manera, Pilato accedió a su demanda y Caifás ganó.

Aplicación

Un Sumo Sacerdote era el representante puesto por Dios para presentar las necesidades de su pueblo en oración. Él debía orar por el perdón de los pecados que la gente y él habían cometido. Él tenía que tratar con amabilidad al pueblo de Dios y enseñarles a arrepentirse, como él también debía hacerlo.

Al conducir el juicio de Jesús, el Sumo Sacerdote tramó su crucifixión. Él pervirtió la justicia, declaró culpable al inocente y forzó al gobernador a ejecutar a Jesús. Él pensó que eliminando a Jesús establecía un precedente para la nación de Israel. Pero sería Caifás y no Jesús quien sería juzgado y condenado en el tribunal de Dios.

Dios dijo: “*Sean santos, porque Yo soy Santo*” (Levítico 11:44). Él hace hoy responsable a su pueblo por la pureza de la Iglesia. Cuando los líderes o los miembros caen en pecado, Él se dirige a la Iglesia para imponer disciplina. La disciplina está diseñada para llevar al culpable al arrepentimiento. Si en lugar de remordimiento hay dureza de corazón, la consecuencia final debe ser la exclusión del cuerpo.

Pilato

Mateo 27:11-26 • Juan 18:28-19:22

El Juez Romano

El nombre de Poncio Pilato está unido por siempre al de Jesús de Nazareth. El Credo Apostólico, una confesión de fe aceptada y recitada por toda la cristiandad, expresa lo siguiente: “(Jesús) sufrió bajo el poder de Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado.” Pilato fue el gobernador romano que sentenció a Jesús a morir en una cruel cruz.

Él presumiblemente ascendió en los rangos del ejército romano y sirvió como un administrador militar. Desde esa posición, fue llamado a ser el gobernador de Judea. Se le entregó el mando de cinco cohortes de infantería y un regimiento de caballería que totalizaba unos cinco mil hombres.

Por los Evangelios, sabemos que Pilato no era un buen administrador de la justicia romana. En lugar de enarbolar las virtudes de honestidad e integridad y tomar plena responsabilidad como juez, él sucumbía a la presión. Él trató de abdicar en su deber jurídico al pedir a otros que administraran justicia por él. Él envió a Jesús a Herodes, el gobernador de Galilea, que estaba en Jerusalén para la Fiesta de la Pascua. Él le pidió al Sanedrín que juzgara a Jesús e hizo que la multitud escogiera entre Jesús y Barrabás. Él decidió hacer lo que era conveniente y no lo justo. Él sentenció a muerte a una persona que sabía que era inocente.

Al amanecer de la mañana del viernes, al comienzo de la Pascua, el jefe de los sacerdotes con los ancianos y maestros de la Ley llevaron a Jesús ante Poncio Pilato para que lo juzgara, pero el gobernador les preguntó de qué lo acusaban. Ellos lo acusaron falsamente de pervertir la nación, negarse a pagar impuestos al César y llamarse a sí mismo Cristo el rey. También lo llamaron criminal.

Algunas autoridades judías eran conscientes de haber traído ante los funcionarios romanos asuntos religiosos que no tenían nada que ver con la ley romana. Pilato era consciente de estos intentos ladinos y ahora veía una excelente oportunidad de rechazar el caso. Él dijo a los judíos que se llevaran a Jesús y lo juzgaran según su Ley, pero ellos respondieron que no tenían la autoridad para administrar la pena capital, una medida que presumiblemente habían tomado de los romanos durante la administración de Pilato. Él y no las autoridades judías, tenía el poder de ejecutar a los criminales.

Los soldados romanos llevaron a Jesús al interior del palacio, donde Pilato le preguntó: “*¿Eres tú el rey de los judíos?*” (Juan 18:33). Para Pilato, el cargo en contra de Jesús parecía ridículo, pero él tenía que hacer la pregunta. Jesús respondió con otra pregunta: “*¿Eso lo dices tú, o es que otros te han hablado de mí?*” (Juan 18:34). Pilato no podía contestar con un breve sí o no, porque un sí

habría implicado que Jesús era un rey en un reino político. Y una respuesta negativa sería una negación de su dignidad mesiánica.

Pilato quiso saber entonces qué había hecho Jesús para que lo trajeran ante él. Los jefes de los sacerdotes lo habían acusado de ser el rey de los judíos, por lo que el gobernador expresó su desprecio diciendo que como él no era judío, no sabía nada acerca de la dignidad de Jesús. ¿Qué diría Jesús sobre los cargos que habían hecho los jefes de los sacerdotes? Si Él no era un criminal, entonces ¿qué había hecho para merecer esta acusación?

Jesús respondió: *"Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis propios guardias pelearían para impedir que los judíos me arrestaran. Pero mi reino no es de este mundo"* (Juan 18:36). Él admitió que era un rey y que tenía sirvientes, pero su dignidad era diferente a la de los reyes terrenales. Su reino no era de este mundo, sino que tenía un origen espiritual. Él se apartaba de las autoridades judías al indicar que sus siervos no impedirían que fuera entregado a los romanos. Él insinuaba que su dignidad no era una amenaza para el gobierno romano.

El gobernador quiso saber qué clase de dignidad representaba Jesús al decirle: *"¡Así que eres rey!"* Jesús le respondió: *"Eres tú quien dice que soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que está de parte de la verdad escucha mi voz"* (Juan 18:37). Jesús le hizo saber que él había nacido rey y que, como tal, había venido a dar testimonio de la verdad. Pilato no entendía el significado de las palabras de Jesús y de una manera más bien despreocupada le preguntó: *"¿Y qué es la verdad?"* Él no sabía que Jesús les había enseñado a sus discípulos que Él mismo era la verdad.

Pero Pilato había reunido suficiente evidencia para concluir que Jesús no era un criminal y ciertamente no era una amenaza para Roma. Jesús era inocente y así se lo dijo a los judíos: *"Yo no encuentro que éste sea culpable de nada"* (Juan 18:38). Si el gobernador hubiera mantenido su palabra y rechazado a los jefes de los sacerdotes, habría obrado con justicia y dejado libre a Jesús.

Pero tan pronto como los líderes judíos oyeron el veredicto de Pilato, le dijeron que Jesús había causado problemas por toda Judea, había empezado en Galilea y ahora había venido a Jerusalén. Pilato quiso saber si Jesús era de Galilea, pues si así era, dejaría que Herodes Antipas, el gobernador de Galilea, se encargara del asunto.

Sucedía que Herodes estaba en Jerusalén ese día. Pilato le envió a Jesús, pero Herodes no tenía intención de atender un pleito. Él había escuchado acerca de Jesús, el hacedor de milagros, y ahora tenía la oportunidad de pedirle que hiciera uno en su presencia. Pero Jesús no contestó a ninguna de sus preguntas. Mientras esto pasaba, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley elevaban cargos contra Jesús en presencia de Herodes. Después, los soldados de Herodes se burlaron de Jesús poniéndole una elegante capa y lo devolvieron donde Pilato.

Una vez más, Pilato informó a las autoridades judías que él no había encontrado argumento para los cargos contra Jesús, y agregó, tampoco Herodes. Él dijo que Jesús era inocente, pero para satisfacer a los acusadores, lo azotaría y luego lo dejaría libre. El sentido de justicia de Pilato estaba distorsionado, pues estaba dispuesto a que Jesús sufriera el dolor de la flagelación, aunque repetidamente lo había declarado inocente. El gobernador era una persona cruel cuya falta de corazón era evidente al dejar que alguien sufriera injustamente.

Una vez más, Pilato enfrentó el predicamento de tener que tratar con un hombre inocente. Entonces recordó su costumbre de dejar libre a un prisionero durante la fiesta. La multitud tendría que escoger entre dos prisioneros: Jesús, que era inocente, o Barrabás, acusado de causar disturbios y de asesinato. Mientras la multitud hacía su elección, la esposa de Pilato le envió una advertencia de que no tuviera nada que ver con este hombre inocente, pero él ignoró su mensaje.

Durante ese tiempo, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley habían incitado a la multitud a pedir la liberación de Barrabás y no la de Jesús y cuando Pilato escuchó eso, preguntó qué hacía con Jesús, el Cristo. Ellos gritaron desde atrás, "*Crucifícalo!*" Pero el gobernador protestó y dijo que no lo encontraba culpable de nada. Sin embargo, la multitud se mantenía gritando, "*Crucifícalo!*" Entonces una vez más, Pilato evadió su responsabilidad de impartir justicia. Él pidió agua y se lavó las manos en un gesto simbólico indicando que él era inocente de la sangre de Jesús y que su muerte era responsabilidad del pueblo judío.

La Sentencia de Jesús

En el interior del palacio, Pilato hizo flagelar a Jesús. Este era un cruel procedimiento de castigo con un látigo de correas de cuero que tenían en sus puntas pedazos de metal o de hueso. La paliza laceró la espalda de Jesús, abrió las arterias principales y pudo afectar sus órganos vitales. Los soldados retorcieron ramas de espinos e hicieron una corona y torturaron a Jesús poniéndola sobre su cabeza y presionándola contra ella. Ellos se burlaron de Él poniéndole un manto púrpura sobre sus hombros como un símbolo de realeza y dijeron: "*Viva el rey de los judíos!*" (Juan 19:3). Y luego lo abofetearon.

Pilato llevó a Jesús fuera del palacio para enfrentarlo a la multitud, llevando la corona de espinas y vistiendo el manto púrpura. Nuevamente el gobernador le dijo a la gente que no lo encontraba culpable de nada. Queriendo despertar la simpatía de la gente, dijo: "*Aquí tienen al hombre!*" (Juan 19:5), queriendo dar a entender que Jesús había sufrido suficiente con la flagelación y la burla.

Los jefes de los sacerdotes y las autoridades judías no podían ser persuadidas, pues ellos querían la pena de muerte y permanecían gritando: "*Crucifícalo! Crucifícalo!*" (Juan 19:6). Pilato trató nuevamente de evadir su responsabilidad diciéndole a los jefes de los sacerdotes y a sus guardias que se llevaran a Jesús y

lo crucificaran. Él se excusó a sí mismo de la responsabilidad diciendo una vez más que no encontraba a Jesús culpable de nada. Pero las autoridades judías gritaron que Jesús tenía que morir según su ley porque se había hecho pasar a sí mismo como Hijo de Dios.

Cuando Pilato oyó que Jesús era el Hijo de Dios, se atemorizó aún más y nuevamente llevó a Jesús al interior del palacio y le preguntó de dónde era Él, pero Jesús no le contestó. Entonces, Pilato lo amenazó por guardar silencio: “*¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para mandar que te crucifiquen?*” (Juan 19:10). Jesús le respondió: “*No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba. Por eso el que me puso en tus manos es culpable de un pecado más grande*” (Juan 19:11). Él quiso decir que Pilato no era consciente de que Dios le había dado la autoridad como una responsabilidad sagrada y dio a entender que el Sumo Sacerdote, Caifás, que lo había llevado ante Pilato, era el pecador más grande porque él conocía las Escrituras.

Las palabras de Jesús incomodaron a Pilato, así que él trató una vez más de ponerlo en libertad. Pero los líderes judíos sabían que el gobernador estaba temeroso y tomaron ventaja de ello gritando: “*Si dejas en libertad a este hombre, no eres amigo del emperador. Cualquiera que pretende ser rey se hace su enemigo*” (Juan 19:12). Ellos amenazaron la seguridad de la posición de Pilato como gobernador, pues él temía ser depuesto por el Emperador Tiberio. Pilato pondría su seguridad personal por encima de la vida de un hombre inocente. Las autoridades judías usaron su carta de triunfo para derrotar a Pilato, tomando así partido a favor del Emperador Tiberio, que representaba la ocupación romana de Israel, y, en contra de Pilato, su cruel gobernador.

Pilato, sin dar un veredicto formal, envió a Jesús para que fuera crucificado. Y agregando un insulto a la injuria, mandó colocar un letrero sobre la cruz por encima de la cabeza de Jesús que decía: “Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos.”

Aplicación

Los romanos se enorgullecían de haber instituido leyes justas y convenientes. Jesús fue juzgado en una corte romana por un juez que repetidamente lo declaró inocente pero que no implementó el veredicto, sentenciando a una persona inocente a morir. ¡Fue una parodia de justicia!

Sin embargo, como el que cargó con nuestros pecados, Jesús se presentó ante el tribunal de Dios. “*Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en Él recibiéramos la justicia de Dios*” (2 Corintios 5:21). Así, Jesús tomó nuestro lugar para hacernos libres y absolvernos en la presencia de Dios.

Herodes Antipas

Marcos 6:14-29 • Lucas 9:6-9, 13:31-33, 23:8-25

La Dinastía de Herodes

Herodes Antipas, quien reinó en los tiempos de Jesús, se casó con la hija del rey nabateo Aretas IV, para promover la paz entre árabes y judíos. Pero cuando décadas más tarde, Herodes Antipas visitó a su medio hermano Felipe, se enamoró de la esposa de este, Herodías. Ella estuvo de acuerdo en casarse con Antipas, con la condición de que él se divorciara de su esposa, quien al saber la noticia, huyó donde su padre, Aretas. Inmediatamente Herodías, con su hija Salomé, dejó a Felipe y se mudó con su nuevo esposo.

Juan el Bautista predicaba un mensaje de arrepentimiento y perdón y bautizaba a todos los que se arrepentían de sus pecados. Él reprendía públicamente a Herodes Antipas por haberse casado con Herodías y le decía que la Ley le prohibía tener a la esposa de su hermano. Herodes y Herodías estaban ofendidos, lo que condujo al arresto de Juan; Herodes lo envió a la prisión del Fuerte Macarius, en Perea, en la orilla oriental del Mar Muerto. Herodías aguardaba la oportunidad de matar a Juan, pero Herodes lo protegía porque lo consideraba un hombre recto y santo y disfrutaba escucharlo.

La oportunidad de Herodías llegó durante la fiesta de cumpleaños de Antipas. Para esta celebración, él había invitado oficiales de alto rango y comandantes militares al palacio que era parte del fuerte. Cuando el vino corría libremente, Antipas, ya ebrio, le pidió a Salomé que danzara para los invitados. Su madre la animó a hacerlo y ella danzó de manera obscena para complacer a los invitados. Entonces Antipas le dijo: *"Pídeme lo que quieras y te lo daré, aun cuando sea la mitad de mi reino"* (Marcos 6:22-23). Y lo enfatizó con un juramento. Salomé fue de prisa donde Herodías y le preguntó qué debía pedir, y, ella le ordenó que pidiera la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja.

Antipas se disgustó mucho por ese pedido porque sabía la razón por la que había sido hecho: su maquinadora esposa quería matar a Juan. Pero debido a los juramentos que había hecho en presencia de sus invitados, él no quiso decepcionarla y ordenó que un verdugo cumpliera la petición de Salomé, quien tomó la cabeza de Juan y se la llevó a su madre. Al enterarse los discípulos de Juan, fueron a recoger el cuerpo para darle sepultura.

Las Preocupaciones de Herodes

Herodes Antipas era un hombre débil, cuyas acciones poco razonables hacían que el pueblo lo apreciara muy poco. Su conciencia lo inquietaba, especialmente

cuando oía acerca del ministerio de Jesús en Galilea y cómo la gente venía por miles a escuchar su predicación. También había escuchado acerca de gente enferma que era sanada, leprosos siendo limpiados, demonios expulsados y muertos que eran resucitados. Todos hablaban de estos milagros en Galilea y Perea.

Cuando Antipas oyó la noticia acerca del hacedor de milagros de Galilea, él pensó que Juan el Bautista había regresado de la tumba, aunque el Bautista no había hecho los milagros que Jesús hacía.

Antipas trató de conocer la verdad acerca de Jesús. Él quiso saber quién era esta persona que hacía todos estos asombrosos milagros, pero entre más pensaba en ello, más se preocupaba. Sin duda, este hacedor de milagros era recto y santo, porque de otra manera Él no podría ser capaz de hacer estas maravillas. Él anhelaba conocer a Jesús, no para creer en Él sino para verlo hacer un milagro en su presencia. Al mismo tiempo, él estaba preocupado por la amenaza que las multitudes influenciadas por Jesús representaban para el gobierno romano.

Cuando Jesús estaba saliendo de Galilea en su último viaje hacia Jerusalén, algunos fariseos se acercaron y le advirtieron dejar los territorios de Herodes Antipas, porque él quería matarlo. Aunque los fariseos y Herodes eran enemigos, ellos habían unido sus fuerzas contra Jesús. Jesús les dijo que llevaran este mensaje a Antipas: *"Vayan y díganle a ese zorro: 'Mira, hoy y mañana seguiré expulsando demonios y sanando a la gente, y al tercer día terminaré lo que debo hacer. Tengo que seguir adelante hoy, mañana y pasado mañana, porque no puede ser que muera un profeta fuera de Jerusalén'*" (Lucas 13:32-33).

Antipas quería deshacerse de Jesús amenazándolo para que se fuera de Galilea. Él no quería cargar con la muerte de Jesús, pues la gente no le había perdonado aún la muerte de Juan el Bautista. Pero Jesús no le temía a Herodes; Él lo llamó "*ese zorro*," lo cual describía el carácter de Antipas. Herodes estaba usando a los fariseos para lograr que Jesús se fuera a Jerusalén, donde Él podría ser arrestado, juzgado y ejecutado. Los fariseos estaban trabajando en coalición con Antipas, quien, en la percepción de Jesús, estaba detrás de la confabulación.

Por la vía de los fariseos, Jesús le dejó saber a Herodes que Él no le temía, pues Él estaba ayudando a la gente en sus territorios. Y cuando Jesús habló de hoy, mañana y el tercer día, Él no se refería al calendario de Herodes, sino al plan que Dios había determinado desde la eternidad.

Antipas no conocía a Jesús, pero tuvo esa oportunidad cuando decidió ir a Jerusalén para la Fiesta de la Pascua. Mientras estaba allí, recibió una inesperada delegación de los jefes de los sacerdotes y escribas enviada por el Gobernador Poncio Pilato con la solicitud de que examinara y juzgara a Jesús. Había una enemistad entre Herodes Antipas y Poncio Pilato, pero en lugar de molestarte con la intrusión de Pilato en su privacidad, Herodes vio la oportunidad de conocer a Jesús. Esta fue su oportunidad de ver a Jesús hacer un milagro.

Herodes pensaba que este prisionero lo obligaría a darle un indulto o una sentencia reducida. Herodes pensó que, al tener al prisionero en su poder, podía esperar que un milagro ocurriera. Él recordó la época en que Juan el Bautista fue su prisionero y cómo Juan le había hablado y él había escuchado ansiosamente a este profeta. Pero Jesús permaneció en silencio. Y aunque Herodes le hizo un sinnúmero de preguntas, Jesús no respondió una palabra.

Mientras tanto, los jefes de los sacerdotes y escribas habían levantado sus voces y en coro, acusaban vehementemente a Jesús de haberse declarado a sí mismo rey de los judíos. Tal vez temían que Antipas declarara a Jesús inocente y lo liberara, lo cual sería inaceptable para ellos que exigían la pena de muerte. Aunque Herodes no tenía argumentos contra Jesús, era demasiado cobarde como para liberarlo, porque temía a las autoridades judías.

Esta vez, Herodes y sus soldados empezaron a tratar a Jesús despectivamente, probablemente debido a su silencio y por rehusarse a hacer un milagro. Él no deseaba atacar a Jesús, pues su superstición le advertía ser cuidadoso con este predicador hacedor de milagros de Galilea. Por eso, decidió poner sobre los hombros de Jesús a manera de burla, una estupenda capa que representaba realeza y enviarlo de vuelta a Pilato. Como consecuencia de su frustración con Jesús, Herodes y Pilato, que habían sido enemigos, se volvieron amigos ese día.

La historia revela que unos años más tarde, Herodes Antipas perdió una batalla contra el rey Aretas; más tarde, él fue a Roma a buscar el título de rey, pero fue rechazado por el Emperador Calígula debido al engaño de un miembro de la familia de Antipas. Finalmente, en lugar de ser promovido, fue degradado y enviado al exilio.

Aplicación

Al comparar a Jesús y Herodes, encontramos diferencias sorprendentes. Jesús es el León de Judá y a Herodes lo llama un zorro. Mientras Jesús gobierna como Rey de Reyes, Herodes nunca alcanzó la realeza.

Al asesinar a Juan el Bautista y burlarse de Jesús, Herodes incurrió en la ira de Dios. Él violó concientemente los mandamientos divinos y eventualmente pagó la pena. Dios lo castigó con la pérdida de imagen, nombre y territorio. El bien conocido adagio se aplica a él: "*Se cosecha lo que se siembra.*"

CONCLUSION

Durante toda su vida, Jesús le pidió directa o indirectamente a la gente que lo siguiera. Cuando Él vio a Pedro y a su hermano Andrés, echando la red al Lago de Galilea, les dijo: “*Vengan, síganme y los haré pescadores de hombres*” (Marcos 1:17). Nicodemo lo visitó en la noche y Jesús lo envió como misionero a la educada clase gobernante de Jerusalén. La mujer samaritana que vivía en la ciudad de Sicar llegó a ser una ardiente evangelista entre su propia gente. Y el geraseno, de quien Jesús expulsó una legión de demonios, se convirtió en el primer misionero que se recuerde enviado a los gentiles.

El Gran Médico restauró la vista de quienes estaban ciegos, incluyendo a Bartimeo, el de Jericó, y al mendigo de Jerusalén que había nacido ciego. Sanó a la mujer encorvada a la que Satanás había tenido esclavizada por dieciocho años. Y resucitó de la muerte a la hija de Jairo, al joven de Naín y a Lázaro de Betania. Él los sanó de acuerdo con su fe y para que la gente creciera en su fe en Él.

Las demostraciones de fe parecieron ser igualmente pronunciadas entre los gentiles que entre su propio pueblo. Jesús estaba asombrado de la fe del Centurión en Cafarnaúm, quien simplemente quería que Él dijera una palabra de sanidad porque él creía que Jesús tenía el poder de sanar a distancia. La persistencia de la mujer sirofenicia lo asombró, porque se mantuvo suplicante para que sanara a su hija. Pero Él también admiró la fe del paralítico y sus amigos que abrieron un hoyo en el techo de la casa donde Jesús enseñaba. La tímida mujer que había sufrido de hemorragias por doce años demostró su fe al tocar el borde de su capa y fue sanada.

Jesús nunca trató con dureza a quienes necesitaban ayuda. La adúltera que fue traída ante Jesús por sus acusadores escuchó de sus labios sólo palabras amables. Él le dijo que se fuera y dejara su vida de pecado. El joven rico quiso saber cómo podía obtener la vida eterna. Jesús le dijo que vendiera sus posesiones, repartiera el dinero entre los pobres y lo siguiera. Él llamó a María Magdalena por su nombre en el Jardín y le enseñó tiernamente que su relación había entrado en una nueva fase ahora que Él había resucitado de entre los muertos. Los dos en el camino de Emaús recibieron una lección sobre las Escrituras de su compañero de ruta, a quien ellos más tarde reconocieron como su Señor resucitado.

Jesús reprendió a sus oponentes. Algunos de ellos deberían haber sido pastores del rebaño, pero en lugar de eso, fueron lobos voraces. Ellos eran los fariseos, conocidos por su hipocresía; los saduceos, que descuidaron y rechazaron la enseñanza de las Escrituras; y el Sumo Sacerdote, quien malversó su sagrado llamado y se protegió a sí mismo y a la nación. Jesús dijo que Caifás había cometido un pecado mucho mayor que Poncio Pilato, pues este último no conocía las Escrituras.

Incluso cuando Jesús confrontó a Judas en el Aposento Alto y en el Jardín de Getsemaní, se dirigió a él con palabras amables, pero señalándole firmemente el

pecado de su traición. Jesús supo todo el tiempo que Judas lo traicionaría, pero siempre se dirigió a él cariñosamente y aunque sus discípulos sabían que Judas se robaba las monedas de la bolsa común, Jesús se abstuvo de acusarlo.

Jesús influenció profundamente a todos aquellos con los que interactuó durante su ministerio. La gente más cercana al Maestro, fueron los que más aprendieron. Entre ellos estaban sus discípulos, quienes después de su resurrección, se convirtieron en sus apóstoles para llevar en mensaje de salvación a los confines de la tierra. Y ese mensaje continúa esparciéndose por todo el mundo, porque el Evangelio del Señor es imparable. A través de ese Evangelio, la gente continúa volviéndose a Jesús.